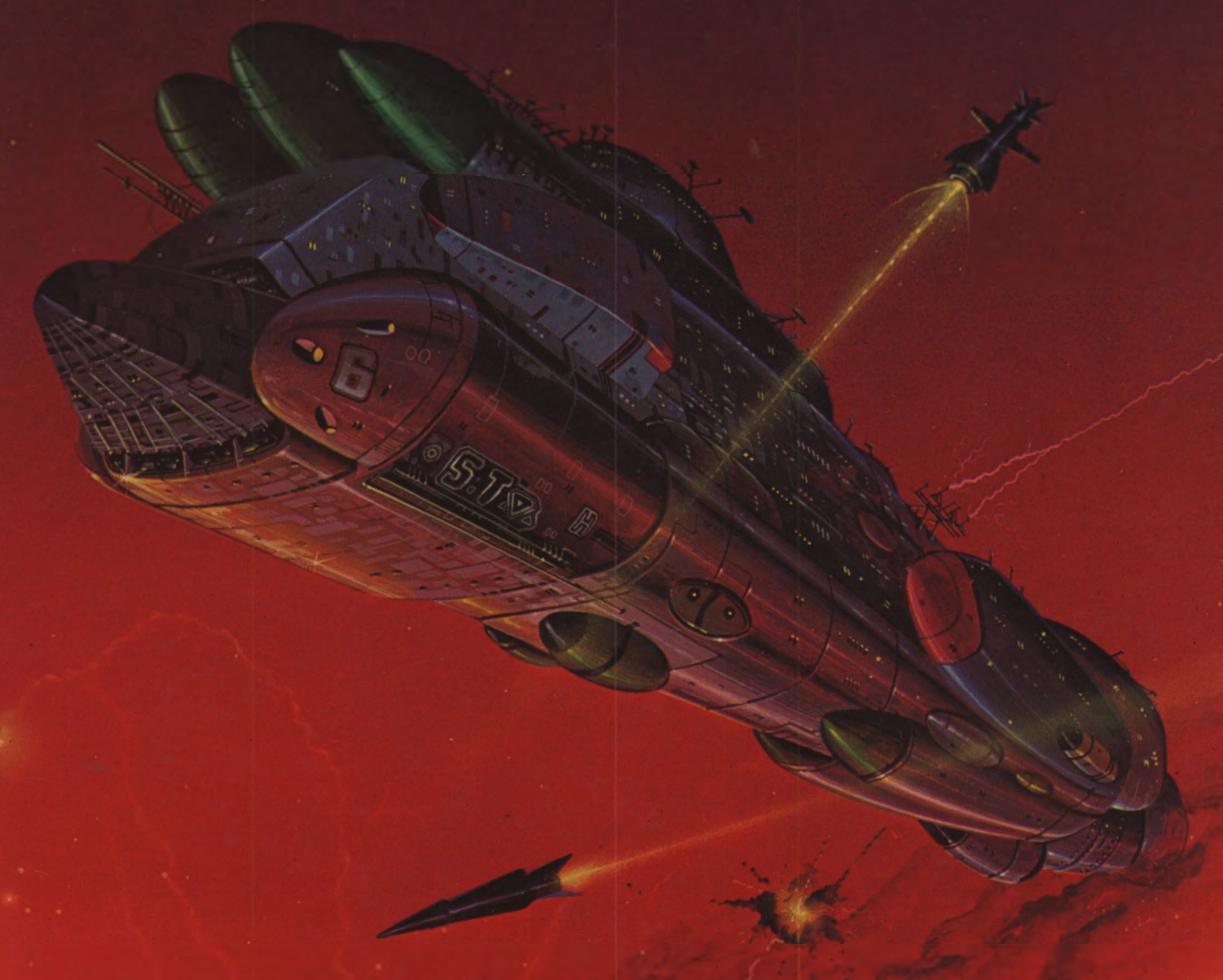
GRANDES BATALLAS ESPACIALES



Stewart Cowley - Charles Herridge

BRUGUERA

GRANDES BATALLAS ESPACIALES

Stewart Cowley - Charles Herridge



GRANDES BATALLAS ESPACIALES

Stewart Cowley ~ Charles Herridge




PE

A Carol,
por su paciencia

1.ª edición: octubre 1982

Título original:
GREAT SPACE BATTLES

Concedidos derechos exclusivos para habla española a Editorial Bruguera, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Carretera Nacional 152
Km 21,650. Parets del Vallés
Barcelona 1982

Traductor: César Terrón García

Depósito legal: B. 530-1982
ISBN 84-02-08617-9
Printed in Spain - Impreso en España.

Contenido

La Autoridad Comercial Terrestre

La ACT, anteriormente Autoridad Comercial Mundial (ACM), fue fundada en 1999 como organismo auxiliar del Consejo Mundial, encargado de la tarea de administrar el comercio en su conjunto. Cuatro años después, el Departamento de Tecnología Comercial del Consejo Mundial de Investigación Comunitaria, junto con su amplio centro de producción, fue absorbido en la estructura corporativa.

Durante los largos años de la Guerra de Próxima, la ACT fue responsable de los pertrechos y construcciones militares, tarea que en su mayor parte, ejecutó en sus propias instalaciones. Tras la formación de la Federación Terrestre, en 2070 A.D., la Autoridad Comercial se convirtió en el organismo administrativo central de la Federación, así como en el principal centro de producción federal.

Cuerpos e instituciones subsidiarios

Autoridad Policial Federal. Instituto de Astronáutica. Instituto de Ciencias Médicas. Dirección y Control de Datos del Comercio Interestelar. Organismo de Información Pública. Consejo de Investigación. Servicio de Bienestar Colonial. Control de Tráfico y Aduanas.

Agradecimientos

A los editores les gustaría dar las gracias a Young Artists y a la entidad Sarah Brown por su colaboración en la preparación de esta obra.

Introducción

La conquista del espacio no fue nunca empresa fácil y la Madre Tierra, reacia a que sus hijos escaparan a su influencia, colocó obstáculos en el camino que convirtieron el empeño en difícil y costoso. La misma fuerza que retenía la cubierta atmosférica de la que dependía la vida, formaba también una barrera que exigía enorme energía para ser atravesada. Más allá de la barrera se extendía una inmensidad totalmente hostil a nuestra forma de vida, forzando al hombre a confiar en la eficacia de máquinas que reconstruyeran a escala reducida las condiciones vitales para su supervivencia.

Pese a estos frenos, el hombre se abrió paso, poco a poco, en el espacio: primero llegó a la lunar compañera de la Tierra, luego a Marte y sus lunas —Phobos y Deimos— alterando su solitaria desolación para sus fines personales. La industria se desarrolló en esos mundos, que se transformaron en hogar de miles de personas. Un número creciente de humanos no había hollado jamas el planeta que siempre sería su lugar de nacimiento espiritual. Con el paso de los años se aceleró la expansión y los hombres de la Tierra viajaron y trabajaron por todo el sistema solar en máquinas cada vez más eficientes. Pero el peligro era una presencia constante y el más mínimo error o debilidad podían conducir al desastre.

Durante estos primeros años, los riesgos arrostrados fueron resultado directo de la naturaleza intransigente del espacio en sí, pero el descubrimiento de que no estábamos solos en la Galaxia trajo consigo nuevos problemas y penalidades. Nuestro encuentro con los sistemas habitados de Alfa y Próxima de Centauro —nuestros vecinos estelares más cercanos— llevó finalmente a la horrible devastación de la Guerra de Próxima. El desarrollo de esta lucha prolongada y desesperada ha sido descrito en otra

publicación y queda fuera del alcance de este libro, pero el ímpetu que proporcionó a la evolución de los vuelos espaciales fue inmensurable, ofreciendo al hombre una libertad de acción entre las estrellas que hubiera sido inconcebible una generación antes.

A finales del siglo XXI, la primera de un gran número de naves colonizadoras transportó a los pioneros de la Federación Terrestre con el objetivo de fundar colonias en los nuevos mundos sondeados por las naves exploradoras de la Autoridad Comercial Terrestre. El hombre se convertía rápidamente en un auténtico ser interestelar, dispersándose entre las estrellas y llenando con sus naves el negro vacío. Al ampliarse la red de sus rutas comerciales y conforme su inquietud lo impulsaba a adentrarse más y más en la Galaxia con sus naves, aumentó la posibilidad de nuevos contactos con otros seres inteligentes... y con ella el riesgo de nuevos enfrentamientos entre civilizaciones extrañas.

El diseño y producción de naves militares, iniciado a gran escala con la Guerra de Próxima, continuó después, tanto para apoyar el avance hacia sistemas remotos como para defender a la Federación, si se presentaba el caso. Las flotas de combate fueron conservadas y renovadas gracias al desarrollo de la tecnología, que proporcionó los medios para construir naves cada vez más eficaces, cada vez más mortíferas. Sin embargo, una colosal máquina bélica no puede mantenerse constantemente a punto cuando no existe un enemigo que amenace la marcha firme y despiadada de la expansión colonial. Eficiencia y precisión decaen de modo imperceptible y la precaución es sustituida por la complacencia. Tal como se había previsto, se descubrieron otros sistemas habitados, pero cuando sus habitantes demostraron inteligencia, sus niveles de desarrollo eran siempre inferiores al representado por la Federación Terrestre y sirvieron para reforzar la creciente ambición y arrogancia de sus dirigentes.

Como sucede con frecuencia en este tipo de situación, el destino intervino y el desastre se presentó en la inesperada y catastrófica guerra con el sistema de Laguna. La Federación Terrestre se vio enfrentada a un adversario poderoso y resuelto que disponía de armas capaces de amenazar la existencia del gigante que se extendía desde un planeta que circundaba a una insignificante estrella amarilla, cercana al confín exterior de la Galaxia.

La historia de esta épica contienda entre dos civilizaciones diferentes y orgullosas, de inmenso poderío y que tenían como meta la supervivencia de su raza, abarca la mayor parte de este libro. Todas las fases cruciales de esta batalla de titanes y los acontecimientos que las caracterizaron son descritas aquí. La Tierra y la Federación Terrestre estuvieron más cerca de la extinción que en cualquier otra época de su historia y las batallas que tuvieron lugar en las oscuras y silenciosas inmensidades del espacio se desarrollaron con la ferocidad que sólo provoca la pura desesperación.

Pero aunque la guerra con Laguna debe ocupar inevitablemente la mayor parte de una historia de las batallas del hombre con lo desconocido, este período fue también el de numerosos conflictos y enfrentamientos menores de significado individual. Los esfuerzos y tribulaciones de la colonización han desafiado la valentía y el ingenio de los hombres a lo largo de la historia, pero la lucha para sobrevivir en ambientes extraños y con frecuencia hostiles jamás ha sido más terrible que en los planetas vírgenes situados en las profundidades del espacio. El horror al que se enfrentaron los colonos de Locura de Drakon no fue único, ni mucho menos, en su calidad de pesadilla y en consecuencia es representativo de las penurias sufridas en decenas de sistemas solares, aislados en el perímetro del espacio conocido.

De forma similar, la batalla del orden y la justicia contra el caos y la rebelión es una historia tan vieja como la misma humanidad. El éxodo del hombre a las estrellas significó simplemente una ampliación del campo de batalla. En una civilización tan dispersa como la de la Federación, hacer respetar la ley exigió una nueva y muy especial casta de hombres, capaces de mantener el orden en colonias situadas a años-luz de cualquier parte y velar por la seguridad de las rutas espaciales y comerciales. Con excesiva frecuencia, sus vigilias solitarias y fatales escaramuzas con piratas y maleantes pasaron desapercibidas. Los relatos incluidos en este libro no son incidentes aislados, sino que forman parte de una guerra incesante. Por un solo héroe triunfante existen otros muchos cuyos cadáveres giran como grotescos meteoritos en el vacío.

El mantenimiento del orden en una civilización interestelar requiere un grado de control que para muchas personas es en sí mismo indeseable. Y cuanto más cerca se está del centro administrativo de una sociedad así, tanto más rígidos son los condicionamientos. Era inevitable que un día alguien tratara de derribar a los dirigentes de la Federación y por ello se revisaban constantemente los planes de emergencia. Pero cuando llegó ese día, las reacciones tan cuidadosamente formuladas resultaron ser insuficientes.

Así pues, en este libro se ofrece un resumen de las batallas más significativas libradas en la historia de la raza terrestre, abarcando un amplio espectro de conflictos y pasiones humanas. Las mismas cualidades de iniciativa y empeño, valor y resolución que lanzaron al hombre a una nueva era y crearon algunos de sus mayores obstáculos lucen en esta crónica de Grandes Batallas Espaciales.

Primera Parte: La Guerra de Laguna

EMPIEZA LA PESADILLA

Cuando la gigantesca nave Colonial VIII *Aventurera* despegó de Miami en mayo de 2219, sus ocupantes y el control terrestre esperaban que el viaje fuera largo pero sin incidentes. La tripulación se preparó para los siete meses de invariable rutina que tenía por delante: veinticuatro horas diarias durante doscientos días, con sólo algunos de descanso —un descanso absurdo, en una prisión— para romper la monotonía. Laguna IX, su destino, prometía a los más de cuatrocientos colonizadores a bordo unos principios seguros, aunque necesariamente duros, como sus primeros pobladores. La exploración efectuada algunos meses antes, pese a su brevedad, había determinado que las condiciones gravitatorias, climáticas y atmosféricas podían ser modificadas por la tecnología moderna, y que los elementos constitutivos de la superficie del planeta contenían minerales de suficiente valor para la Tierra como para justificar su explotación. Con respecto a formas de vida, los equipos de exploración no habían detectado otros signos que no fueran los de rudimentarias formaciones vegetales.

Con el transcurso de días y semanas, las transmisiones diarias recibidas de la nave no indicaron nada anormal: una avería temporal de los condensadores de agua, reparada en seguida; dos embarazos sin complicaciones y un colono fallecido. Dos días antes de que la nave entrara en la órbita previa al aterrizaje y en medio de los prolongados preparativos para la llegada, sucedió algo bastante raro. Durante una guardia, por otra parte sin incidentes, el tercer oficial recibió un informe de un importante fallo en el computador de vuelo: todas las funciones controladas por el computador quedaron interrumpidas.

Antes de que el oficial de guardia hubiera tenido tiempo de captar las implicaciones de la avería o convocar al comandante de la nave, los sistemas comenzaron a funcionar normalmente. El fallo había durado, quizá, veinte segundos. El equipo de reparaciones y los sistemas de análisis no lograron identificar desperfecto alguno y el incidente constó en el cuaderno de bitácora, como una supuesta interferencia electrónica externa.

Como el momento del aterrizaje estaba próximo, y con las complejas maniobras precisas para poner en órbita la nave, el hecho no fue olvidado pero se le dio poca importancia. Cuando la *Aventurera* se posó sobre sus soportes y cesó el estruendo de los motores, el incidente fue olvidado. En el centro de control, el cierre de los interruptores acalló el zumbido de los giroscopios, las pantallas de los instrumentos se apagaron y el susurro del aire acondicionado brotó de nuevo de la mescolanza de sonidos que lo habían ocultado en los meses anteriores. Las compuertas sisearon y se oyó la vibración de los motores que abrían las compuertas.

Los colonos se congregaron bajo la nave vestidos con sus trajes presurizados y se prepararon a recibir la maquinaria que les proporcionaría aire para respirar y agua para beber. En aquel momento sólo dos miembros de la tripulación permanecían en el centro de control, uno ante las pantallas de observación y otro, un ingeniero, efectuando las comprobaciones de rutina previas al despegue. Los dos hombres comprendieron al unísono que algunos sistemas volvían a fallar.

Los síntomas fueron idénticos a los registrados pocos días antes, pero en esta ocasión había un objeto en las pantallas exploradoras. Los dos tripulantes dejaron el computador en posición de análisis de avería y se concentraron en la pantalla, variando las escalas de amplificación para obtener la mejor identificación posible. Definitivamente, era una nave de tamaño medio que se acercaba a toda velocidad a través de la atmósfera del planeta.

Volviéndose un momento hacia los resultados del análisis de avería que aparecían en otra pantalla, el ingeniero advirtió que, con la aproximación de la nave no identificada, el fallo era total, y no errático e intermitente como hasta entonces. Desconectó los sistemas afectados, que controlaban las

Una Colonial VIII similar a la infortunada *Aventurera*, vista aquí mientras se defiende de piratas del sistema de Capella. No se conserva ningún registro gráfico de la *Aventurera*.



funciones de gobierno y maniobra de la nave, hizo que el computador revisara sus referencias a naves espaciales en busca de una identificación y llamó al comandante.

Lo que antecede es una declaración grabada en el diario de navegación y registro de funcionamiento de la nave, duplicada en el Control Terrestre. Incluso en la actualidad, poco más se sabe de la suerte de la *Aventurera* y sus pasajeros, desamparados en la superficie de Laguna IX. Sólo queda el último mensaje grabado del comandante, al llegar a la sala de mando:

«Identificación preliminar, posible pirata... no... corrección... una escuadrilla... quizá ocho naves... posiblemente la flotilla pirata que operaba el año pasado en torno al grupo Verkanska... no... corrección... no identificada... demasiado tarde... nos atacan...»

El fin de este mensaje coincidió con la conexión automática del sistema de S.O.S. de la *Aventurera,* que también se interrumpió al cabo de unos instantes. Ello significó que la nave había sido destruida.

Este suceso, producido repentinamente después de casi dos siglos de colonización pacífica y sin impedimentos, provocó poco más que una onda en la corriente de complacencia que fluía desde hacía tanto tiempo en los dominios de la Federación Terrestre. Tras la victoria en la Guerra de Próxima, nada se había opuesto a las ambiciones de la Tierra... y esta masacre, la muerte de más de cuatrocientos terrestres, apenas conmovió la sensación de confiada supremacía: una mosca moviéndose en el brazo de un gigante que dormita.

Sin embargo, el Grupo de Guerra de la Autoridad de Defensa Terrestre se reunió al cabo de unas horas y poco después adoptó una decisión, tomada muy a la ligera pero trascendental en sus consecuencias. Los ejercicios de las flotas concentradas, que debían iniciarse al cabo de tres días, fueron replanteados. La Cuarta y Séptima flotas se unirían en Laguna IX y efectuarían una maniobra de búsqueda y destrucción. La Cuarta Flota, con base en Petersen 3, acudiría al punto de reunión en quince días y la Séptima, cuarenta y ocho horas después. Las flotas restantes participarían en un ejercicio de invasión en Próxima de Centauro.

Así se preparó el terreno para el desastroso conflicto conocido como la Guerra de Laguna: sin imaginar lo que iba a suceder y, como ha ocurrido con tanta frecuencia en la historia de la humanidad, sin preparación.

Dos días más tarde, las dos potentes flotas, un espectáculo magnífico y costoso, despegaron con estruendo. Eran ochenta y dos naves en total, tan majestuosas en su formación como las antiguas flotas marítimas de hacía cinco siglos; muchas de ellas utilizaban los nombres de sus ilustres antecesoras. Las dos flotas incluían las colosales naves de combate *Missouri, Repulse, Bismarck, Temeraire* y *Lenin,* junto con otras siete más; ocho portadoras de cazas espaciales; ocho portadoras de cazas atmosféricos y toda una variedad de transportes de tropas, naves de suministros, reparaciones y bombardeo.

Adaptándose a la velocidad de sus navíos más humildes y torpes, las flotas pusieron rumbo a la cita de Laguna IX. Una sensación de excitación invadió a las tripulaciones: por fin iban a encontrarse con un enemigo real. Mientras tanto, el comandante en jefe ofreció una recepción a los capitanes a su mando en la cámara de oficiales de la nave insignia. Durante cuatro horas, diversas lanchas trazaron fogosas estelas entre las naves mientras los huéspedes iban y venían.

Cuando la Primera Flota de Combate, el nuevo nombre que había adoptado, se aproximó a los bordes del grupo Laguna, naves patrulleras fueron enviadas a reconocer los planetas que rodeaban Laguna IX, con instrucciones de informar sobre cualquier tipo de actividad y reunirse con la flota en las proximidades del objetivo. Al llegar al punto de reunión se impartieron las instrucciones finales a través del sistema de video. La principal fuerza de asalto, a las órdenes del mariscal Keyes, descendería hasta el escenario de la masacre de la *Aventurera,* en tanto que destacamentos menores efectuarían una búsqueda que abarcaría toda la superficie del planeta. Naves portadoras de cazas atmosféricos permanecerían en órbita, manteniendo entre sí idénticas distancias, para cubrir al máximo la zona. Una segunda fuerza de asalto, comandada por el mariscal Fodor, quedaría situada en la vertical de los restos de la *Aventurera,* dispuesta a intervenir en cuanto recibiera la orden. Mientras este plan se ponía en práctica, una nave portadora de cazas espaciales, apoyada por cuatro bombarderos, tomó posición en las cercanías de Laguna VII, ya que una patrullera había informado cierta actividad mal definida en el planeta.

Se produjo un breve silencio cuando el rostro del comandante en jefe desapareció de las pantallas. Para todos los hombres bajo su mando había llegado el momento de la primera acción militar, algo muy distinto de las esporádicas actividades de vigilancia de los dos últimos siglos. Después de muchos años de adiestramiento y maniobras para contrarrestar inactividad de las fuerzas armadas en tiempo de paz, llegaba por fin el primer combate. Naturalmente, la falta de un enemigo real había ocasionado un declive constante aunque imperceptible en el estado de preparación y el rendimiento. No obstante, si alguno de los hombres era consciente de ello, podía tranquilizarse con la fuerza patente, y la abrumadora autoridad de la magnífica flota.

En las dos horas que siguieron al mensaje del comandante en jefe, hubo un total vacío de comunicaciones entre las naves, en tanto los delicadísimos sistemas sensoriales sondeaban la superficie y la atmósfera de Laguna IX, en busca de indicios de actividad. Los computadores examinaron la información, la clasificaron y facilitaron los resultados en medio de estridencias y zumbidos. Negativo, negativo, repetían sin cesar las pantallas. Sonido negativo, movimiento negativo, materia viviente negativo, actividad electrónica negativo, actividad nuclear negativo, negativo, negativo... Transcurrieron las dos horas y no hubo motivos para seguir aguardando.

Un vehículo explorador terrestre dotado de equipo detector, armamento láser ligero y llantas para arena: todo lo que queda en Laguna IX del cargamento de la *Aventurera*.



Un caza atmosférico terrestre vuelve a su nave nodriza, una de las muchas que combatieron a las órdenes del mariscal Keyes en la trágica primera batalla de Laguna IX.

Las naves portadoras de cazas descendieron una por una para situarse en órbita, el destacamento de Laguna VII partió hacia su objetivo, los grupos de búsqueda penetraron en la sombría atmósfera y a continuación, a una señal dada, la primera fuerza de asalto inició su descenso hacia los restos de la *Aventurera.* A bordo de la nave de combate *Repulse,* el mariscal Keyes condujo sus fuerzas por la creciente penumbra.

Las naves, mantenidas en rígida formación por una red de rayos láser, atravesaron silenciosamente la densa atmósfera del expectante planeta. Las naves exploradoras empezaron a enviar sus informes negativos mientras sobrevolaban en todas direcciones la superficie. Y en ese momento, de repente, la formación de la fuerza de asalto comenzó a romperse.

Los sistemas de formación y control de todas las naves habían fallado de forma inexplicable. Los sistemas auxiliares fueron conectados al instante... sin provecho alguno. La *Remus,* una nave de transporte de tropas, chocó con el bombardero *Achilles.*

Durante una fracción de segundo las dos naves permanecieron unidas. El *Achilles* explotó a continuación y el estallido alcanzó de costado a la *Remus,* que cayó hacia la superficie del planeta, dando vueltas y más vueltas como una hoja. La honda expansiva afectó a las otras naves mientras los tripulantes pugnaban por controlarlas manualmente, y se produjeron nuevas colisiones.

En medio del caos, el oficial de observación informó que una flotilla de pequeñas naves no identificadas se aproximaba con gran rapidez. Cuando los restantes navíos respondieron al control manual e iniciaron la huida del lugar repleto de fragmentos donde treinta segundos antes se había producido el desastre, la extraña flotilla abrió fuego con armas láser. El comandante Keyes dio la orden de responder al ataque. Pero al accionar el interruptor central que controlaba el armamento de la totalidad de la fuerza de asalto, se desencadenó un infierno.

Los poderosos campos de fuerza que protegían a las naves habían resistido el ataque inicial del enemigo, pero llega un momento en que resulta imposible regenerar los campos de fuerza con la celeridad necesaria para desviar todos los impactos.

Cuando las naves del mariscal Keyes abrieron fuego, esto sucedió en cuestión de segundos, pues los disparos fueron totalmente erráticos.

La *Repulse* sufrió impactos múltiples de su nave hermana *Redoutable,* y ésta recibió a su vez el fuego de la portamisiles *Motumbi.* Después de un momento de pánico, con la nave insignia dañada y cayendo en espiral, Keyes comprendió que los sistemas de control de fuego habían seguido el mismo camino que los de dirección y formación. La potencia de fuego de



PETER ELSON

PETER ELSON



la fuerza de asalto estaba descontrolada.

Los sistemas de ataque fueron desconectados demasiado tarde, pero el fuego enemigo seguía infligiendo pérdidas. Keyes ordenó la entrada en acción de los cazas atmosféricos de las naves que se hallaban a la espera y la segunda fuerza de asalto entró en combate, pero las naves de refuerzo no tardaron en perder el control.

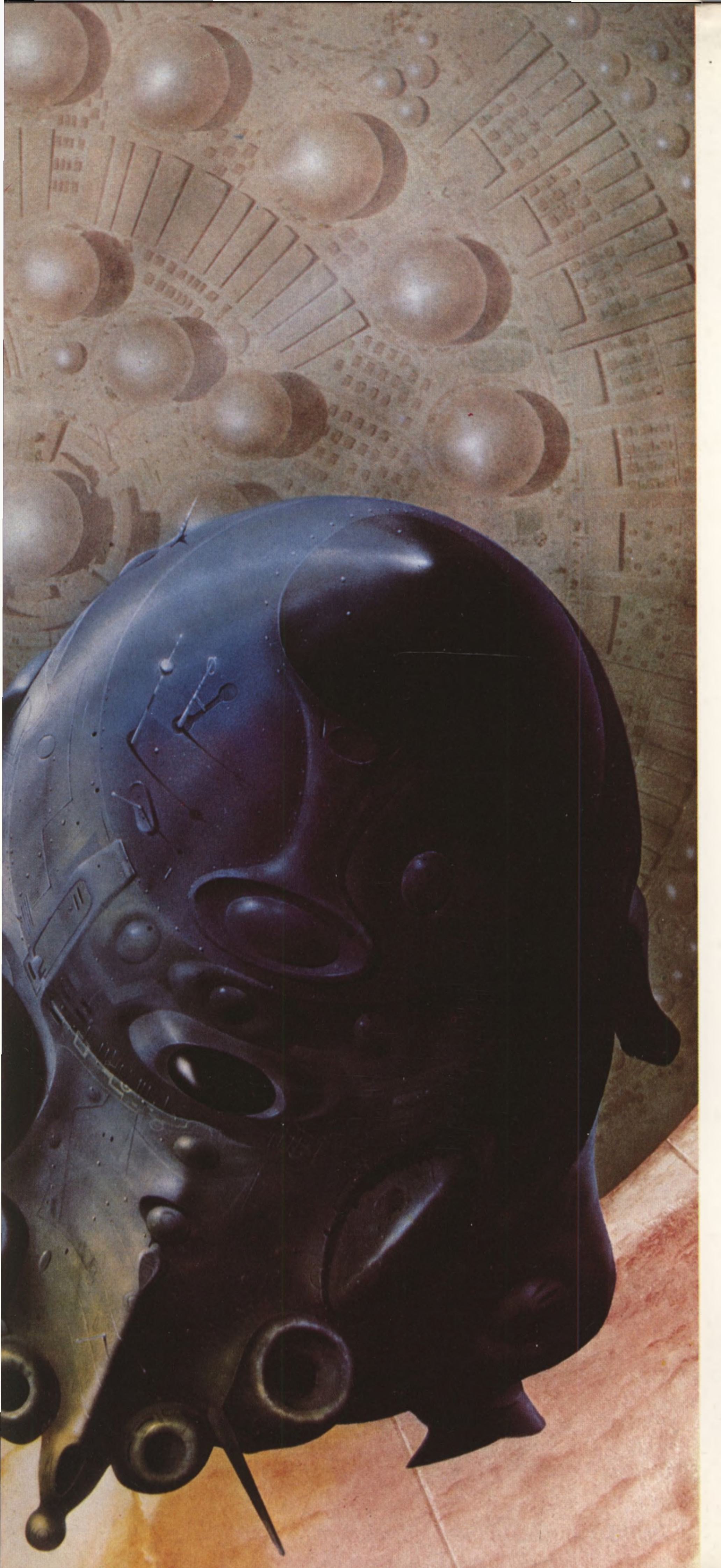
Algunas chocaron, otras se precipitaron hacia la superficie de Laguna IX o irrumpieron en la fuerza de asalto de Keyes, provocando una destrucción terrible. Mientras los capitanes se esforzaban por recuperar el control de sus naves, mientras los hombres gritaban, ardían, se debatían y morían, mientras los navíos dañados giraban, explotaban o caían en picado sin remedio, la flotilla enemiga abandonó silenciosamente el lugar.

Keyes y Fodor, después de un breve intercambio de impresiones, ordenaron la retirada de las fuerzas. Mientras un remolcador descendía para recoger a la deteriorada *Repulse*, los aturdidos sobrevivientes alejaron sus naves de Laguna IX para regresar al paraíso de Petersen III.

Setenta y dos cazas y dieciocho de las cuarenta naves que formaban

El bombardero *Achilles*, en primer término, en el momento de la colisión con la nave de transporte de tropas *Remus*. Este trágico accidente sucedió a consecuencia del primer, y en aquel momento inexplicable, fallo en los sistemas de gobierno de todos los navíos de la flota del mariscal Keyes.





las dos fuerzas de asalto habían sido destruidas, aunque las naves de carga en órbita y las exploradoras no habían sufrido daños. Las naves de combate fueron las más perjudicadas. Tan rápidas como voluminosas, habían sido las más difíciles de controlar y, debido a su tamaño, las más vulnerables al fuego enemigo.

Un navío del alto mando lagunero huye del infierno de un puesto de mando alcanzado fortuitamente por rayos vesta terrestres. Una nueva arma de disponibilidad limitada, el rayo vesta era un dispositivo generador de calor mediante hiperondas.

JIM BURNS

LA FLOTA OLVIDADA

Mientras la destrozada flota se retiraba renqueante hacia su base, el Grupo de Guerra de la ADT se reunió de nuevo. Las tornas habían cambiado en contra de la Tierra. Una fuerza pequeña había logrado incapacitar totalmente a la flota terrestre y obligarla a regresar derrotada. La Tierra se enfrentaba a la posibilidad de que el enemigo prosiguiera su ataque en el sistema solar terrestre. En una situación así habría sido normal enviar fuerzas que confinaran al enemigo en su territorio o al menos lo mantuvieran a raya en los límites de la Federación Terrestre, pero nadie podía estar seguro de que otra flota no sería derrotada, tal como había ocurrido con la Cuarta y la Séptima.

Científicos y expertos en armas estudiaron los informes procedentes de la flota en retirada. Todos narraban la misma historia. No había pista alguna para deducir la naturaleza exacta de la fuerza o rayo que, al parecer, había atravesado las pantallas protectoras de las naves y los campos magnéticos de los computadores. Sólo se sabía que esa fuerza había actuado simultánea e indiscriminadamente, aunque sólo a poca distancia como demostraba el hecho de que las naves nodrizas en órbita y las exploradoras ampliamente diseminadas no hubieran sufrido daños.

La conclusión fue inevitable: toda nave que se enfrentara a las fuerzas de Laguna debía ser gobernada manualmente. Sólo los sistemas de control mediante computador habían resultado afectados, no los sistemas motrices. Así pues, la totalidad de funciones de una nave, junto con los dispositivos electrónicos y automáticos secundarios, podían permanecer intactos. Subsistía el problema de los sistemas principales que controlaban avance, maniobra y armamento. La mayoría de las naves estaban equipadas con mandos manuales de emergencia para las tres funciones, pero estos controles eran toscos y limitados, diseñados únicamente para uso temporal en circunstancias desesperadas y no para las precisas maniobras de viajes prolongados o los objetivos tácticos de una campaña. Sería suicida enfrentarse al enemigo en una situación tan desventajosa.

La sesión del Grupo de Guerra fue alargándose y la animada discusión de los informes de la flota dio paso a la sombría comprensión del apuro en que se hallaba la Tierra. Un solo hombre de los que se sentaban ante la enorme mesa de madera de ébano tallada abrigaba el germen de una idea. El comandante Bernd Gerling, el miembro del grupo de menos edad, categoría y servicio, había ganado su puesto allí mediante su inspirado tratamiento de la crisis de Próxima de Centauro, dos años antes. Cuando por medio de una improvisación creadora, había evitado la destrucción de la flota terrestre con base en aquel sistema. Una inspección rutinaria había revelado que las cabezas nucleares de las ocho naves portamisiles de la flota eran inestables y habían iniciado un ciclo de actividad que culminaría con su explosión, al cabo de ocho horas. Nada podía hacerse para invertir o detener el ciclo y el lanzamiento indiscriminado de los misiles probablemente causaría la destrucción de naves que volaban por las inmediaciones o, incluso, de planetas cercanos.

Gerling había actuado al instante. Varios remolcadores ataron sus cables a una nave de suministros a medio construir que se hallaba en los astilleros de Próxima y la arrastraron hacia el espacio a la máxima velocidad posible. Soltaron la embarcación dos horas más tarde, se agruparon y abandonaron la zona en busca de refugio, mientras Gerling disponía el lanzamiento de los misiles defectuosos. Los proyectiles embistieron inofensivamente el casco de la nave que flotaba en el espacio y en ese mismo instante se oyó un vítor en el control de Próxima cuyos ecos resonaron en la Tierra.

Ahora, sintiendo un temor reverente por la abundancia de galones que lo rodeaba en la que sólo era su segunda reunión del Grupo de Guerra, Gerling se preguntó cómo podría exponer su idea sin atraerse las burlas de los oficiales más veteranos. Se removió intranquilo en su asiento y trató de llamar la atención del presidente. Entonces aquellos famosos ojos orientales se posaron en él y fue invitado a intervenir. Se hizo un silencio total: los miembros del grupo vieron un rayo de esperanza en las palabras de Gerling. Silenciosas entre los diminutos planetas de la formación Braun, las naves de combate de anteriores generaciones terrestres yacían como fantasmas del pasado. Vigiladas por una pequeña guarnición, pendían inertes de sus amarras, año tras año, aguardando en vano la llamada a la acción o la posibilidad más cierta de formar parte de uno de los lotes que se desmantelaban anualmente.

En este cementerio, siguió explicando Gerling, existían cientos de naves diseñadas y construidas para control manual. No se trataba de restos inservibles, sino de naves anticuadas y retiradas del servicio. Estaban sometidas a una revisión anual. ¿Podía sugerir, preguntó Gerling, que el grupo considerara la posibilidad de recuperar algunas de ellas? Y en cuanto a los tripulantes, sin duda existirían reservistas, quizá un poco canosos, a los que recurrir para la tarea.

El veterano buque de batalla terrestre *Umberto* sale de un hangar de servicio en un planeta del grupo Braun. Forzado a volver al servicio tras diez años en el dique seco, el *Umberto* fue embestido posteriormente por una nave-ciudad lagunera y estalló, muriendo todos sus tripulantes.



En este momento, Gerling se interrumpió bruscamente; se sintió solo y acobardado. Alguien se rió. Otros miembros del grupo se recostaron en sus asientos y miraron fijamente el techo o hablaron animadamente con sus vecinos, mirando de vez en cuando a Gerling, que pensó haber hecho una sugerencia inapropiada. Entonces el presidente le sonrió y pidió orden. Horas más tarde, el plan estaba completo. Gerling, todavía en servicio activo, dirigiría la apolillada flota que atacaría Laguna IX y sería responsable de la selección y preparación de naves y tripulantes. Su flota incluiría las naves operacionales que pudieran ser adaptadas a tiempo para control manual: se fijó un plazo de treinta días. Mientras tanto, se iniciaría un programa intensivo de vigilar la actividad en Laguna IX y sus proximidades y localizar la base de sus naves espaciales.

Al tiempo que las primeras naves antiguas se reunían en la Tierra y los reservistas iniciaban su instrucción, empezaron a llegar informes que proporcionaron la primera pista para resolver el misterio de Laguna. Una patrullera que por error se había acercado a la superficie más de lo previsto había localizado una fisura en el terreno del planeta. Este detalle hubiera carecido de importancia si la fisura no se hubiese cerrado a los pocos segundos, sin dejar rastro de su existencia.

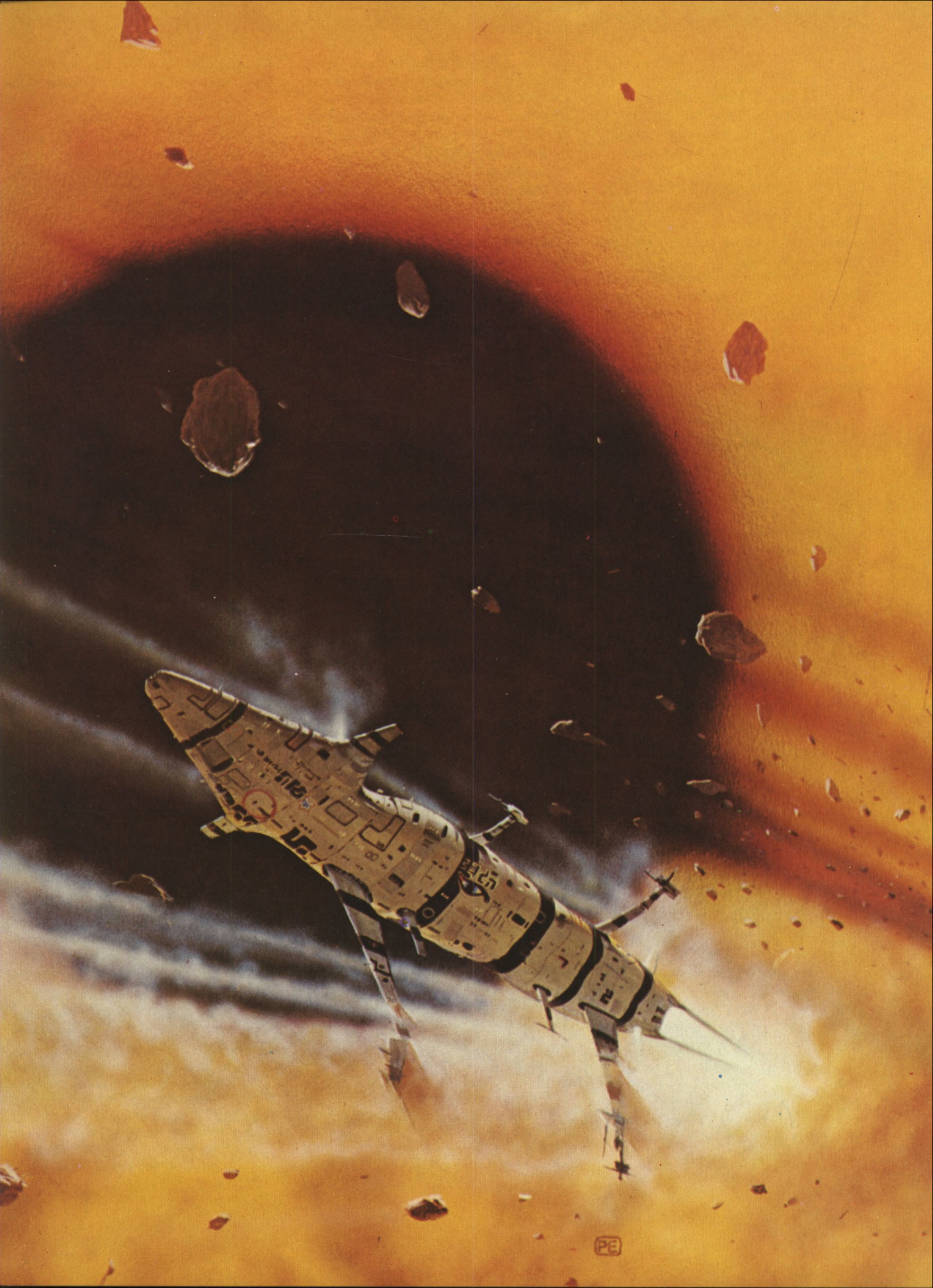
Una segunda nave patrullera, que fue enviada para obtener más detalles sobre la observación inicial, sufrió un ataque y regresó dañada y sin nueva información. La ADT ideó un plan basado en la utilización de patrulleras de señuelo y logró que una tercera nave se acercara a la grieta más que en la primera ocasión. Cuando la patrullera llegó al lugar encontró la fisura abierta. Lo suficientemente abierta, de hecho, como para distinguir tenues perfiles bajo la superficie del terreno. Las fotografías transmitidas a la Tierra confirmaron las sospechas suscitadas por el informe de la primera patrulla. La grieta era causada por la apertura de inmensas puertas camufladas. En su interior yacían construcciones, quizá instalaciones militares o parte de un habitáculo o ciudad. Era de suponer que el pueblo de Laguna IX tenía buenas razones, tal vez históricas, para ocultar su existencia y vivir bajo la superficie de un planeta aparentemente desierto y sin vida. Pero en cuanto a la naturaleza física, número y tecnología de sus habitantes, nada se sabía. Y menos aún qué instintos primitivos y hostiles habían llevado a los moradores de Laguna IX (si es que habían sido ellos) a destruir la *Aventurera* y aniquilar a los colonos sin indagación o aviso.

La existencia de esta apertura y el hecho de que la segunda patrullera hubiera sido atacada desde otra base, mientras la examinaba, indicaban la posible realidad de otras grietas similares. Este detalle hizo que el Grupo de Guerra modificara sus planes. Si el enemigo no era una raza nómada que habitaba en naves que circundaban sin cesar el planeta, sino que se hallaba atrincherada bajo su superficie, se precisaría un tipo distinto de navíos para el ataque. Los hombres de Gerling volvieron al cementerio de naves del grupo Braun en busca de transportes de tropas y embarcaciones de desembarco de vehículos de superficie.

Día y noche, recorrieron las hileras de naves retiradas, examinaron sus sombríos interiores y sus brillantes cascos hasta completar la tarea. Cargueros blindados trajeron de la Tierra valiosos cargamentos de pilas nucleares que serían conectadas al sistema motriz de las naves. Los ingenieros iban de un lado a otro, comprobando todo nuevo dispositivo que era conectado, y cuando, finalmente, ponían en marcha el motor principal, seguían la antigua superstición de cruzar los dedos. Más de una nave explotó. Otras sufrieron incendios internos cuando los viejos circuitos no soportaron la prueba. Un navío rompió sus amarras al sufrir una avería en los controles de dirección y desapareció en el espacio, arrastrando las lanchas de los ingenieros y los buques cisterna que se hallaban a su lado. Pero la mayoría de las naves respondieron bien y la fuerza

La nave insignia de Gerling, único modelo sobreviviente de la famosa y eficiente cañonera ligera LG223 Rastrilladora Estelar. Tenía setenta años de antigüedad cuando volvió al servicio activo.

PETER ELSON


PE

invasora de Laguna quedó dispuesta dos días antes de finalizar el plazo. Dispersa en las bases militares de Pekín, Darwin, Teherán, Berlín y Chicago, la flota comprendía naves de combate, portadoras de cazas, bombarderos, transportes de tropas y vehículos, vehículos de bombardeo tierra-tierra y un destacamento de laboratorios móviles con la misión especial de analizar señales, en parte para descubrir el secreto del dispositivo desorientador de Laguna y en parte, y mucho más importante, para advertir rápidamente de su uso.

Aunque la misión de Gerling estaba definida con claridad, el comandante dispondría de gran libertad para dirigir la campaña. Sus instrucciones eran ejecutar las acciones necesarias para anular la amenaza de Laguna y, desde el momento en que llegara al escenario de la contienda, dispondría de cuatro meses para completar la tarea antes de regresar a la Tierra, para repostar u obtener combustible mediante convoyes enviados a la zona.

La preparación había resultado ardua para Gerling; había tenido que readaptar su pensamiento a la anticuada tecnología de las naves a su mando. Respuestas y decisiones, usualmente tarea del computador, deberían ser meditadas por él y sus oficiales. Y lo más problemático: importantes decisiones tácticas, anteriormente ejecutadas por el control central de la nave insignia, deberían ser transmitidas y puestas en práctica individualmente por los capitanes de las naves. Aquí residía la debilidad de la Fuerza Invasora, puesto que el proceso de transmitir la orden y su posterior ejecución era más lento que el sistema de control central mediante computador.

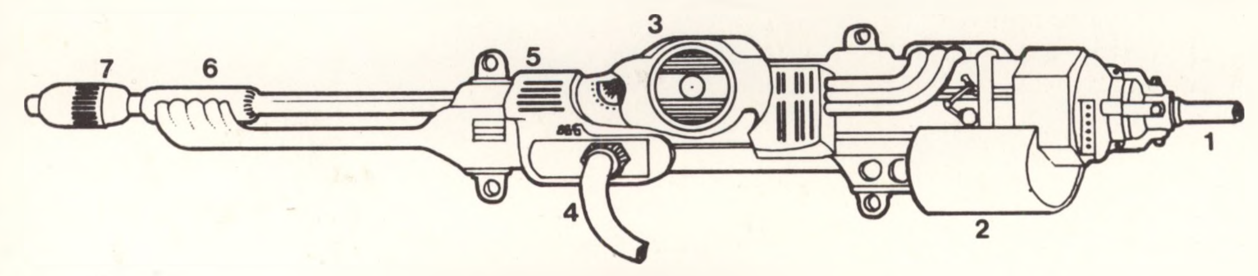
El trabajo de agrupar la flota y llamar a filas a miles de reservistas había sido demasiado conspicuo para escapar a la atención de los medios informativos y durante varios días antes del despegue multitud de periodistas, desconocedores del momento preciso de la partida, habían rodeado los campos de fuerza del perímetro de las bases. A lo largo y ancho de la Tierra, desde Pekín a Chicago, los terrestres vitorearon al unísono el despegue de las naves de Gerling. Las primeras en partir fueron las de combustible y suministros, tan cargadas que precisaron de remolcadores para arrancarlas de las plataformas de lanzamiento e izarlas en la atmósfera contra la colosal fuerza de la gravedad.

El último en despegar fue el navío de mando de Gerling, una cañonera construida hacía setenta años, muy rápida pero escasamente armada, que había sido seleccionada debido a su facilidad de maniobra en el espacio y la atmósfera y porque sus modestas proporciones no la delatarían como nave almirante. Representaba el máximo avance en naves de control manual y Gerling había experimentado un profundo desengaño al no encontrar más embarcaciones así en los astilleros de desguace.

El primer desastre se produjo mientras Gerling despegaba de Berlín. Al otro lado del mundo, el contingente de Darwin, cuyas últimas naves acababan de liberarse de la atracción gravitatoria de la Tierra, fue atacado súbitamente por un grupo de tres interceptadores no identificados, los tres distintos entre sí, que se habían ocultado en una confusión de restos en órbita y entrado en acción cuando la primera de las naves de Darwin había pasado junto a ellos. Las naves espaciales siempre son vulnerables en los momentos comprendidos entre el despegue y el abandono de la atmósfera y la gravedad. Pero el período que más preocupa a los tripulantes de servicio es aquel en que se desconecta la propulsión principal, se comprueba el rumbo y se conecta el motor auxiliar. Y fue en ese momento que atacaron las extrañas naves.

Dos transportes de tropas, una portadora de cazas y cuatro vulnerables cañoneras no lograron sobrevivir al ataque; apenas pudieron responder al fuego enemigo. No obstante, el mensaje del laboratorio de análisis de señales que acompañaba a estas naves, aferrado al costado de un gigantesco remolcador intergaláctico, llegó en perfectas condiciones de audición: la fuerza transmitida por los atacantes, aparte de su ataque con armas nucleares láser, era la misma que había causado la casi destrucción de la flota de Keyes en el espacio aéreo de Laguna IX.

Los cazas de Laguna fueron destrozados rápidamente por las continuadas salvas de un escuadrón de cañoneras, pero la Tierra se estremeció ante la proximidad del enemigo. Tal vez las fuerzas de Laguna estarían amenazando en algunas horas más la misma base del Imperio Terrestre, por cuanto la presencia de interceptadores en órbita implicaba la de una nave portacazas, estos navíos viajan a su vez acompañados de escolta, etc, etc... Cuando la Fuerza invasora de Gerling abandonó la influencia de la Tierra y puso rumbo a Laguna IX, escuadrillas de cazas con base en el planeta escudriñaron el espacio cercano en busca de naves enemigas.



Acelerador de partículas.

1 Entrada de energía. **2** Acelerador primario. **3** Acelerador principal. **4** Entrada de la señal de control. **5** Alimentador de pulsos. **6** Rectificador lineal. **7** Diafragma de enfoque.

EL PRIMER CHOQUE

El plan de Gerling era muy sencillo: naves portacazas tomarían posiciones equidistantes en órbita en torno a Laguna IX, destacamentos de bombarderos atacarían simultáneamente puntos clave identificados y transportes de tropas y vehículos apoyarían la acción aunque aguardando a distancia. La principal flota de combate de Gerling permanecería en las cercanías del planeta, dispuesta a intervenir o reforzar el ataque si era preciso. Cuando el planeta apareció por fin a la vista, la moral era elevada. En el ambiente flotaba una sensación de aventura. Las órdenes se extendieron por la flota mientras las naves se preparaban para cumplir sus funciones asignadas.

En ese preciso instante fue avistado un enorme enjambre de naves que surgía del otro lado del planeta. Más y más naves siguieron emergiendo del borde del planeta.

Había poco tiempo para prepararse. Gerling ordenó que sus naves mejor armadas cubrieran el frente y los flancos para proteger a los elementos más vulnerables de la flota y mandó abrir fuego cuando el enemigo se puso a tiro. Transcurrieron unos segundos



Tanques aerodeslizantes blindados de la Tierra chocan durante la desesperada acción en torno a la entrada de las bases subterráneas laguneras. Este choque, al igual que otros ocurridos en el espacio y en la superficie, fue provocado por los dispositivos desorientadores de Laguna.

PETER ELSON

mientras la flota hostil se aproximaba. Gerling estimó que estaba compuesta por más de doscientas naves de choque.

Iniciado el ataque, los ojos terrestres se esforzaron por descubrir la evidencia de un impacto, pero los navíos enemigos prosiguieron su inexorable avance, al parecer intactos, mientras varios destacamentos se separaban a izquierda y derecha para atacar los flancos de las fuerzas terrestres. Las dos flotas estaban ya muy cerca, pero el enemigo no había abierto fuego, pese a que las naves de Gerling lo hacían con todo su armamento.

Entonces, un millar de mentes comprendió al unísono la misma y terrible verdad. Los terrestres *vieron* cómo sus rayos láser y misiles atravesaban las naves enemigas y continuaban su curso en el espacio.

Demasiado tarde, Gerling comprendió que estaba atacando una flota-señuelo de proyecciones tridimensionales. Por los sistemas de comunicaciones llegó el apresurado informe de un ataque en la retaguardia. Un puñado de naves estaba infligiendo graves pérdidas a las naves auxiliares y de suministro, que se encontraron de repente en la vanguardia de la fuerza, mientras la escolta viraba desesperadamente para hacer frente a los atacantes.

Precavido ante las tácticas de sus oponentes, Gerling ordenó que se reforzara la retaguardia, reteniendo en la vanguardia y flancos tantas fuerzas como le fue posible. En plena batalla, las unidades exploradoras electrónicas encontraron señales de más actividad: sin lugar a dudas, una fuerza adicional despegaba de la superficie de Laguna IX. Gerling tomó una decisión: debía tomar la iniciativa y atacar, antes de que su flota quedara cercada por completo.

En un gesto temerario, ordenó que las naves portacazas se situaran en órbita. Los cazas debían apoyar inmediatamente al contingente de bombarderos, que simultáneamente había recibido la orden de atacar las bases de Laguna, y la escuadrilla de naves de ataque superficial, a la que Gerling había asignado la tarea de perforar la capa protectora del planeta. Los destacamentos de bombarderos se enfrentaron con las tropas de refuerzo enemigas en plena atmósfera de Laguna IX. Sufrieron algunas pérdidas, pero el contingente principal abrió una brecha, dejando que los cazas de escolta libraran la batalla aérea.

Momentos después estaban lanzando sus misiles contra las gigantescas puertas que ocultaban las bases enemigas, mientras los vehículos de bombardeo tierra-tierra se posaban en la superficie del planeta para iniciar sus terribles e inexorables andanadas. En ese instante, grandes vehículos blindados hicieron su aparición y dirigiéndose hacia ellos respondieron al ataque.

Gerling comprendió que sus efectivos se hallaban muy comprometidos. Se combatía en la retaguardia de la flota y en la atmósfera planetaria y ahora se iniciaba una batalla campal en la superficie; el enemigo podía lanzar nuevas fuerzas contra él en cualquier momento. El comandante decidió que, si podía mantener bajo control la acción en la retaguardia, debía abrirse paso hacia Laguna IX y hacer retroceder al enemigo para forzar el ritmo y, consideración vital, apoyar sus destacamentos avanzados.

Gerling sabía que su decisión acarrearía grandes pérdidas, pero la potencia del enemigo era tal que, en su opinión, no podía permitirle que llevara la iniciativa. Cuando la principal flota de combate de Gerling avanzó lentamente, abriéndose paso en un terrible ataque y manteniendo una vigorosa batalla en la retaguardia, las pérdidas de ambos bandos aumentaron con espantosa celeridad. Empero, el poderío de los terrestres resultó eficaz y un cuarto de hora después de la orden las naves de Laguna cesaron de disparar y huyeron hacia la seguridad de la cara oculta del planeta.

Gerling ordenó que varios cazas siguieran al enemigo y repasó la situación en la superficie. Daba la impresión de que sus fuerzas de tierra tenían rodeado al enemigo en el borde de un boquete de casi dos kilómetros de anchura que los bombarderos habían abierto en el terreno. Conforme el círculo iba estrechándose, vehículos de Laguna que se retiraban volcaban irremediablemente en el borde de la sima. Gerling tenía confinado al enemigo en este único punto y, ya que había descubierto una debilidad, decidió explotarla.

Pero antes se imponía un descanso, una pausa. Las tripulaciones necesitaban un período de calma para recuperarse de la conmoción de la batalla, del incesante esfuerzo de maniobrar naves y armas bajo el ritmo frenético de las condiciones de un combate. Los capitanes debían determinar el estado de sus navíos y tripulantes, las pérdidas, los daños. Y Gerling necesitaba tiempo para recuperarse y planear la siguiente jugada de aquel juego mortal. Disponía de muchas fuentes de consejo: consejo humano, consejo de los computadores de combate que escupían sus análisis de la posición de Gerling... Pero ahora, mientras el comandante contemplaba fijamente el aspecto del devastado planeta, comprendió que, a pesar de toda la tecnología que tenía a su disposición, tendría que tomar una decisión sin ayuda de ningún tipo.

Su mente empezó a divagar por las sendas de la historia antigua: estaba evadiendo su tarea. Gerling se desesperó por un instante. Todo aquel problema era demasiado complejo, demasiado enorme para un solo y falible cerebro humano. Con todo, tal como su padre solía decir, debía cumplir con su deber.

Los capitanes recibieron sus órdenes momentos después. El principal destacamento de tierra presionaría sobre el borde del agujero y naves exploradoras entrarían allí para intentar un reconocimiento. Algunas naves serían destruidas, pero no había otra alternativa. Las patrulleras vigilarían sin cesar el resto del planeta para mantener informado a Gerling de cualquier otra actividad. Otras naves de patrulla se introducirían en los demás boquetes de la superficie. Si Gerling lograba contener al enemigo en el interior del planeta, podría debilitar su resistencia mediante la constante erosión de sus posiciones y defensas. En su opinión, iba a ser un trabajo muy largo.

Un anticuado lanzamisiles móvil de la Tierra, modelo AV 624 Escorpión, dispara contra las posiciones laguneras. Estos vehículos resultaron bastante inadecuados y sufrieron grandes pérdidas antes de ser retirados.


C·D
74



UN LIQUIDO MISTERIOSO

Ignorando las sorpresas que podían aguardarles, las naves exploradoras y sus cazas de escolta descendieron hacia la boca del profundo y oscuro abismo. A su alrededor, en el borde, yacían los restos destrozados, retorcidos y fundidos de la batalla superficial que acababa de concluir. Algunos cadáveres con sus trajes espaciales estaban tendidos en posiciones grotescas en el suelo rocoso del planeta.

Los observadores distinguían los trajes de la Tierra y los de Laguna, pero no lograron ver qué forma de organismo se ocultaba en aquella ropa. No obstante, y el detalle iba a ser muy importante en el curso posterior de la guerra, los habitantes de Laguna necesitaban trajes para sobrevivir, es decir, no podían respirar la atmósfera del planeta. Las noticias fueron transmitidas a Gerling.

El interior del agujero era oscuro y silencioso. Las naves exploradoras inundaron de luz el lugar y vieron bajo ellas una ciudad de imponentes y espigados edificios que se extendía hasta el límite de la visión. Los tripulantes calcularon que estaban volando mil metros por encima de las cúspides de las construcciones más altas. Los edificios eran tan elevados que sus mitades inferiores permanecían en la oscuridad. Todo estaba tranquilo, pero los terrestres sabían que allí, en algún lugar de la negrura, debían hallarse las bases desde las que habían partido los atacantes de Laguna.

Una nave de reconocimiento terrestre avanza cautelosamente en la penumbra de una ciudad subterránea de Laguna.

Gerling se quedó perplejo al recibir estos informes. Estaba dispuesto a seguir a las exploradoras y cazas al interior del agujero en caso de que sufrieran una emboscada. Una emboscada; eso había esperado en realidad. Cuanto más se adentraran las naves bajo la superficie, cuanto más lejos volaran, tanto más difícil le resultaría enviar ayuda. Bien, de todas maneras lo haría. Si ordenaba que las exploradoras salieran de la apertura, ¿qué haría a continuación? ¿Qué información habría obtenido? Quizá la llegada de efectivos más potentes forzara la reacción del enemigo obligándolo a revelar sus posiciones.

Las cañoneras y naves de ataque superficial atravesaron lentamente la brecha y desaparecieron de la vista. También su entrada parecía normal. Durante algunos instantes se produjo un corte inexplicable en la transmisión de la nave de mando, pero antes de que Gerling hubiera deducido la lógica conclusión, la voz del capitán volvió a escucharse perfectamente. Nada había sucedido aún. Gerling ordenó que los cazas descendieran e investigaran en un nivel inferior, aunque ello significara una navegación peligrosa en la densa maraña de edificios.

Los interceptadores informaron que habían avistado instalaciones de armamento y naves inmóviles, sin actividad visible. Sorprendido, perplejo y receloso, Gerling dio la orden de retirada. El enemigo debía tener un as en la manga, pero Gerling, con grandes efectivos comprometidos, no estaba dispuesto a perder el tiempo necesario para descubrirlo. En lugar de eso, aguardaría en la superficie exterior del planeta.

Ni siquiera hoy, con la ventaja de la visión retrospectiva, puede culparse a Gerling por no haber anticipado lo que ocurriría después. Es importante recordar que la Tierra había dominado el universo explorado durante los dos siglos anteriores. Ningún reto a la supremacía terrestre había surgido en este período. El armamento y la estrategia de la Tierra se habían desarrollado, como es lógico, pero no se habían producido conflictos ni habían aparecido nuevas armas de las que defenderse, y así, las fuerzas armadas y sus pertrechos sólo servían para enfrentarse a un enemigo que siguiera sus mismas reglas... no a un adversario que intentaba nuevas tácticas.

El primer detalle que sorprendió a Gerling fue la alta velocidad con que su destacamento salió del agujero. Si se tenía en cuenta la vacilante entrada de las naves, aquella velocidad sólo podía indicar una confianza temeraria o pánico. Pero Gerling no tuvo tiempo para meditar, porque en cuestión de segundos sus cazas y cañoneras abrieron fuego contra las naves de la flota que permanecían inmóviles sobre el planeta.

Los cazas se metieron en la formación, disparando misiles y rayos láser al límite de su potencia, mientras las cañoneras recorrían los bordes de la flota ocultándose tras una cortina de fuego.

Cogidas totalmente por sorpresa, las naves terrestres quedaron momentáneamente paralizadas. Pero cuando la realidad empezó a ser comprendida y los atacantes cobraron sus primeras víctimas, la flota respondió al ataque. La totalidad de cazas y cañoneras fue destruida en menos de media hora, en tanto que las naves exploradoras y de ataque superficial se agotaron en sus embestidas, afortunadamente fracasadas. La mayoría estaban averiadas o destruidas, aunque se logró capturar a una de las exploradoras, con sus dos tripulantes vivos e ilesos.

Los dos hombres habían pugnado desesperadamente por destruirse en la nave, inmóvil y atrapada en la trampa magnética de un navío de combate, pero fueron detenidos a tiempo y trasladados a bordo. Los dos tripulantes guardaron silencio durante el interrogatorio. Aparentemente se trataba de los mismos hombres que habían subido a la pequeña nave exploradora una hora antes. Pero los impulsos eléctricos de sus cerebros no concordaban con el modelo humano. En determinado momento, tal vez durante el corte de la comunicación, los cuerpos de los terrestres que volaban sobre las torres de la ciudad habían sido invadidos y ocupados por mentes laguneras. O quizás —y era todavía más sobrecogedor— habían sido sustituidos por clones.

En la conferencia que se realizó luego, a través del sistema de video, el rostro de Gerling aparecía sombrío. Sus hombres y sus naves eran capaces de luchar contra un enemigo visible y tangible, pero carecían de defensa frente a un ejército invisible y armas subversivas. El comandante no podía hacer otra cosa que no fuera combatir en sus propios términos y de acuerdo con sus reglas. ¿Pero cómo iba a lograr que el enemigo saliera de su cubil?

En plena conferencia, Gerling fue llamado al centro de control de su nave. Cuatro naves no identificadas, acompañadas por naves de menor tamaño, habían sido avistadas por los exploradores. Procedían de Laguna VII y se acercaban a la flota. Mientras Gerling observaba las pantallas, nuevas naves de reducidas dimensiones tomaron posición junto al convoy tras haber salido de la parte trasera de un navío. No había duda de que éste era un portacazas cuyos interceptadores escoltaban a tres naves de combate pesadas o tres grandes cargueros. La trayectoria del grupo indicaba que se dirigía hacia Laguna IX. El contingente aceleró su velocidad ante la atenta mirada de Gerling y se dividió en tres unidades, que se alejaron de la nave portadora y avanzaron hacia la cara opuesta del planeta. Gerling dedujo que debía tratarse de un valioso convoy de carga. ¿Por qué, si no, un grupo de naves muy inferiores en número a las fuerzas terrestres intentaba llegar a un puerto de Laguna IX? El hecho de que se hubieran dividido confirmó la creencia de Gerling: Las tres naves quizá no llegaran a su objetivo, pero tal vez una sola, sí.

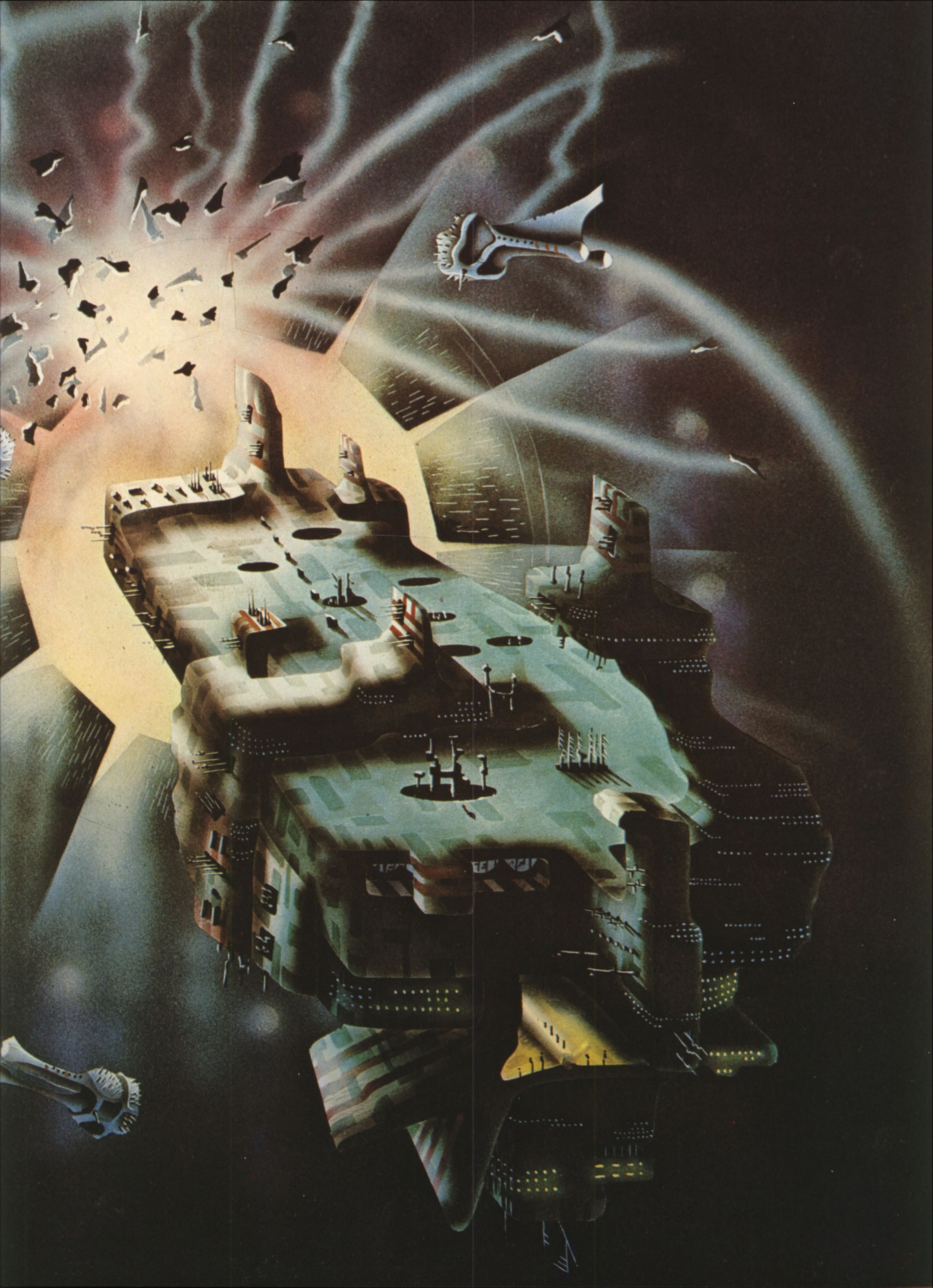
Para que los cargueros y sus tripulantes corrieran riesgos tan graves el valor del cargamento debía ser enorme. Gerling comprendió que debía evitar a toda costa la llegada del convoy a su destino... pero disponía de muy poco tiempo.

Sin perder un segundo mandó que un escuadrón de cañoneras se situara entre los cargueros y el planeta, mientras las escuadrillas de interceptadores se lanzaban sobre las tres unidades, sorprendiéndolas por la espalda. Las cañoneras, en una carrera contra el tiempo, se dirigieron a sus posiciones y en ese momento fueron recibidas por una lluvia de misiles disparados desde la superficie, mientras los cazas eran atacados por detrás por un enjambre de naves surgidas de la nave transporte.

Las pantallas protectoras de las cañoneras no tardaron en quedar exhaustas ante los estremecedores impactos que todas ellas recibían a causa del interminable flujo de misiles lanzados desde Laguna IX. El capitán del escuadrón solicitó permiso para retirarse, pero Gerling

Una nave de combate lagunera, ayudada por remolcadores, entra en el muelle bajo la superficie del planeta, intentando escapar al fuego terrestre.

ALAN DANIELS







le ordenó resistir hasta la llegada de las unidades de Laguna y hasta que pudiera enviarle refuerzos.

Entretanto, los cazas terrestres, igualmente agotados, habían alcanzado a uno de los cargueros. La nave cambió su rumbo al tiempo que rezumaba inmensos glóbulos ingrávidos de una turbia sustancia. Con una exclamación de horror, uno de los vigías de Gerling anunció a gritos que el carguero alcanzado, todavía desplazándose a enorme velocidad, se dirigía en línea recta hacia la nave insignia de Gerling, inmóvil sobre el planeta. La nave enemiga era tan enorme que ni la desintegración total lograría detenerla, pensó Gerling, y, aun así, los componentes más pesados, los motores, tal vez prosiguieran su inexorable avance.

Gerling estaba con el alma en un hilo cuando los motores de su nave empezaron a rugir y la cubierta presionó su cuerpo hacia arriba. A su alrededor, los hombres no se atrevían ni a respirar. Las naves de la escolta dispararon furiosa e inútilmente contra la masa descontrolada que abría una terrible brecha en la flota. El cargamento del buque lagunero iba vertiéndose en el vacío del espacio a través de los retorcidos boquetes de sus costados. Sus motores estaban en silencio y todas las luces apagadas.

La mortífera nave pasó calladamente junto al navío insignia segundos después y acabó explotando al chocar con una desafortunada nave de suministros que no había logrado apartarse a tiempo. La explosión empujó a la nave capitana de Gerling y su escolta, que empezaron a dar vueltas y caer hacia la superficie del planeta. En estos segundos de tiempo perdido finalizó la batalla para detener y destruir los cargueros enemigos. Los terrestres habían sufrido unas bajas de ocho cañoneras y trece cazas, mientras que de los efectivos enemigos sólo quedaba un carguero averiado que navegaba a la deriva. La escolta de los cargueros estaba siendo aniquilada por completo.

Un carguero de Laguna, perdido el control, embiste a una desdichada nave de suministros de la Tierra después de haber estado a punto de chocar con la capitana de Gerling.

COLIN HAY

La nave lagunera, con la pantalla protectora y el motor principal inutilizados, apenas pudo hacer nada para deshacerse del grupo de abordaje terrestre. Durante unos instantes mantuvo un constante flujo de fuego con sus armas auxiliares, pero los disparos cesaron cuando la lancha blindada terrestre topó suavemente con el destrozado casco. La patrulla de abordaje, con órdenes de capturar el cargamento y los tripulantes con la mínima violencia posible, voló hábilmente las puertas de las exclusas exteriores y en seguida informó que había entrado en el carguero.

Los tripulantes laguneros sobrevivientes, todos ellos vestidos con trajes espaciales, opusieron una feroz resistencia. Algunos de sus camaradas habían sufrido muertes espantosas como resultado del súbito cambio de presión ocasionado por la voladura de la compuerta. Cuando los sobrevivientes fueron vencidos, sólo quedaban tres y además heridos, por lo que se los transportó inmediatamente en una lancha hasta la nave capitana. Equipos de reparadores fueron enviados, entre tanto, al carguero para instalar una compuerta temporal y volver a presurizar el buque.

Dos horas más tarde, el oficial de reparaciones indicó que el carguero estaba listo y un equipo de científicos subió a bordo para iniciar el análisis del cargamento. Encontraron un sistema de tanques, interconectados y refrigerados, que contenían idéntico líquido: una sustancia viscosa, lechosa. Las primeras pruebas analíticas no lograron ofrecer indicio alguno en cuanto a los constituyentes del líquido. Pero sí, en cambio, sugirieron que tenía muy poca relación con las dos exigencias humanas básicas: aire para respirar y alimento para comer.

UNA PISTA

Bernd Gerling estaba preocupado y frustrado. ¿Por qué el misterioso líquido era tan crucial para la supervivencia de los laguneros? Los científicos no habían conseguido facilitarle la rápida respuesta que él buscaba y decidió concentrarse en los prisioneros. Dos de ellos, durante su traslado de la lancha a la compuerta de la nave, habían logrado liberarse el tiempo suficiente para romper sus cascos y en consecuencia habían muerto en el acto, pero el tercero, pese a sus similares tentativas, seguía con vida. Gerling descendió al camarote donde estaba el prisionero, acompañado por dos de sus oficiales. Allí, atado por las muñecas, el cuello y los tobillos a una silla, estaba sentado un hombre que se retorcía, igual en todas sus características físicas visibles a los terrestres del camarote.

Previendo la posibilidad de que dispusiera de una cápsula venenosa oculta en un diente, la boca del lagunero había sido inmovilizada, utilizando una abrazadera de acero. En tales condiciones el individuo no podía hablar, pero Gerling sabía que si se eliminaba la pieza metálica, aunque sólo fuera por una fracción de segundo, la muerte del prisionero podía ser instantánea. Y el comandante necesitaba respuestas. Impaciente, Gerling ordenó que se administrara una droga paralizante al preso, de modo que permaneciera consciente pero sin poder moverse mientras se examinaba su dentadura. Localizada y extraída la cápsula, se administró a continuación un antídoto para la droga anterior y una gran dosis de un derivado del pentotal. El interrogatorio se inició unos minutos más tarde.

La puerta del camarote produjo un siseo al cerrarse a su espalda y, mientras se dirigía con rapidez hacia la sala de control, Gerling meditó su siguiente paso. Había logrado interceptar las naves, pero la falta del valioso cargamento haría que los laguneros estuviesen aún más desesperados por recibir un nuevo envío. Si bien el interrogatorio del prisionero podía proporcionar información sobre la naturaleza y puerto de origen del líquido transportado (dependía de los métodos que se utilizaran), Gerling debía dar los pasos posibles para frustrar otras tentativas de hacer llegar la mercancía a su destino.

El computador investigó la trayectoria de las naves de carga antes de que fueran avistadas. Conforme el aparato avanzaba en sus cálculos y trazaba en el gran mapa de la pantalla el curso desconocido del trayecto, una línea luminosa fue avanzando lentamente hacia un planeta de gran tamaño con tres satélites pequeños. Gerling reconoció vagamente aquella configuración y pidió la identificación del grupo. El mapa de la pantalla fue sustituido por una imagen del planeta a gran escala. La información solicitada por el comandante empezó a aparecer en el panel contiguo. Se trataba de Laguna VII.

Gerling se apartó de las pantallas y dio sus instrucciones. Una fuerza de naves de transporte, que ni siquiera debía ensayar el aterrizaje, pondría rumbo inmediatamente hacia Laguna VII, acompañada por naves de escolta y bombardeo e intentaría bloquear todo el tráfico de entrada y salida del planeta. Si Gerling enviaba pocas naves, éstas consumirían gran cantidad del combustible que llevaban a bordo en su constante acción de patrulla y pronto necesitarían repostar. Una solución era que retrocedieran hasta los navíos cisterna estacionados frente a Laguna IX, pero en ese caso el bloqueo quedaría roto. Y si Gerling enviaba los buques cisterna a Laguna VII, el poder bélico de las fuerzas de Laguna IX se reduciría.

La alternativa por la que optó consistió en enviar un gran número



La ubicua nave cisterna y de carga SC 98K Sherpa. Pese a carecer de blindaje, estas naves se vieron obligadas a maniobrar en el frente para mantener en funcionamiento los navíos de combate.

PETER ELSON



de naves que orbitarían Laguna VII y desconectarían sus motores principales durante prolongados períodos de tiempo. La solución lo debilitaba, pero había calculado los riesgos. Dos horas después, tras una agitada sucesión de órdenes, informaciones y conferencias, los computadores de navegación de las naves recibieron al fin sus programas. Breves llamaradas de centenares de sistemas motrices auxiliares iluminaron al unísono el espacio cuando la formación de naves maniobró para iniciar el viaje. Después, con una silenciosa despedida, la fuerza de Laguna VII se alejó y las naves restantes se agruparon, demasiado conscientes de los numerosos huecos que quedaban en sus filas.

Mientras sentía bajo los pies la vibración de la nave, Gerling se acordó de su prisionero. Quizá dos horas de interrogatorio hubieran servido para obtener alguna información, aunque el hecho de no haber recibido mensajes de los interrogadores en ese lapso de tiempo indicaba que su interesante huésped no se mostraba cooperativo. Decidió ir a comprobarlo por sí mismo. Cuando abrió la puerta del camarote, los ojos de Gerling vieron a un hombre muerto.

Los rostros que se volvieron hacia el comandante expresaban turbación. Algo había ido muy mal. Intervino un médico que estaba inclinado sobre el muerto.

—Señor —dijo—, debe haber reaccionado contra una de las drogas. No sé cómo. No disponíamos de mucho tiempo, pero le hicimos una prueba antes de empezar y el registro fue negativo por completo. Observe su mano: ha producido una especie de brote de hongos... Sucedió tres minutos antes de que muriera. No lo comprendo, señor... Quizás...

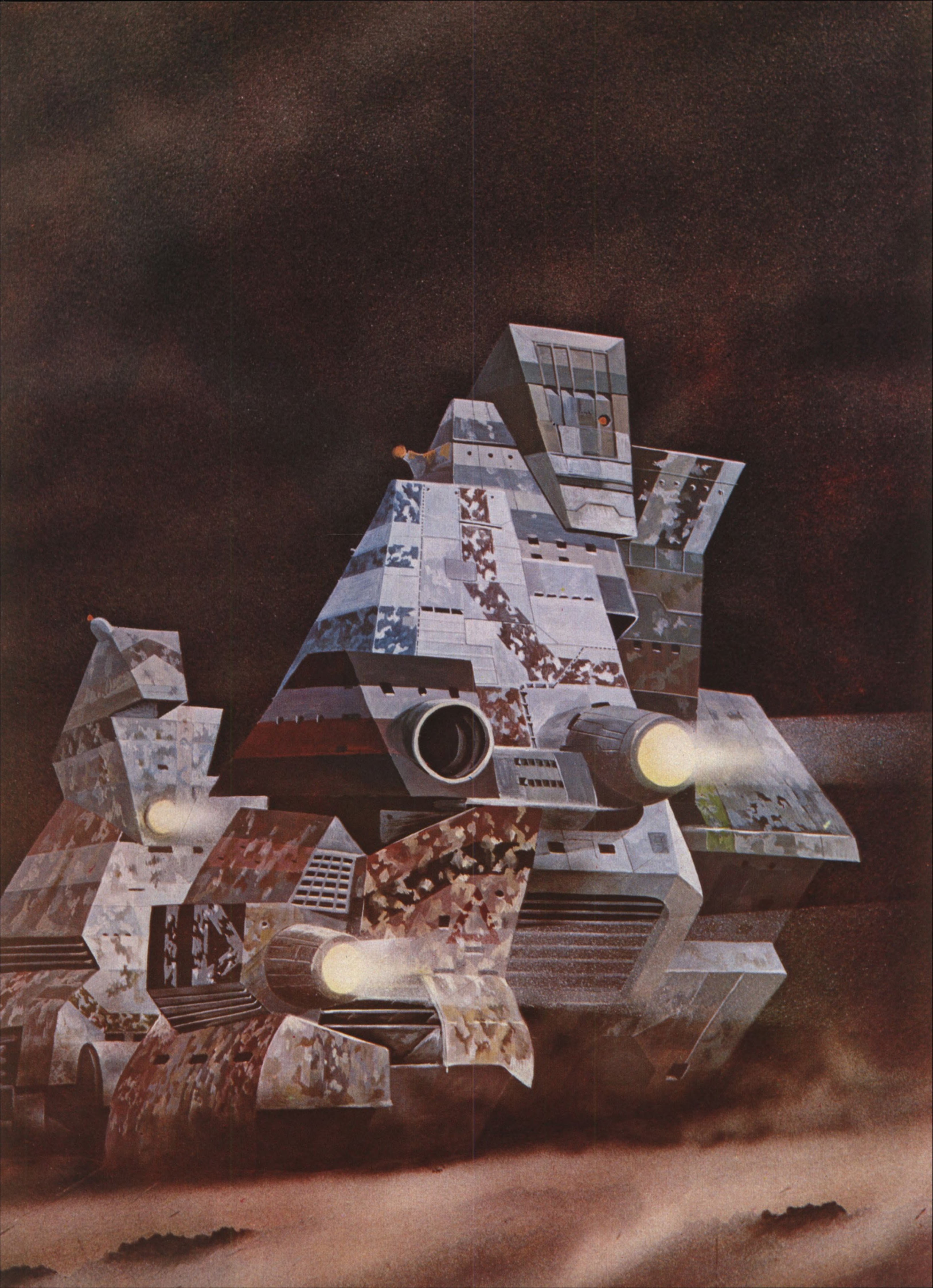
—¿Dijo algo antes de morir? —interrumpió Gerling.

—Averiguamos muchas cosas sobre él, señor —contestó uno de los interrogadores—. Sobre su vida. Pero pese a que le administramos muchas drogas, y en cantidad, no



Máquinas móviles extractoras de minerales actúan en Laguna VII. Buena parte de las materias primas esenciales de Laguna IX procedían de su planeta hermano.

COLIN HAY



nos dijo nada del cargamento o de lo que sucede en Laguna IX. Estos tipos deben hacer algún tipo de entrenamiento, tal vez una especie de lavado de cerebro. No estaba en condiciones de explicarnos una sola cosa que quisiéramos saber...
Lo comprendí desde el principio.

A solicitud de Gerling, el interrogador puso la grabación de la sesión. El sujeto había sido un recluta, en su último mes de servicio. Los cargueros habían estado bajo mando militar. Le gustaban los viajes a Laguna IX. En comparación con el austero carácter práctico de las fábricas de Laguna VII y sus tristes dormitorios colectivos, la gran capital de Laguna IX ofrecía excitación sin límites. El fallecido tenía esposa en los dos planetas: en el IX, una terrestre; en el VII, una de esas muchachas de Centauro, delgada, morena e impredecible. Su madre era descendiente directa de una de las primeras expediciones a Laguna IX: él recordaba perfectamente las nueve generaciones que lo habían precedido. Este detalle lo hacía superior a los demás.

Los primeros hombres de Laguna habían sido tripulantes que se habían amotinado a bordo de la nave acorazada *Chicago*. Doscientos doce años antes, la tripulación del *Chicago* se había amotinado, tras diecisiete meses de servicio constante en el espacio sin un solo permiso en tierra. Habían matado a todos los oficiales y luego navegado durante otros cuatro meses antes de encontrar Laguna IX, que les pareció bastante hospitalario. Habían aterrizado con el combustible y suministros casi agotados. Naturalmente ya había gente —si es que podía llamársela así— viviendo en el planeta, bajo tierra. También habían matado a los indígenas, manteniendo vivos durante cierto tiempo a unos cuantos, para que les enseñaran a manejar las máquinas y sistemas vitales. No les había hecho falta efectuar demasiados cambios, tan sólo adaptar los generadores atmosféricos para que produjeran un ambiente más similar al de la Tierra que el de los asquerosos laguneros. Por lo demás, se habían limitado a adueñarse completamente del lugar. Sí, habían ido algo escasos de mujeres y se habían peleado y matado por las pocas de que disponían. Pero habían superado los problemas y las cosas les fueron bastante bien hasta que llegaron los terrestres con sus grandes ideas de tomar posesión de Laguna IX. De no haber sido por las armas y tácticas sorprendentes que habían heredado de los viejos monos laguneros, tal vez los terrestres habrían tenido un poco más de éxito.

En este punto del inconexo monólogo del prisionero, éste, llevado por las drogas a un desenfreno sentimental, había mostrado los primeros síntomas de malestar físico. Sus declaraciones posteriores habían sido incoherentes, con sólo un ruego reiterado, un chillido obsesivo casi de terror, de que se le diera «droth» para respirar. Esta palabra carecía de sentido para los terrestres. Quizá este terrestre/lagunero —o incluso todos los terrestres/laguneros— era adicto a cierta forma de droga inhalante. En cualquier caso, había fallecido poco después.

Gerling, con la mente repleta de visiones e imágenes excitadas por las divagaciones del prisionero lagunero, contempló abstraído la superficie del planeta que giraba ante él, por lo normal visible de un modo nebuloso pero a veces oscurecida por completo por las zonas más densas de su opaca atmósfera. ¿Quién tenía la razón? ¿Los laguneros, agobiados por la superstición de una culpa que se remontaba en el tiempo y todavía temerosos de ser descubiertos y castigados? ¿O la Tierra, abrumadoramente potente y confiada en su derecho a la conquista? ¿Debía buscar una tregua? Así se salvarían vidas, se acabaría con la destrucción suicida que un bando infligía al otro. Pero ¿cómo? Si lo intentaba, si trataba de hacerles llegar un mensaje (sólo Dios sabía cómo), ¿lo creerían o respetarían más de lo que él creería o respetaría un mensaje de Laguna? La pregunta no tenía respuesta.

Por lo menos, la historia del prisionero le había facilitado cierto conocimiento de su enemigo. Por ejemplo, Gerling ya comprendía en parte la visión con que se habían topado las naves exploradoras al penetrar en el mundo de Laguna. Los agujeros abiertos en la superficie planetaria habían liberado la atmósfera que los ex terrestres mantenían en el interior. Era presumible que se hubieran refugiado en otro sitio mucho antes de la invasión, dejando su ciudad vacía y sin vida. Mas, ¿dónde se encontraban en aquel momento? ¿Y qué planeaban sus dirigentes en contra de Gerling?

Propulsión iónica electrostática:
El propulsante entra en la cámara **1** y es ionizado **2**. Los iones sufren una aceleración magnética **3** para proporcionar empuje. Los electrones negativos son reintroducidos por efusión **4** para evitar el atascamiento de iones positivos.

LA RUPTURA DEL CERCO

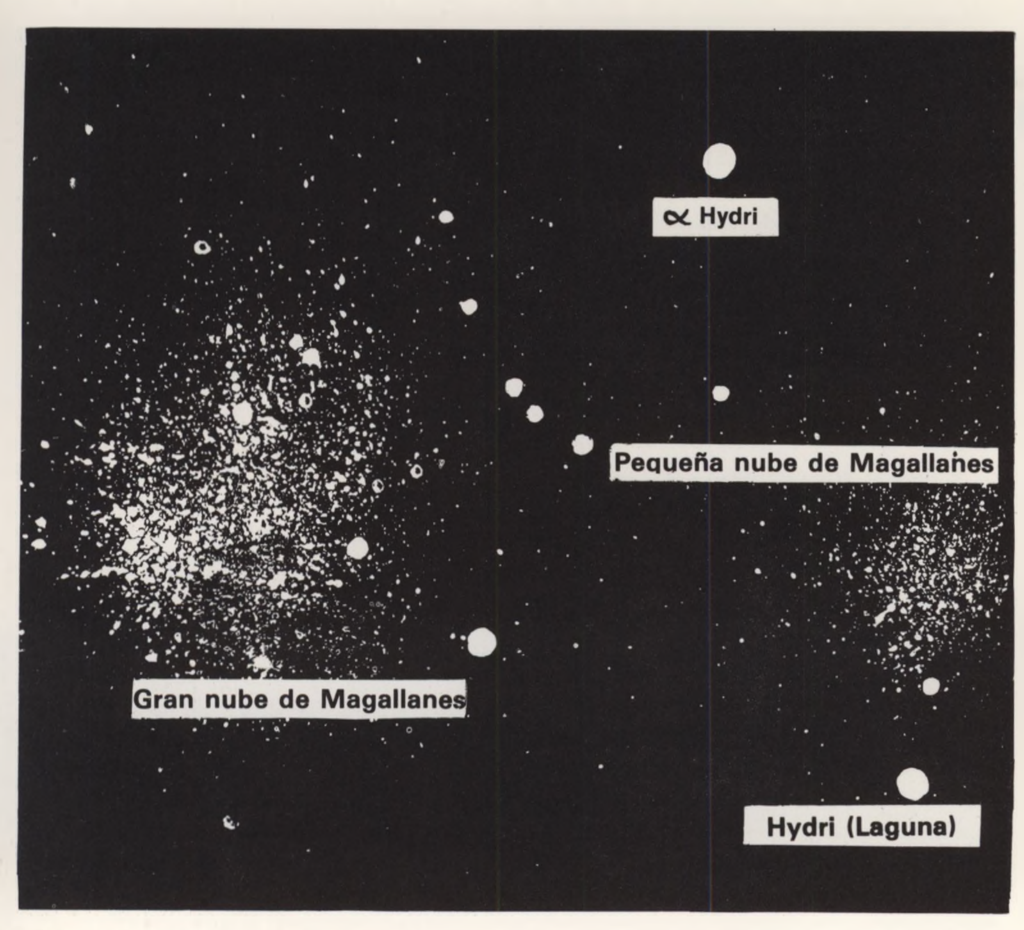
Más que exhausto, manteniéndose en pie únicamente por la voluntad de vencer y su responsabilidad ante sus hombres —y ante la civilización terrestre entera—, Gerling hizo un repaso de su situación. Hasta aquel instante de la lucha había perdido ochenta de las trescientas naves a su mando. Otras sesenta iban hacia Laguna VII. Así pues, todavía disponía de ciento sesenta naves para proseguir la batalla, el cerco, el bloqueo —cualquier cosa menos invasión—, aunque dos tercios de los efectivos eran navíos auxiliares o interceptadores de corto radio de acción, capaces solamente de ocasionar dolorosas picaduras y no un daño sustancial. La maquinaria más pesada a su disposición era antigua. No necesariamente anticuada en armamento, blindaje o rendimiento —la nave insignia de Gerling era la más rápida de su tipo—, pero el tiempo había cobrado su tributo en el equipo auxiliar de las naves y la feroz lucha había puesto al descubierto las debilidades de buena parte de las embarcaciones.

Durante esta calma pasajera hubo tantos sistemas o motores defectuosos necesitados de reparaciones que Gerling, para mantener la disponibilidad de la



La nave intergaláctica de transporte de tropas *Lima*, escenario de un fracasado motín, antes de la ruptura del cerco por parte de las naves-ciudad. Las otras embarcaciones triangulares son las transbordadoras espacio-superficie de que iba equipada.

PETER ELSON



Posición de Laguna en la constelación Hydrus.

flota, se vio forzado a restringir el número de reparaciones, o lo que es igual, el número de naves fuera de servicio en un instante dado. Muchas de las naves que orbitaban junto a la capitana tuvieron que aguardar, pese a que en ciertos casos sus averías eran bastante importantes.

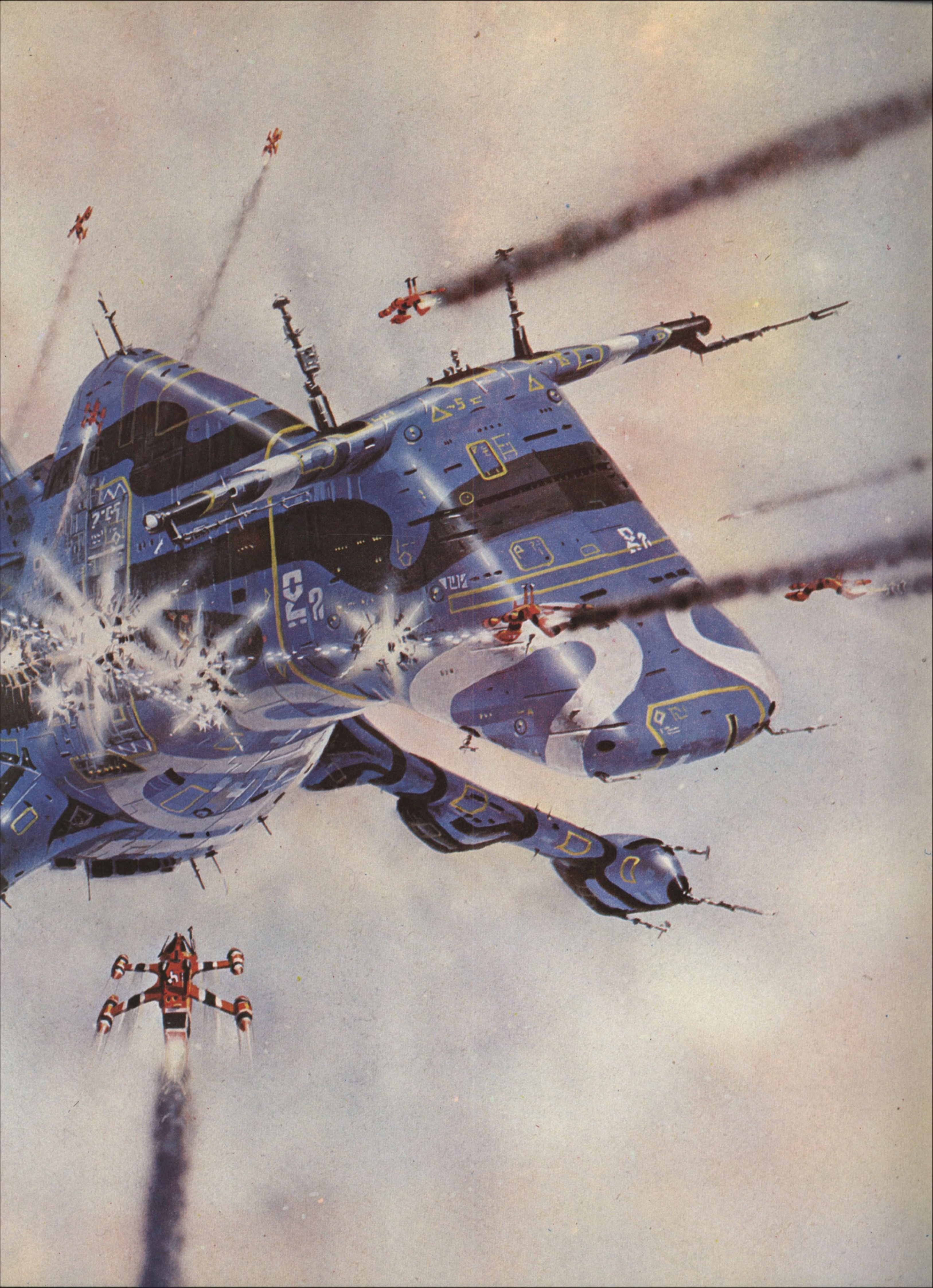
Gerling tuvo que admitir que sabía muy poco respecto a la posición de Laguna. Su dispositivo desorientador de sistemas era ineficaz contra naves como las suyas, que carecían de funciones vitales que desorientar. Además, los laguneros ya no contaban con el factor sorpresa si optaban por proyectar otra flota atacante de fantasmas tridimensionales: estaba preparado para ese truco. En cuanto a su extraordinaria e imprevisible facultad de apoderarse de las mentes de los tripulantes, o clonarlos, el comandante terrestre carecía de defensa. Todo lo que podía hacer era mantenerse a distancia del planeta y confiar en que la necesidad del enemigo de recibir suministros de Laguna VII, planeta bloqueado y que seguiría estando en esas condiciones, lo debilitaría o lo forzaría a salir al descubierto. La anterior experiencia de Gerling había demostrado que no era posible invadir el planeta sin arriesgarse a que las naves invasoras se volvieran contra su propio bando. Muy preocupado, ingirió una píldora para cuatro horas de sueño profundo.

Los días siguientes transcurrieron sin novedad. Los laguneros permanecieron ocultos. Gerling recibió informes de Laguna VII, en el sentido de que la fuerza de bloqueo había ocupado sus posiciones e interceptado a un primer convoy. Con todo, el comandante empezó a rogar que el enemigo actuara. Aunque la flota había partido con suministros y combustible para cuatro meses, la intensa actividad de los primeros días había reducido considerablemente



Una nave cisterna de la Tierra, la SC 520B, cariñosamente apodada «Vaca estelar», sometida a un feroz ataque por naves de caza laguneras. Las grandes pérdidas de navíos de apoyo significaron una grave restricción en la efectividad de las principales flotas de combate a lo largo de toda la guerra.

PETER ELSON



esa estimación. Dos vitales naves cisterna habían sido destruidas y el elevado ritmo de utilización de los motores principales había hecho estragos en las reservas de combustible de la flota.

Los días de espera se prolongaron tediosamente. Las patrullas de reconocimiento no tenían nada de que informar. Gerling envió un escuadrón de bombarderos, confiando en provocar alguna reacción, pero aunque el contingente abrió nuevos agujeros en la superficie y lanzó una lluvia de misiles a las aberturas existentes por encima y en torno a la ciudad, no sucedió nada. El estado de alerta constante de las tripulaciones comenzó a debilitarse. Los capitanes establecieron un programa diario de instrucción y prácticas de batalla, pero los hombres estaban perdiendo su ardor. En los comedores de las naves se hablaba quejumbrosamente de regresar a casa, de no seguir perdiendo el tiempo. A bordo del transporte *Lima,* donde las tropas se encontraban apiñadas en un espacio previsto sólo para ser ocupado brevemente antes de un aterrizaje, se produjo un intento de motín sin demasiado interés que concluyó con rapidez. Nueve naves habían sufrido averías irreparables en sus motores y la flota entera observó tristemente cómo un solo remolcador intergaláctico las recogía y se alejaba con ellas sin ceremonia alguna, con los irritados tripulantes todavía a bordo.

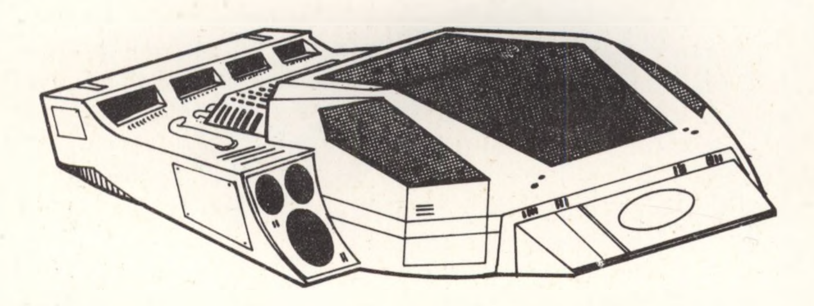
La espera acabó después de veintidós días. En plena sesión de información a la ADT de la Tierra, uno de los técnicos que observaba las pantallas centrales en Laguna IX lanzó un grito. Gerling se apresuró a cortar la transmisión para acercarse a las pantallas y al principio apenas pudo creer lo que veía.

Toda una sección circular de la superficie de Laguna, agujereada por ataques previos, de algo más de un kilómetro de diámetro, se separó del planeta y se dirigió hacia la flota terrestre. Cuando el borde del cráter quedó al descubierto, otras naves convencionales empezaron a surgir de la parte inferior de la masa volante.

En otros lugares de la superficie despegaron similares naves circulares, más pequeñas, todas ellas soltando una carga de navecillas mientras iban ascendiendo. Gerling retrocedió involuntariamente al ver las fuerzas que reunía el enemigo.

Pantallas y altavoces se llenaron de informes procedentes de toda la flota respecto a la increíble visión. La estridente bocina de la nave capitana llamó a los tripulantes a abandonar literas, comedores y trabajos rutinarios y ocupar posiciones de batalla, pero Gerling, rodeado por los rostros ansiosos e implorantes de sus oficiales, permanecía inmóvil, paralizado por la fuerza que se dirigía hacia él.

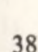
Ya repuesto, ordenó que la flota se dividiera en dos grupos para tratar de rodear al enemigo. Una pequeña



·Típica nave de ataque transportada por la nave-ciudad lagunera.

La flota de Gerling contenía una abigarrada variedad de antiguas naves de choque de las que ésta era un ejemplo típico extraordinario, ya que se trataba de un interceptador atmosférico capturado a Próxima de Centauro durante el siglo XXI. Aquí puede vérsele mientras ataca a una nave exploradora biplaza.

BOB LAYZELL





línea de cañoneras y naves de combate trataría de frenar el avance de los laguneros, retrocediendo si era preciso, pero sin dejar de hostigarlos. Naves de bombardeo atacarían los flancos, intentando ocasionar el máximo daño posible a las poderosas naves-ciudad volantes.

Como un antiguo jefe militar, Gerling decidió avanzar al frente de sus hombres. Su elegante y resplandeciente nave fue bien visible mientras recorría la formación del flanco izquierdo para situarse en primera línea. Todos los hombres de la flota se aseguraron con correas en sus posiciones de combate, encerrados en los diminutos compartimientos que llenaban las naves para que el daño causado por un impacto quedara limitado a una zona de extensión mínima.

Los bombarderos fueron los primeros en abrir fuego con cañones láser y misiles nucleares. Aunque las naves-ciudad fueron alcanzadas en varios puntos de su superficie superior, el enemigo no contraatacó. De pronto Gerling comprendió que aquellas moles eran simples pantallas de las naves-ciudad reales que estaban debajo. Sin perder un momento, envió una escuadrilla de cazas a la retaguardia del enemigo y ordenó que atacaran la parte inferior de las naves-ciudad, esperando que ahí residiría su debilidad.

En plena batalla, el espacio quedó iluminado hasta los límites de visión del ojo humano por las incontables armas de los dos bandos. Al aproximarse a la panza de la primera nave-ciudad, el destacamento de Gerling fue recibido con una lluvia de fuego que agotó rápidamente sus pantallas protectoras. El comandante, viendo que los misiles empezaban a penetrar en las agotadas defensas de otras naves, ordenó que sus fuerzas avanzadas se retiraran hacia el grupo terrestre que ocupaba el flanco izquierdo.

Las cañoneras y navíos de combate situadas frente a las fuerzas laguneras empezaron a retroceder sin dejar de disparar. El envejecido navío de combate *Umberto,* veterano de innumerables conquistas coloniales y símbolo de la supremacía terrestre durante un siglo, se encontró perdido. Incapaz de huir, fue embestido por una nave-ciudad y explotó con fuerza colosal. La nave-ciudad perdió la estabilidad y se desprendieron secciones de su superficie superior y subestructura que alcanzaron a las naves que la seguían y causaron una destrucción espantosa.

Gerling vio su oportunidad. El enemigo, temporalmente frenado y dispersado por la desintegración parcial de la nave-ciudad que encabezaba el grupo, era vulnerable. El comandante se dirigió hacia la fuerza lagunera, acompañado por las naves más rápidas de su flota. A continuación ordenó que las cañoneras y naves de combate lo siguieran y lanzó sus efectivos en cuña contra el desorganizado frente del enemigo. Durante algunos instantes, mientras la fuerza avanzada aprovechaba la división temporal de los laguneros, pareció que su avance iba a ser detenido.

Pero las naves-ciudad eran tan vastas y capaces de soportar tantos impactos, que se hizo evidente que el armamento de las naves o las tácticas terrestres no podrían contener al enemigo. Las naves-ciudad abrieron una brecha, mientras las naves de Gerling zumbaban a su alrededor como abejas irritadas, y poco a poco abandonaron el campo de batalla mientras su escolta se enfrentaba a los perseguidores. Gerling comprendió en seguida que no iba a ganar nada si continuaba el ataque. Las naves-ciudad estaban acelerando con rapidez en pleno espacio y su retaguardia retrasaba cada vez más la persecución de los terrestres. De toda la flota llegaban informes de daños y numerosas naves habían quedado atrás, unas averiadas y otras incapaces de mantener la ofensiva.

De mala gana, dio la orden de cesar el fuego y observó cómo la escolta lagunera viraba en redondo y regresaba con sus protegidas. Las fuerzas terrestres quedaron solas en el campo de batalla, ahora silencioso y oscuro.

Gerling sintió hondamente el fracaso. Los laguneros, lejos de someterse a su constante bloqueo, habían roto el cerco por la fuerza, llevándose sus ciudades, y él, que había partido de la Tierra con una colosal fuerza invasora, flotaba en el espacio, en compañía de un menguado grupo de naves deterioradas, muertas o moribundas.

De pronto, una violenta sacudida y un agonizante crujido de metal interrumpieron sus pensamientos. Señales de avería centelleaban en el panel que tenía delante. Miró la pantalla a tiempo de ver los restos inertes de un caza terrestre, con el lado de babor convertido en una confusión de metal mellado y fundido, que se alejaba a la deriva después de haber chocado con su nave, sin dejar de dar vueltas y más vueltas. Gerling examinó el conjunto de la flota: centenares de fragmentos, grandes y pequeños, mezclados entre las naves y amenazando chocar con ellas. A una orden suya, las naves de la Tierra abandonaron el lugar a potencia mínima, con las pantallas protectoras a pleno rendimiento para desviar los restos y oscilando de un lado a otro para evitar los obstáculos de mayor tamaño.

La nave capitana fue incapaz de moverse: sus tubos de popa habían quedado inutilizados tras la colisión con los restos del caza. Los hombres del equipo de reparaciones se arrastraban por la sección trasera de la nave, adheridos al casco con botas electromagnéticas, tratando de cortar los tubos inutilizados y permitir así el uso del motor principal, aunque fuera a potencia mínima. Entre tanto, un bombardero se colocó lentamente en posición para remolcar a la nave insignia y ésta no tardó en deslizarse suavemente por el campo de batalla. En ese instante, los reparadores se apresuraron a entrar en la nave, ya que permanecer en el exterior significaba arriesgarse a ser aplastados o arrastrados por fragmentos a la deriva, pero reanudaron la tarea en cuanto la nave estuvo fuera de la zona de peligro.

Todavía más extraordinaria es esta nave portamisiles, un efímero diseño del que sólo se fabricaron dos modelos, siendo éste el segundo prototipo. No hubo voluntarios para pilotarlo. Aquí puede vérsele en la confusion del despegue de las naves-ciudad.

ANGUS MCKIE



UNA CARRERA DESESPERADA

Con el enemigo irremediablemente lejos y los restos de la flota terrestre incapaces de reemprender la persecución, Gerlin reagrupó sus naves y convocó una conferencia con los capitanes. Algunos llegaron en lanchas, otros recurrieron a los botes salvavidas, ya que sus lanchas habían sido destruidas, o efectuaron el trayecto en compañía de colegas más afortunados, por carecer de transporte auxiliar. La conferencia se celebró en la sala de oficiales de la última nave portacazas sobreviviente, la *Lyons*, cuyos hangares, antes repletos de relucientes embarcaciones, sólo contenían un puñado de vehículos ennegrecidos y abollados.

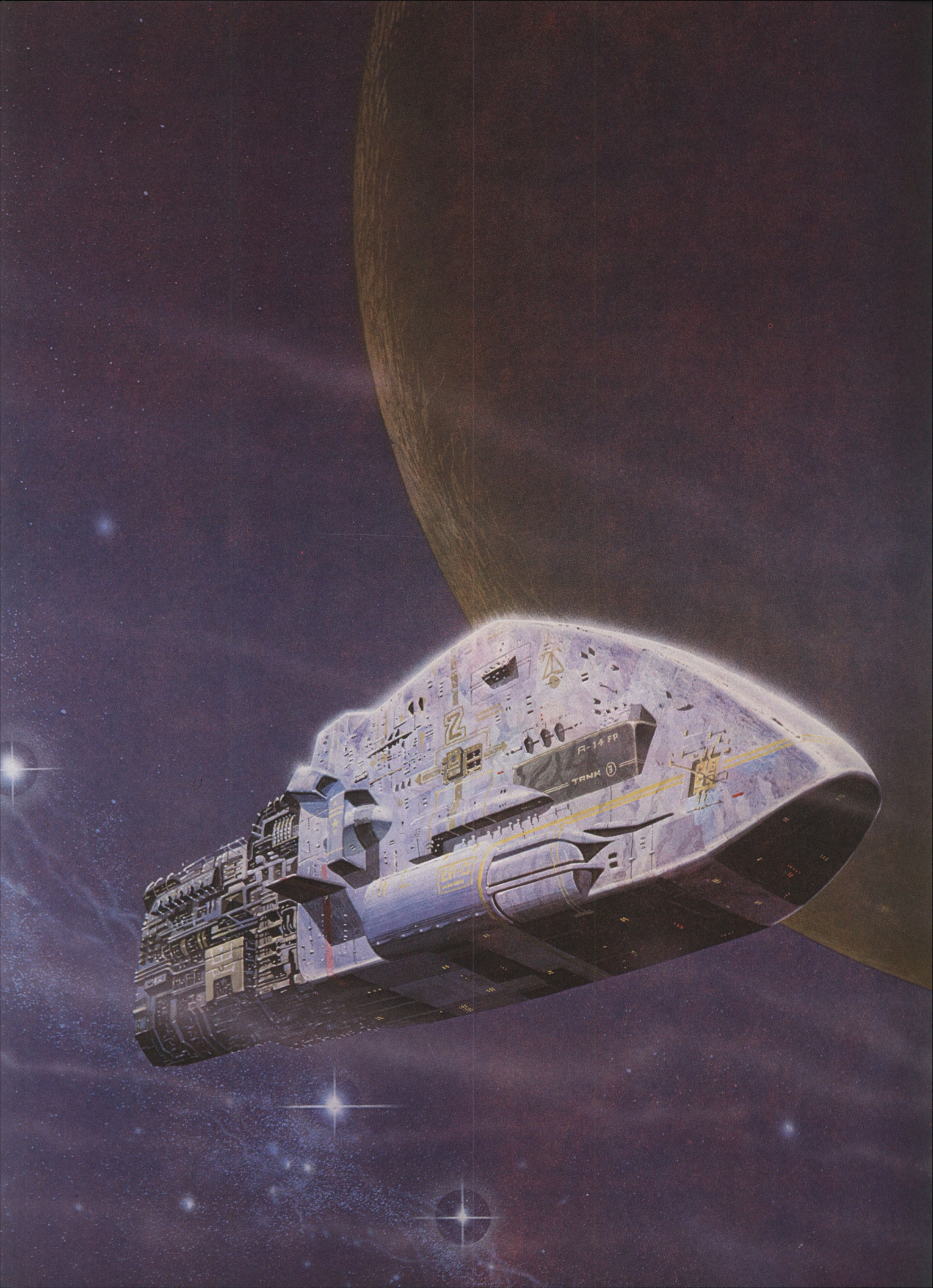
La reunión tuvo lugar en condiciones de extrema seguridad, dado que Gerling debía referirse a asuntos graves. Junto con algunos miembros selectos de su oficialidad, había preparado un análisis de la situación que daba poco pie al optimismo... o a la esperanza. Las reservas de combustible eran peligrosamente escasas y las naves nodriza que quedaban tenían poco que ofrecer. Si todas las naves hubieran sido capaces de encaminarse hacia la Tierra por sus propios medios el regreso habría sido factible, aunque difícil. Pero numerosas embarcaciones se encontraban a remolque y el combustible extra que las remolcadoras consumirían en el camino de vuelta podía dejarlas imposibilitadas para entrar en la atmósfera de la Tierra. Además, había naves con todo tipo de averías en la maquinaria: algunas disponían de una capacidad generadora reducida, otras tenían en mal estado los sistemas de oxígeno o reciclaje de agua. Muy pocas estaban intactas. Existían bases espaciales y planetarias al alcance de la flota y los cálculos de Gerling demostraban que había buenas posibilidades de que la totalidad de las naves llegara a una de dichas bases. Pero el mensaje transmitido desde la Tierra era inequívoco. El sistema de detección intergaláctico había captado señales de la fuerza de naves-ciudad de Laguna poco después de la batalla y las proyecciones del rumbo indicaban claramente que el enemigo se dirigía hacia la Tierra. En consecuencia, Gerling había recibido órdenes de regresar a toda velocidad a la Tierra, abandonando las naves incapaces de mantenerse en formación. Estas últimas deberían ir por sus propios medios hasta la base más próxima o a la Tierra. Gerling sabía que, sin la colaboración de las naves en buen estado, muchas de las que estaban averiadas o inutilizadas no podrían ponerse a salvo, pero igual deberían intentarlo.

Esa fue la esencia de la exposición de Gerling, sombríamente acogida por los capitanes reunidos. El mismo Gerling permanecería a bordo de la *Lyons*, la nueva nave insignia. Las tripulaciones insuficientes de los navíos que regresaran a la Tierra serían completadas con hombres de los buques averiados. El resto de los tripulantes continuarían a bordo de sus naves.

Gerling aconsejó a los capitanes de las naves deterioradas que se mantuvieran unidos, de modo que si una nave quedaba inutilizada por completo, su tripulación pudiera trasladarse a otra que aún funcionara. Y así se salvaría el mayor número posible de vidas.

Los rostros de los asistentes reflejaban tensión cuando Gerling leyó la lista de naves que quedarían rezagadas. Algunos de los infortunados capitanes protestaron, otros afirmaron que su nave podía hacer el trayecto de vuelta a la Tierra, pero Gerling se mostró inflexible y la reunión concluyó en silencio. Poco después partió la fuerza principal en medio del resplandor de los motores principales; las naves temblaban, sometidas a la aceleración máxima, en el empeño de alcanzar las naves-ciudad de Laguna que hacía tanto tiempo habían abandonado el lugar.

Un navío hospital regresa a la Tierra en condiciones de potencia reducida tras sufrir una grave pérdida de combustible en un ataque sin provocación previa, realizado por naves laguneras. Posteriormente, al agotarse sus reservas de combustible, el navío quedó a la deriva y se desconoce su paradero. Se supone que la totalidad de heridos y tripulantes perecieron.


Z
A-14 FP
TANK 3

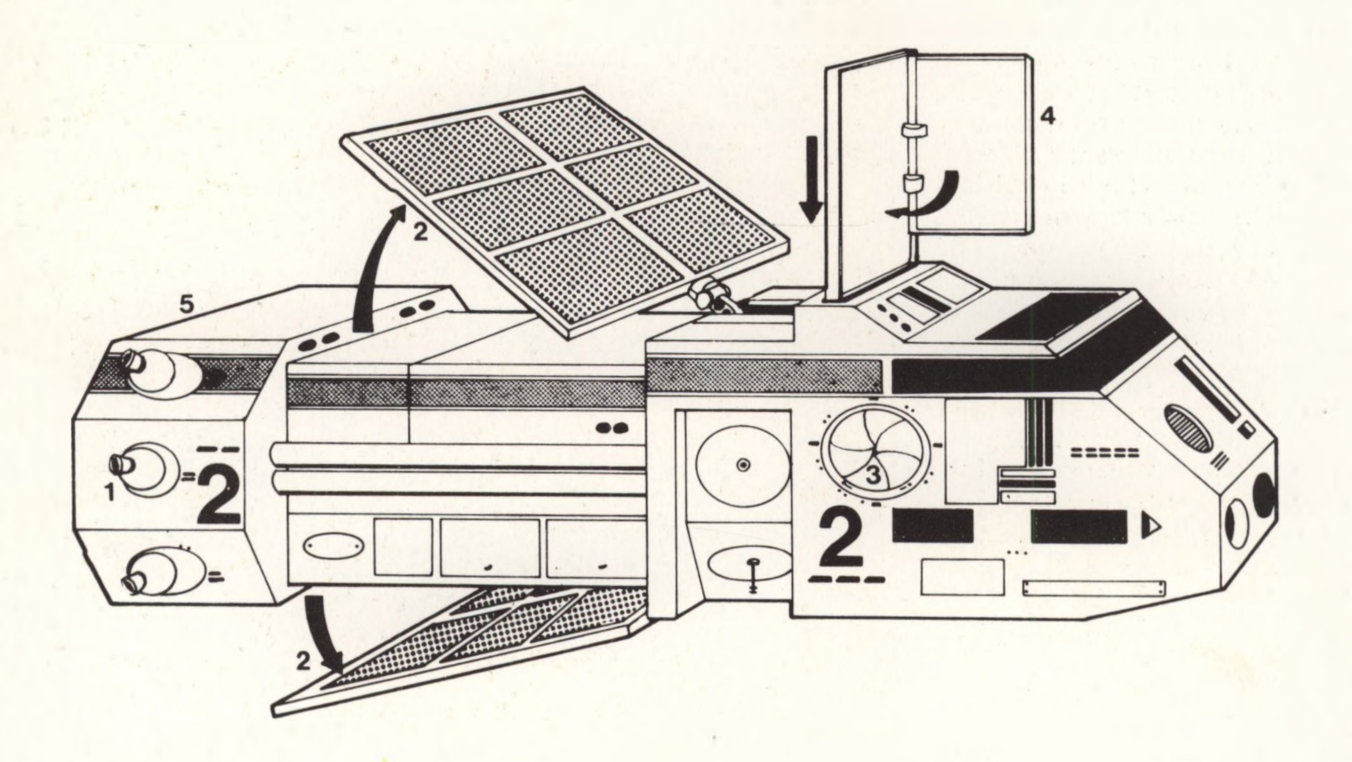
Detrás de la flota quedaron las naves hermanas dañadas, cuyos capitanes explicaban en aquel momento a sus asombrados oficiales y tripulantes la realidad de la situación. Más tarde, agrupados como para consolarse, los destrozados restos de la flota iniciaron el viaje, con la ex capitana de Gerling, parcialmente inutilizada, forzada a remolcar una silenciosa cañonera. Algún día habrá que narrar las penalidades que sufrieron estas naves, en honor de los cientos de hombres que murieron durante el viaje, pero aquí poco podemos decir. A las cuarenta y ocho horas de la partida, noventa hombres de la cañonera *Malmo* perecieron tras una terrible agonía cuando la presión atmosférica a bordo cayó bruscamente a cero. Las bombas no habían podido hacer frente a una grieta que fue abriéndose en el casco, por la que escapaba el aire.

La nave inerte acompañó durante varias horas a la formación, hasta que un cambio de rumbo la dejó sola en su inútil avance. Esta fue la primera catástrofe. Otras dos naves explotaron, como resultado de fallos de sus reactores. Otra fue víctima de un incendio interno, causado por circuitos dañados, que se extendió como un tornado por toda la nave, absorbiendo el oxígeno y asfixiando a los tripulantes que no murieron quemados. Los observadores contemplaron sin poder hacer nada cómo los sobrevivientes se tiraban por las compuertas de emergencia, muchos de ellos sin equipo, y se agitaban inútilmente en el espacio, en medio de la formación, incapaces de ponerse a salvo en otra nave. Las lanchas de rescate recogieron algunos hombres con vida. El resto murió a causa de quemaduras o de la falta de oxígeno antes de ser alcanzados.

Mientras tanto, Gerling también tenía problemas. Aunque sus fuerzas ganaban terreno a los laguneros, ya había perdido dos naves por falta de combustible, en tanto que otra había sufrido graves desperfectos al ser alcanzada por un meteorito durante una avería pasajera de la pantalla protectora. Las tres habían quedado abandonadas a su suerte, compartiendo un solo remolcador.

No obstante, Gerling comprendió con claridad meridiana que, por mucho que se esforzara, jamás alcanzaría al enemigo antes de que llegara a la Tierra. Sí, podía disparar algunos misiles de largo alcance, pero los proyectiles estaban diseñados para ataque de superficie y a las naves laguneras les resultaría fácil detectarlos y desviarlos, si los identificaban a tiempo.

Tal era la situación que iba a discutir con los jefes del estado mayor del Centro de Control de la ADT durante su próxima transmisión. Si Gerling no era capaz de reducir el avance de Laguna, entonces la Tierra debería soportar todo el peso de la embestida enemiga.

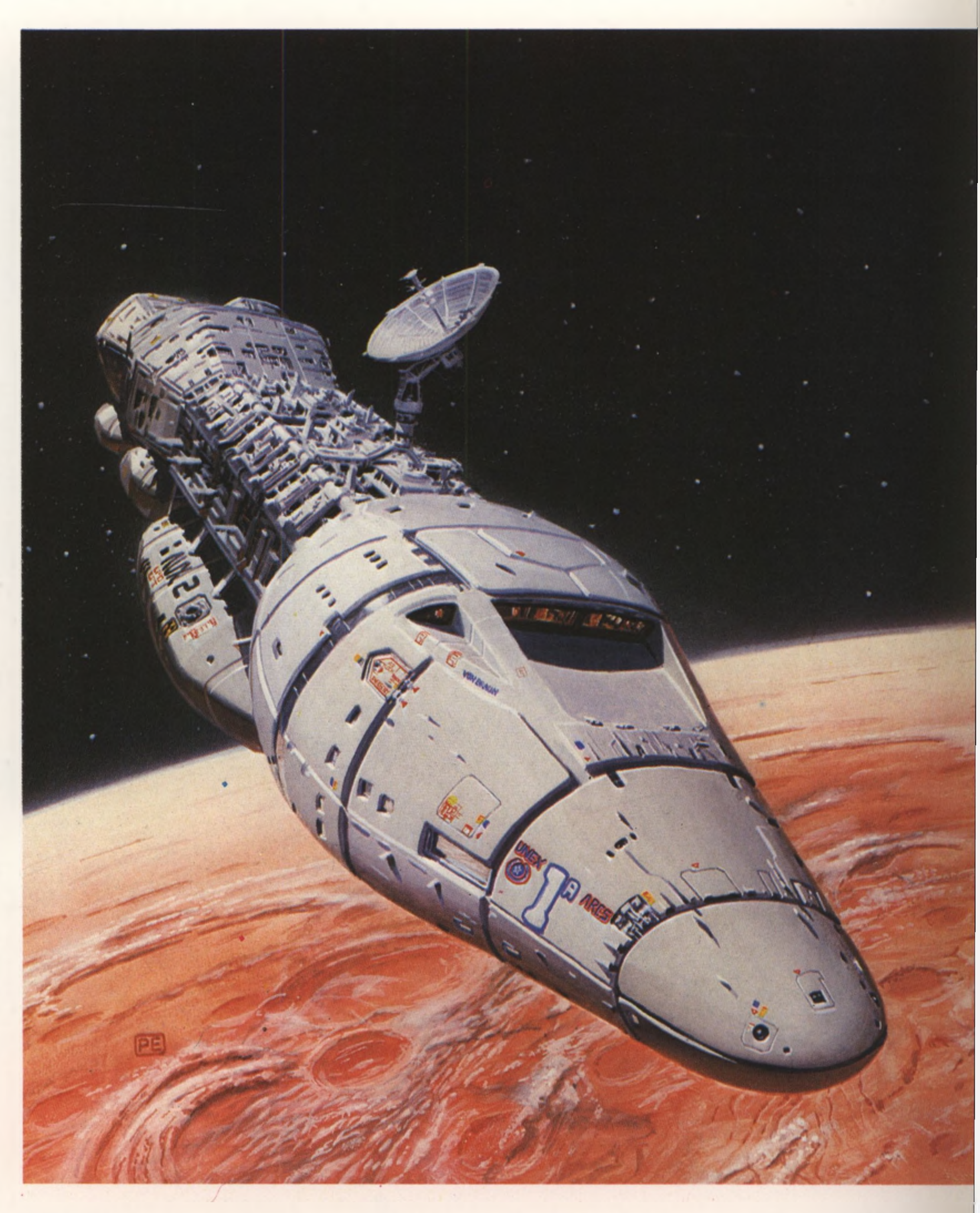


Lancha salvavidas terrestre:
1 Venturi de dirección variable. **2** Paneles solares. **3** Compuerta. **4** Reflector de señales. **5** Espacio del reactor.

LA DEFENSA DE LA TIERRA

En la Tierra, los preparativos estaban casi terminados... hasta donde podían estarlo. Las únicas naves disponibles para la defensa del planeta, aunque numerosas y potentes, eran del tipo totalmente automatizado que había sufrido terribles humillaciones en el estallido de la guerra de Laguna. ¿Acaso la fuerza enemiga que se aproximaba pensaba utilizar el arma que había privado a los capitanes terrestres de la facultad de controlar sus naves? Nadie lo sabía. Se dieron tantos pasos como fue posible para aligerar las dificultades del control manual en esos navíos, pero los responsables de la ADT sabían que ello no tendría utilidad en un combate prolongado y, mucho más importante, que restaría rendimiento a las naves, al privarlas de su acostumbrada agilidad y velocidad de respuesta.

Aparte de los preparativos hechos para volar en la órbita y atmósfera terrestres, era urgente hacer algo para proteger a la población civil y sus propiedades en la superficie, así como las instalaciones vitales. En provecho de los civiles, a los que se había dado una versión muy suavizada de los hechos reales para evitar el pánico, se abrieron y equiparon los antiguos refugios contra radiaciones nucleares de mediados del siglo veinte. El máximo posible de personas fueron trasladadas a la luna, Marte, planetas



Una estación de seguimiento móvil en órbita en Marte, durante la vigilancia de las naves-ciudad que se aproximaban.

PETER ELSON



cercanos y bases espaciales en naves de línea civiles y cargueros rudimentariamente adaptados.

Como precaución adicional se prepararon alojamientos en los cientos de granjas submarinas y los larguísimos túneles de los trenes intercontinentales, del mismo modo que las instalaciones del metro de Londres habían protegido a miles de personas durante los bombardeos de la ciudad por aviones alemanes durante la Segunda Guerra Mundial (1939-1945 A. D.).

Pero el consejo de la ADT era muy consciente de lo inadecuado de las medidas que había tomado para defender la Tierra y proteger a sus habitantes, y a medida que pasaban los días sus dudas se transformaron en horribles temores. Pese a todo, existían otras acciones, más agresivas, que podían realizarse antes de que los laguneros estuvieran cerca de la Tierra, pese a lo aterrorizados que estaban los responsables de la ADT ante el tamaño y velocidad de las naves-ciudad del enemigo.

La primera medida consistió en organizar una serie de fuerzas de choque que harían frente a los laguneros en distintas fases de su largo trayecto. La segunda, en minar el perímetro de la órbita terrestre. El primer recurso resultó muy ineficaz, porque en ningún momento se pudo preparar una fuerza lo bastante potente para amenazar seriamente al enemigo. Como es lógico, se destruyeron varios navíos de escolta laguneros y se logró gran cantidad de impactos sobre las naves-ciudad, pero al parecer nada frenaba o debilitaba el avance del rival. En cuanto a la operación de siembra de minas, fue mucho más fructífera. Las minas fueron, en este caso, misiles puestos en órbita en número colosal y de tal forma que ninguna nave que volara en línea recta pudiera eludir el contacto con uno de ellos. Para contrarrestar las posibles tácticas evasivas que el enemigo pudiera emplear, los misiles eran de un tipo reactivable al instante, para efectuar un ataque eficaz a cualquier nave situada en sus cercanías. Tales misiles eran vulnerables a la influencia del sistema desorientador de Laguna, pero los altos cargos de la ADT consideraron que estas armas eran capaces de causar destrucción sustancial, aun cuando estuvieran fuera de control en medio de la flota enemiga.

Esta predicción fue correcta. Cuando las primeras naves laguneras penetraron en el perímetro del campo de minas, éstas fueron mantenidas inactivas. Después, en el preciso momento en que la última nave cruzaba el límite, fueron activadas. Los misiles, por supuesto, atacaron a ciegas, pero alcanzaron diversos blancos. Otros entraron en colisión entre sí y sus estallidos combinados lanzaron colosales ondas expansivas y rociaron a los invasores con piezas retorcidas de metal.

Las poderosas naves-ciudad prosiguieron su avance, por más que la embestida hubiera hecho perder el control, tambalearse y reducir su velocidad. Se las vio maniobrar para situarse en órbita en cuanto atravesaron el borde interior del campo de minas, mientras las naves de escolta supervivientes se congregaban en torno a las primeras, para introducirse poco a poco en las aberturas laterales.

Esta acción dio que pensar a los responsables de la ADT. Hasta ese momento no habían sabido si las naves-ciudad serían capaces de operar en la atmósfera de la Tierra. Estacionadas en órbita terrestre, daban la impresión de no representar una amenaza tan grande como si hubieran descendido y realizado un asalto directo a la superficie. Pero lo que realmente hicieron dio pocos motivos de tranquilidad.

Al cabo de unos minutos lanzaron una primera oleada de misiles aire-tierra. Mientras los proyectiles se precipitaban hacia la Tierra, se captaron indicios de las señales fatales que habían inutilizado la flota de Keyes en el espacio aéreo de Laguna IX. Los técnicos que vigilaban los mecanismos electrónicos de los misiles antimisil terrestres, ya preparados para el disparo, comprobaron que los sistemas de gobierno estaban siendo afectados por las señales de Laguna.

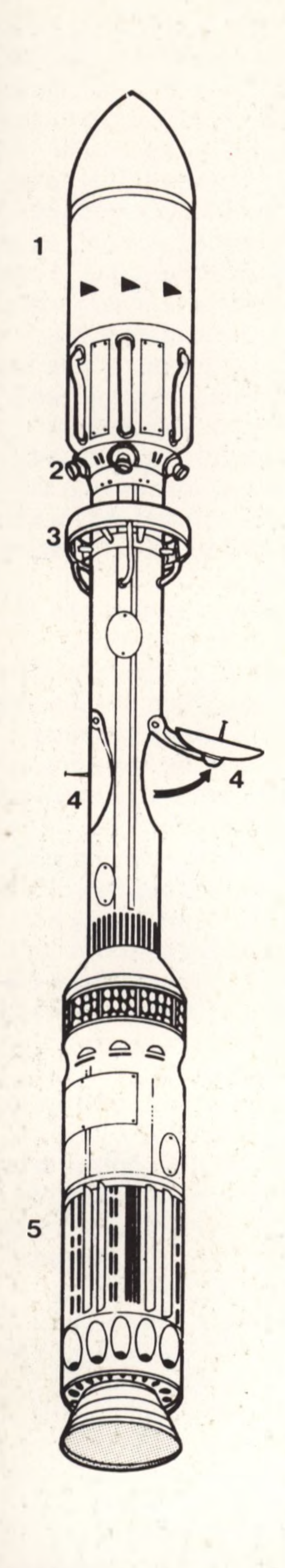
Sin capacidad de respuesta, el mando terrestre aguardó impotente mientras los primeros misiles caían, devastando ciudades e instalaciones defensivas de la Tierra. Pero aun así, las compuertas a prueba de explosivos empezaron a abrirse, revelando las siluetas de naves terrestres, grandes y pequeñas, que se disponían al contraataque. Todas las naves disponibles recibieron la orden de atacar directamente a las naves-ciudad y tratar, por la mera fuerza numérica, de inutilizar o destruir las plazas fuertes del enemigo. Una fuerza, formada por tres cañoneras y una escolta de veinte cazas, recibió órdenes de localizar y silenciar la fuente de las señales desorientadoras.

Después, seiscientas naves de diversos tipos despegaron pesadamente de sus plataformas. Los tripulantes pugnaban por mantener el control de sus toscos sistemas manuales y se veían forzados a hacer incontables ajustes a cada instante para evitar el desastre. Al fin la flota ascendió con más velocidad, chamuscando la atmósfera. El rugido combinado de los motores hizo vibrar el material de todos los edificios y la misma corteza del planeta. En los túneles de los trenes de vacío, situados a gran profundidad bajo la superficie, los evacuados se agitaron, intrigados por el enorme estruendo.

La dificultad del control manual disminuyó al ir aumentando la velocidad, pero los laguneros no tardaron en responder, primero con misiles, luego con naves interceptadoras y finalmente cuando tuvieron a tiro a las naves de la Tierra, con láseres de potencia inaudita. Los grupos enviados a cada una de las naves-ciudad se aproximaron en formación irregular para que el enemigo tuviera problemas para concentrar su fuego. No obstante, sufrieron daños considerables.

Más y más naves terrestres fueron alcanzadas conforme las pantallas protectoras iban debilitándose, pero algunas lograron acercarse lo suficiente para atacar directamente las naves-ciudad. Por primera vez desde la aparición de estos colosos, los reponsables de la ADT lograron

La ciudad-fortaleza de Tobruk, Africa del Norte, que guarda el perímetro de las grandes zonas de maniobra del Sahara, sometida al intenso bombardeo de una nave-ciudad de Laguna. Esta fortaleza quedó destruida en las primeras fases del conflicto y aún no ha sido reconstruida.



Misil nuclear tipo TMX40 lanzado desde cohete:
1 Carga explosiva. **2** Cohetes de dirección. **3** Detector de hiperondas. **4** Buscador de blanco provisto de resorte. **5** Motor nuclear minipak.

obtener, a través de sus observadores a bordo, información concreta sobre aquellos vehículos. Las naves-ciudad tenían una configuración más o menos circular, disponían de una superficie superior irregular y construida para asemejarse a una extensión ordinaria de Laguna IX. La mitad inferior era más profunda que la superior; un cono de muy poca altura. El diámetro era de un kilómetro y la profundidad máxima de trescientos metros, aunque parecía haber variaciones sustanciales entre una nave y otra. La superficie superior parecía acorazada (ninguna nave terrestre logró traspasar el blindaje), pero carecía de armamento. La totalidad de la potencia de fuego de una nave-ciudad estaba contenida en la sección inferior. Esta última no presentaba salientes, aparte de las aberturas por las que entraban y salían los cazas, y estaba construida como un panal, no existiendo indicio alguno de la ubicación del armamento o las funciones de las diversas secciones inferiores.

Lo que sí lograron confirmar las naves terrestres es que la porción inferior era susceptible al daño, en particular si los artilleros conseguían introducir un misil por una de las aberturas del compartimiento de cazas. Dos naves-ciudad explotaron inesperadamente al ser alcanzadas así, aunque el calor de las explosiones y los residuos por éstas destruyeron diecisiete naves terrestres y un gran número de cazas de Laguna.

No obstante, estas dos afortunadas victorias apenas compensaban las espantosas pérdidas sufridas por la Tierra o el creciente número de muertos y heridos, causados por las naves-ciudad en el mismo planeta. El momento crucial se produjo cuando el grupo especial de cañoneras localizó la fuente de las señales desorientadoras.

Aprovechándose de la concentración del enemigo en la batalla, el grupo especial se había situado en órbita por encima de las naves-ciudad y pronto había detectado el origen de la señal: dos naves que hasta entonces habían pasado desapercibidas, equipadas con enormes antenas de transmisión y escoltadas por un par de navíos portacazas. Al identificar a las naves

Una veloz nave de choque terrestre alcanzada por los fragmentos de la explosión de una nave-ciudad. Esta, a su vez, fue víctima de un misil que penetró por la abertura de salida de sus cazas.

terrestres que se aproximaban, los navíos enemigos pusieron en acción una gran fuerza de cazas para contener a su rival, mientras las naves transmisoras conectaban sus motores principales e iniciaban la huida.

Consciente de la urgencia de su misión, el grupo terrestre se negó a reducir la velocidad o romper la formación para hacer frente a los cazas laguneros, y avanzó resueltamente. Dos de las tres cañoneras chocaron con naves enemigas y más de la mitad de las interceptadoras terrestres corrió una suerte similar o fue destruida por el fuego lagunero. Mas la cañonera sobreviviente abrió una brecha y, mientras pedía ayuda, emprendió la persecución de las naves transmisoras.

Disparando a máximo alcance, la cañonera logró alcanzar las antenas de una nave con su principal batería de misiles. Ambas transmisoras, empero, prosiguieron su avance hasta ser interceptadas por el lado de babor por cazas terrestres que vinieron en ayuda de las cañoneras. Las naves transmisoras fueron presa fácil para los atacantes y no tardaron en quedar reducidas a masas inertes.

Las naves terrestres, ya restaurado el control automático de navegación y armamento, estuvieron así dispuestas para rendir al máximo. De las estaciones de la Tierra y bases más próximas de la galaxia empezaron a llegar refuerzos, entre ellos los destrozados restos de la flota de Gerling, y las fuerzas terrestres dominaron paulatinamente la situación.

La superficie del planeta estaba arrasada por los incendios, los edificios se derrumbaban y los vehículos y personal de urgencias se apresuraban a salvar vidas y propiedades. Mientras tanto, el conflicto del espacio próximo adquirió tanta fiereza y era protagonizado por tantas naves que la cegadora luz de las explosiones se veía desde la superficie.


F15
PE

Las naves transmisoras de señales desorientadoras en el momento de su localización por el grupo de cañoneras terrestres. Fueron destruidas por naves de caza, tras una breve persecución en el espacio exterior y su pérdida aceleró el fin de la supremacía lagunera en la batalla final.

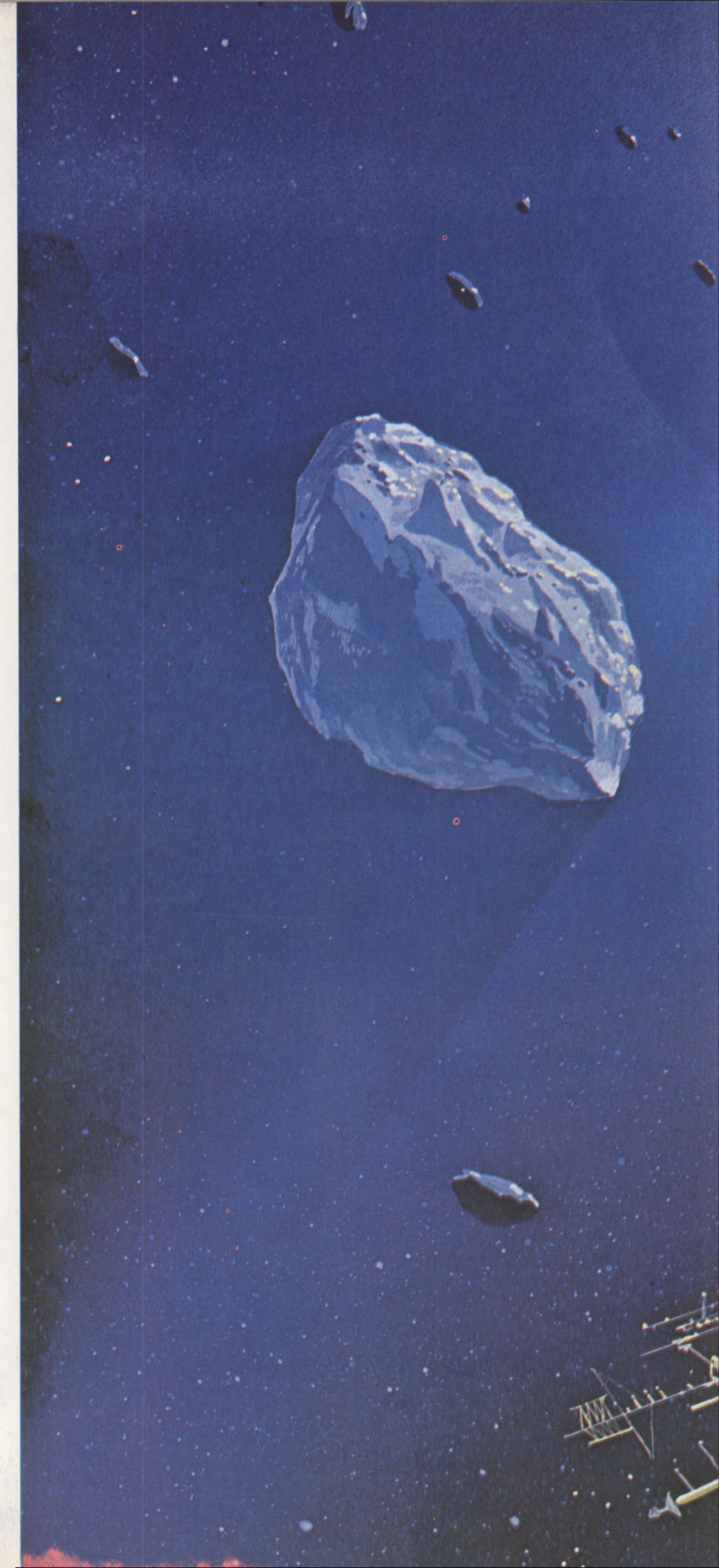
Acosadas por todas partes y con su escolta fuera de acción, las naves-ciudad no podían resistir mucho tiempo más, pero sus comandantes demostraron que no querían morir como animales atrapados: repentina, unánimemente, los motores principales de las naves-ciudad arrojaron una llamarada y las monstruosas moles empezaron a cobrar velocidad, descendiendo hacia la Tierra.

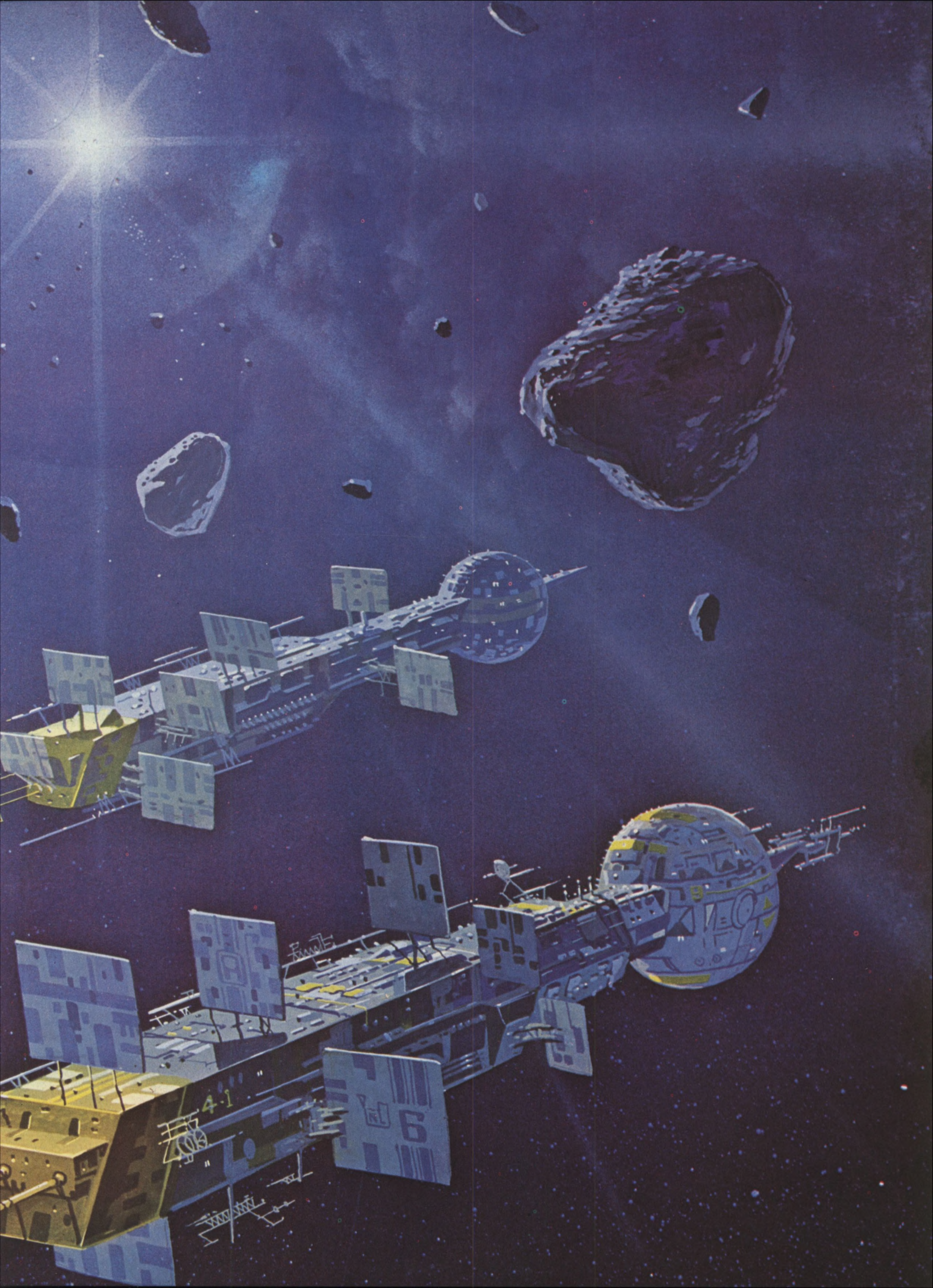
Con navíos disparándoles desde todos los ángulos, las naves-ciudad prosiguieron su temeraria caída al tiempo que se deshacían de toda embarcación que se interponía en su camino. Conforme fueron acercándose a la superficie, comenzaron a nivelarse y pronto se desplazaron con gran estruendo a unos cientos de metros de altitud, sin dejar de disparar a sus perseguidores y enviar muerte y destrucción a todo lo que había bajo ellas.

Pero su fin estaba próximo. El primer indicio se observó cuando una de las ocho sobrevivientes, que sobrevolaba los distritos urbanos de la región de los Grandes Lagos a velocidad superior a 2 mach, empezó a despedir humo. Al llegar un informe de esta observación al Centro de Control de la ADT se comprendió al momento que las naves-ciudad estaban comenzando a arder, calentadas hasta temperaturas imposibles por la fricción a elevada velocidad en una atmósfera densa. Pero el enemigo no dio señales de detenerse o interrumpir su acción y se impartieron órdenes para que las enormes moles fueran abatidas sobre el océano, dado que una nave-ciudad en llamas que se estrellara en tierra provocaría estragos.

Las naves terrestres asumieron formación de ataque simultáneo para hacer frente al enemigo sobre el mar. Seis de las naves-ciudad, tres de ellas inmensos discos de fuego blanco, fueron sometidas a tal bombardeo

ANGUS MCKIE




4·1
6



que acabaron precipitándose al océano en los primeros mil kilómetros de intercepción.

Con su caída, el océano entró en erupción, formando vastas nubes en forma de hongo de ardiente vapor que ocultaron a la vista su terrible fin. Una séptima nave-ciudad frustró los esfuerzos de los atacantes. Finalmente, tras una sobrecogedora travesía este-oeste del densamente poblado continente norteamericano, se desvió y cayó de forma inofensiva, aunque espectacular, en las abandonadas instalaciones petrolíferas construidas en Alaska en el siglo veinte. Una zona de un radio de dos mil kilómetros quedó agostada al instante por el intenso calor y hasta las rocas se fundieron.

La octava y última nave-ciudad, que hasta entonces había escapado a la destrucción, perdió altitud repentinamente y se detuvo sobre Pekín, centro nervioso y comercial de Asia con una población de ciento cincuenta millones de habitantes. Incapacitadas para atacar, a menos que se arriesgaran a ocasionar la muerte de infinidad de civiles, las naves terrestres permanecieron a la espera, rodeando lentamente a su presa y acercándose poco a poco a ella, a medida que se reducía su potencia de fuego. Después de cuatro horas los responsables de la ADT no habían encontrado solución alguna a la amenazadora presencia de la inmensa nave que seguía flotando inmóvil sobre la ciudad. Los altos cargos de la Autoridad de defensa imaginaron que el comandante de la nave-ciudad sólo tenía tres alternativas: rendirse, efectuar un desesperado esfuerzo por llegar al espacio exterior y retirarse, o cometer un acto de venganza suicida, lanzando la nave hacia el corazón de la ciudad al estilo Kamikaze.

Las especulaciones se multiplicaron cuando diversos vehículos automáticos de reparaciones emergieron de la nave-ciudad y empezaron a trabajar espasmódicamente para atender las peores heridas. Esta actividad sugirió que el comandante enemigo estaba preparándose para huir, sugerencia que se vio reforzada por la momentánea activación de su armamento, primero, y de sus motores, después. Una especie de comprobación antes de la partida.

Pero no sucedió nada. A partir de aquel instante, la nave permaneció inmóvil y silenciosa.

Luego llegó un mensaje del cielo: un anuncio de que los heridos y la tripulación iban a abandonar la nave-ciudad; una solicitud de que no se atacara a los laguneros cuando sus lanchas despegaran y buscaran un lugar de aterrizaje, y otra solicitud de que se contestara y aceptara el mensaje. La ADT contestó que debía considerar la solicitud de un traslado seguro a la superficie y que respondería a su debido tiempo.

El enorme navío permaneció silencioso una vez más mientras los altos mandos de la ADT conferenciaban. La respuesta llegó a los treinta minutos: la tripulación podría aterrizar siempre y cuando la nave-ciudad, escoltada, se desplazara hasta el Pacífico antes de que sus lanchas despegaran. El comandante enemigo accedió a este plan y momentos después su poderosa nave inició un lento movimiento hacia el este, totalmente rodeada por una escolta de navíos terrestres. Dos horas más tarde, ya en el punto acordado, la nave-ciudad redujo su marcha y se detuvo. A continuación aparecieron las lanchas, disparando bengalas en señal de rendición.

Mientras el enemigo era conducido al espaciopuerto de Pekín, naves de la ADT se dispusieron a aproximarse a la nave-ciudad para tomar posesión de ella. Pero antes de que la alcanzaran, la imponente masa osciló bruscamente y a continuación, tras inclinarse un poco, se desplomó. El casco chocó con el Pacífico en un impacto que levantó el agua hasta una altura impresionante y creó una descomunal ola destructora. Cuatro horas más tarde, desafiando los esfuerzos de los expertos en rescate, la nave-ciudad desapareció finalmente bajo las olas, llevando consigo sus secretos al fondo del océano.

Una nave-ciudad parte uno de los pilares de comunicación interestelar de la ACT durante su alocada carrera sobre la superficie de la Tierra. Pese a no ser de naturaleza esencialmente militar, estos faros desempeñaron una función importante en las comunicaciones entre flotas.

ANGUS MCKIE

¿LA VICTORIA FINAL?

La amenaza inmediata a la fortaleza de la Federación Terrestre había desaparecido con la capitulación y hundimiento de la última nave-ciudad. Pese a ello, seguía existiendo la posibilidad de que los habitantes de Laguna IX y Laguna VII desearan continuar las hostilidades. En previsión de tales intenciones se decidió enviar una nueva fuerza a Laguna IX, con órdenes de someter o destruir al enemigo, y mantener el bloqueo de Laguna VII hasta que la primera operación concluyera. En ese momento, la flota de Laguna IX proseguiría su acción en Laguna VII.

Gerling fue automáticamente elegido para comandar la flota debido a su experiencia con Laguna IX y sus habitantes. Pocas horas después de tomada la decisión, el comandante ocupó su nuevo navío insignia en pleno espacio. El viaje resultó totalmente normal. En cuanto la flota se situó en órbita en torno al planeta, Gerling envió naves detectoras bajo escolta para que informaran sobre indicios de actividad y la posible presencia de las temidas señales desorientadoras. El informe fue negativo en ambos casos. No obstante, como precaución adicional, Gerling dispuso que una patrulla de naves de reconocimiento descendiera a la superficie y, en caso de que no fuera atacada, se introdujera bajo ella y facilitara informes.

Una vez más, no se encontró evidencia de actividad y Gerling, no sin cierta ansiedad nerviosa, llevó sus efectivos a la superficie planetaria.

TONY ROBERTS



Allí sólo se descubrieron los restos y cadáveres de anteriores batallas. Pero los hombres que penetraron en la zona subterránea se toparon con una pasmosa visión.

Incontables cadáveres se extendían por todas partes, desfigurados por desagradables brotes fungosos. En dos días de búsqueda no se encontró un solo lagunero con vida. La naturaleza del desastre, una vez analizada, coincidía con lo ocurrido al prisionero lagunero antes de la ruptura del cerco. Desconcertado, Gerling condujo su flota a Laguna VII, dejando donde estaban los cadáveres de sus antiguos adversarios, únicos pobladores de un planeta muerto y devastado. Posteriormente, ya en el planeta hermano, el comandante supo la verdad. Los cargamentos que había logrado bloquear no contenían alimentos, combustible ni oxígeno. Los cargueros tan ansiosamente aguardados transportaban un agente antibacteriano específico que, bombeado en la atmósfera de las ciudades e instalaciones de Laguna IX, evitaba el ataque de una enfermedad de otro modo inevitable y fatal, cuyo signo externo era un rápido brote fungal en la piel. En definitiva, no había sido el poder armado de la Tierra el que había acallado a los orgullosos e indomables laguneros, sino el enemigo invisible de su propio mundo natural.

Días después del aterrizaje de

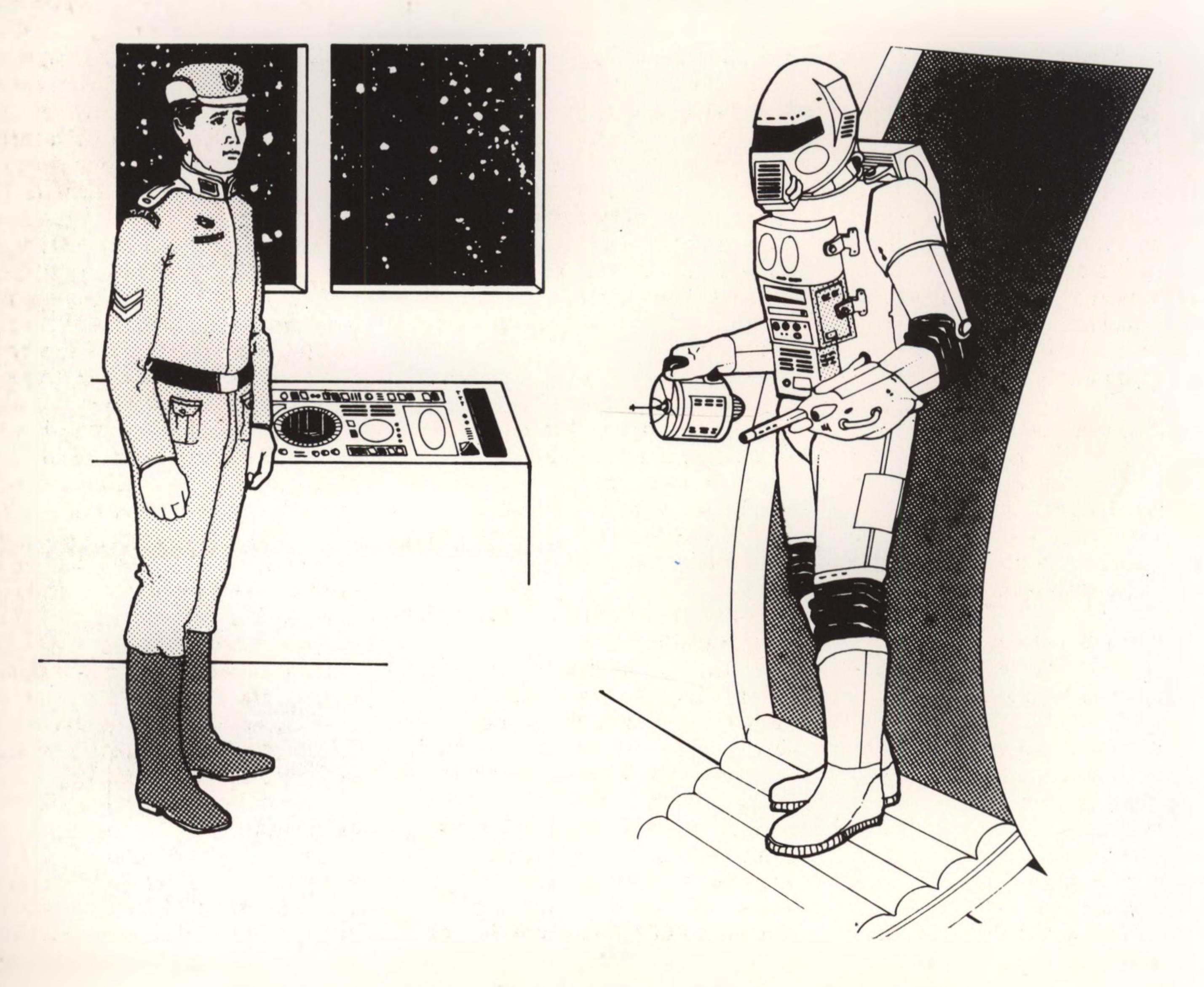


El grupo especial de Gerling descansa en Laguna IX durante la operación de limpieza que jamás llegó a realizarse. Obsérvese Laguna VII, fuente del agente antibacteriano vital para Laguna IX, sobre el horizonte. Una nave de transporte trae suministros a las fuerzas de tierra.

Gerling, los primeros destacamentos de la Fuerza de Ocupación se presentaron para iniciar la tétrica tarea de rescate, descontaminación e imposición de la Ley Federal. Concluida ya la prolongada batalla, Gerling sólo experimentó agotamiento y una creciente sensación de futilidad. Aliviado, entregó el mando a su sustituto, un joven que parecía sentirse anonadado, y abordó la nave que le llevaría al hogar para recibir una bienvenida de héroe.

Pese a la fatiga que paralizaba su cuerpo, sintió una extraña inquietud en las profundidades de su mente mientras la nave lo transportaba rápidamente por la negrura del espacio. Gerling abrió los ojos y se quedó mirando el distante globo de Laguna IX que flotaba en el portillo. Desde aquí no se veía vestigio alguno de la muerte y devastación que contenía el planeta. Su mente recordó lentamente los horrores pasados y en ese instante empezó a asomar la insistente duda. ¿Cómo era posible que los descendientes de una banda de amotinados alcanzaran en doscientos años un nivel tecnológico comprobado por Gerling? Aun suponiendo que los primitivos laguneros hubieran estado muy desarrollados antes de su extinción por los rebeldes, ¿cómo se explicaba que ningún componente del equipo enemigo tuviera más de cincuenta años de antigüedad?

Repentinamente desvelado, Gerling trató de apartar de su cabeza la convicción que estaba reforzándose. ¡Algo o alguien, en el espacio remoto o acechando en las entrañas del mismo planeta debía haber colaborado con los hombres de Laguna IX! Pero ¿quién y por qué? Y un importante detalle: ¿dónde estaba ahora? Quizá en aquel preciso instante, un poder siniestro estuviera haciendo acopio de fuerzas en el oscuro vacío, para atacar a la Federación Terrestre. Una sensación de angustia inundó a Gerling cuando cerró los ojos y fue cayendo en un sueño irregular. ¿Cómo es posible prepararse para una batalla que tal vez no se libre jamás y contra un enemigo al que no se conoce?



Soldados de la ADT y su equipo **1** Uniforme corriente. **2** Traje de combate.

Segunda Parte: La conquista del espacio

EL CLUB NIMRODIANO *

Robin Maxwell despertó con los melódicos tonos de la voz del autosirviente e, irritado, apretó el botón que silenciaba el timbre de alarma.

—Café solo —gruñó en su almohada.

Dos segundos después, un *blip* de disculpa de la gruesa máquina anunció la salida de la taza de café por la ranura. Robin extendió una torpe mano hacia el tablero de mandos y puso la cama en posición vertical. Con la taza en las manos trató en vano de recordar la fiesta de la noche pasada.

Tras un momento de intensa concentración hizo un gesto de indiferencia y bebió un sorbo de café. ¿Qué importancia tenía la fiesta, al fin y al cabo? Probablemente habría reído, comido, bailado y bebido igual que las dos noches anteriores y, quizá, la próxima. La perspectiva no le pareció muy atrayente y arrojó la taza a la bandeja de servicio. Luego centró su atención en el día que tenía por delante.

—¿Qué hay para hoy? —preguntó, y se recostó mientras la modulada voz del autosirviente empezaba a recitar.

—Asunto: Reunión de la junta de Textiles Maxwell, asistencia reclamada. Asunto: Ajuste del asiento de control del crucero de superficie encargado, solicitada asistencia. Asunto: Cumpleaños tía Helga, aconsejable felicitarla. Asunto: Fiesta en caída libre de Davina Blakely, recibida invitación. Asunto: Cacería de skulas con Tristram Keeler-Finch, recibida invitación. Asunto...

Mientras la lista continuaba tediosamente, Robin suspiró, sacó las piernas de la cama y se sentó en el borde con la cabeza entre las manos. Sin duda debía hacer acto de presencia en la reunión, pero no soportaba la idea de tener que sentarse en la cabina tridimensional próxima al dormitorio y escuchar al administrador, en forma de imágenes proyectadas, mientras le explicaba cuán rico era y cuánto más rico sería en la siguiente reunión de la junta. La lista de invitaciones le pareció interminable y la voz del autocriado, aburrida.

—Ya basta —dijo—. Envía mis disculpas a la junta, di a los ajustadores que me llamen la semana que viene, manda algo apropiado a esa vieja loca, rechaza la invitación de Davina y todas las demás. Dile a Tristram que estoy en camino y prepárame el equipo de caza.

Dicho esto, se puso en pie y entró en el aseador.

Al salir, su ropa ya estaba preparada y el autosirviente se hallaba conectado al circuito de servicio que organizaba la carga de pertrechos en el avión deportivo. Media hora más tarde, Robin navegaba por la ruta local hacia Francia central y, con la nave aferrada al rayo de vuelo rumbo a su destino, tomó asiento en el diminuto salón, abrió una botella de champaña y bebió poco a poco el líquido mientras miraba distraído por la ventanilla.

La Tierra era más bella de lo que había sido durante largo tiempo. El gran éxodo industrial de mediados del siglo XXII la había convertido en un mundo relativamente vacío. Pese a seguir siendo centro administrativo del Sistema Solar, la Tierra era sólo una especie de hogar para los muy acaudalados y un lugar de vacaciones para habitantes de otros planetas.

El viaje desde Suiza duró menos de una hora y Robin se ajustó las abrazaderas del asiento en cuanto sintió el cambio de curso provocado por el rayo de aterrizaje que pasó a controlar el aparato. Hubo un ligero choque y las abrazaderas se retiraron a sus cavidades. Robin se desperezó, acabó su bebida y se puso en pie. Mientras recogía sus pertrechos se abrió la portezuela y pareció Tristram. Fueron charlando hasta el *hovercar* que esperaba junto a la explanada y pronto se pusieron en camino hacia el coto de caza privado donde aguardaba el resto de la partida. Una vez en el lugar, se separaron por parejas y se adentraron en los espesos bosques, en busca de los salvajes y diabólicos skulas que habían sido importados de Sirius III para proveer las propiedades Keerler-Finch.

Al penetrar en la maleza los dos amigos pusieron al máximo sus lanzarrayos y comprobaron los cargadores antes de que Tristram conectara su localizador. Un solo punto de luz indicaba su posición; como el resto de la pantalla

* De Nimrod, personaje del Génesis famoso como gran cazador.

permanecía oscuro. Tristram desconectó el aparato.

—Creo que deberemos adentrarnos más —dijo—. La última cacería redujo un poco el número de skulas.

Finalmente llegaron a un pequeño claro al pie de una ladera y se dispusieron a esperar junto a un árbol caído. Robin contempló a Tristram, que encendía y apagaba el localizador, y observó el creciente nerviosismo de los otros. En contraste, él apenas sentía emoción alguna y de pronto comprendió que estaba muy aburrido. Ni siquiera la perspectiva de que un skula hiciera su aparición en el claro lo excitaba. Cuando tal cosa sucediera, los cazadores serían advertidos por el localizador, apuntarían con sus lanzarrayos, dispararían y la bestia se desplomaría. Y después seguirían esperando a que el mismo hecho se repitiera una y otra vez.

—Estoy aburrido —refunfuñó—. Pensándolo bien, siempre estoy aburrido.

Ahí empezó todo. Durante los meses siguientes Robin Maxwell dedicó considerable tiempo a meditar acerca de esta revelación y una idea, al principio un fragmento de pensamiento no buscado, comenzó a tomar cuerpo, en forma de plan. Para Robin, y otros muchos como él, el riesgo no desempeñaba un papel real en su vida, y cuanto más imaginaba la experiencia de una amenaza auténtica a su vida, más excitación sentía. La idea no tardó en convertirse en obsesión, hasta que un día, mientras contemplaba una videocinta cuya acción transcurría en el siglo XVIII, la referencia a un duelo hizo que todo encajara. Al cabo de dos semanas, Robin, Tristram y varios de sus amigos íntimos formaron una sociedad denominada Club Nimrodiano. A todo socio del club se le asignaría un número que sería introducido en un ordenador. Al llegar el aniversario de la formación de la sociedad, el ordenador elegiría dos números al azar, cuyos poseedores dispondrían de una semana para cazar y matar a su rival. Si al concluir el plazo ninguno de los dos había muerto, los restantes socios estaban comprometidos bajo juramento a encontrarlos y ejecutarlos. Sólo se declararía un empate en caso de que ambos hombres no pudieran continuar por haber resultado gravemente heridos.

El primer sorteo se celebró el 22 de junio de 2314 A.C. y los nombres agraciados en esta grotesca lotería fueron los de Robin Maxwell y un tal Carl Hinton. Ambos dispusieron de una semana para dejar en orden sus asuntos y efectuar los preparativos. A continuación fueron trasladados a territorio neutral en un vehículo de transporte que contenía dos aeronaves aptas para un solo tripulante. Las compuertas se abrieron en el instante fijado y se inició el duelo.

Las aeronaves carecían de armas y los dos contendientes se alejaron inmediatamente en direcciones opuestas. Hinton se dirigió a una zona muy boscosa situada a cinco kilómetros de la zona de aterrizaje, y Robin descendió sobre un saliente rocoso muy cercano y pudo localizar así el lugar donde estaba la otra aeronave. En cuanto se aseguró de que su rival pensaba quedarse donde estaba, Robin sacó sus pertrechos y se puso a comprobarlos. Iba a utilizar armas muy primitivas. Ningún lanzarrayos o láser, ningún aparato localizador o detector, nada que fuera detectable por sus elementos electrónicos. Sólo una ballesta de plastiacero, un cuchillo de caza, un rollo de cuerda Thorlon y un mono de camuflaje termodeflector, para evitar que el calor corporal delatara su presencia en un localizador. Observó sus manos, que le parecieron lo bastante firmes, respiró profundamente, se alejó de la confortable masa de la nave y descendió del promontorio en dirección al bosque.

Se encontraba a seis kilómetros del lugar donde había aterrizado Hinton y mientras caminaba, trató de imaginar qué estaría haciendo su adversario. Robin, que conocía el entusiasmo de Hinton por los artilugios, confiaba en que su oponente se establecería en una posición fija, rodeado de todos sus dispositivos, a la espera de que la presa se aproximara. Sabía que habían cargado considerable cantidad de equipo en la otra nave y este detalle cuadraba con su conocimiento de la personalidad de Hinton, un hombre de carácter más bien reservado, por lo que Robin se había extrañado mucho de que

Robin Maxwell pilota su nave personal, un Avery Skysporter, sobre el gigantesco centro industrial Textiles Maxwell. Inmensas riquezas e interminable ocio lo condujeron por una senda peligrosa.


17

mostrara tanto entusiasmo por la idea del Club Nimrodiano. Robin se preguntó de pronto si habría sido correcta su decisión de no llevar material más adecuado para la caza y se sintió inundado por una sorprendente sensación de soledad. Soledad, sí; reconoció Robin, pero acompañada de una emoción curiosa, inquietante, que le resultó desconocida.

Se detuvo, mientras un sabor amargo aparecía en su boca y el vacío le encogía el estómago. ¡Miedo, miedo genuino! Sintió la sangre de las arterias que latían en su cuello, los labios secos con un regusto de sal. Deseó volver corriendo a la nave y se encontró retrocediendo hacia la ladera. Se detuvo, apretó los puños y respiró hondo. Esto era lo que él había querido. No podía echarse atrás ahora: si Hinton no lo mataba, lo harían los otros. Además, el otro hombre debía estar en las mismas, pensó Robin, y la idea lo tranquilizó un poco. Lo primero que debía hacer era averiguar con certeza qué estaba maquinando Hinton. Asió la ballesta y siguió avanzando.

Una hora más tarde la luz diurna empezó a menguar y Robin aflojó el paso, atendiendo a los sonidos del bosque y a cualquier movimiento entre los árboles. Colocó su equipo al pie de un árbol enorme y trepó por el tronco hasta que vio el claro rodeado de árboles donde había aterrizado Hinton. Estaba a menos de un kilómetro. Descendió y describió un amplio círculo alrededor de su objetivo antes de aproximarse más. Escaló otro árbol y distinguió el casco reluciente de la aeronave de Hinton. El corazón de Robin latía con fuerza y su cuerpo sudaba. Pero el miedo quedaba compensado por la excitación y descubrió que estaba más alerta y consciente que en cualquier cacería de skulas.

La nave se hallaba al pie de una pendiente y Robin no dudó de que Hinton estaba aguardándolo allí. Se arrastró hacia el vehículo, con las manos temblando de alegría, y se detuvo al borde del claro. No había rastros de su rival, por lo que gateó hasta el casco y se dirigió hacia la compuerta con la ballesta preparada. Accionó la llave y la puerta se abrió. Tras echar una ojeada a la vacía nave, saltó al interior y se situó ante el cuadro de mandos. El generador gimió cuando Robin apretó los botones correspondientes para crear el máximo de interferencias posible. Luego salió a gatas de la nave y se apresuró a regresar a los árboles.

Robin, situado a tiro de ballesta del avión, por si Hinton decidía desconectar el generador, aguardó a que oscureciera antes de trasladarse al lado opuesto del altozano. Lentamente, sin un ruido, fue ascendiendo por la ladera. Se sintió como si formara parte de la húmeda tierra, con todos los sentidos alerta y esforzándose por captar cualquier detalle anormal. Todas sus terminaciones nerviosas hormiguearon cuando su rostro, repleto de barro, topó con un tronco caído. Retrocedió sin dejar de jadear mientras el sudor le producía picor en los ojos.

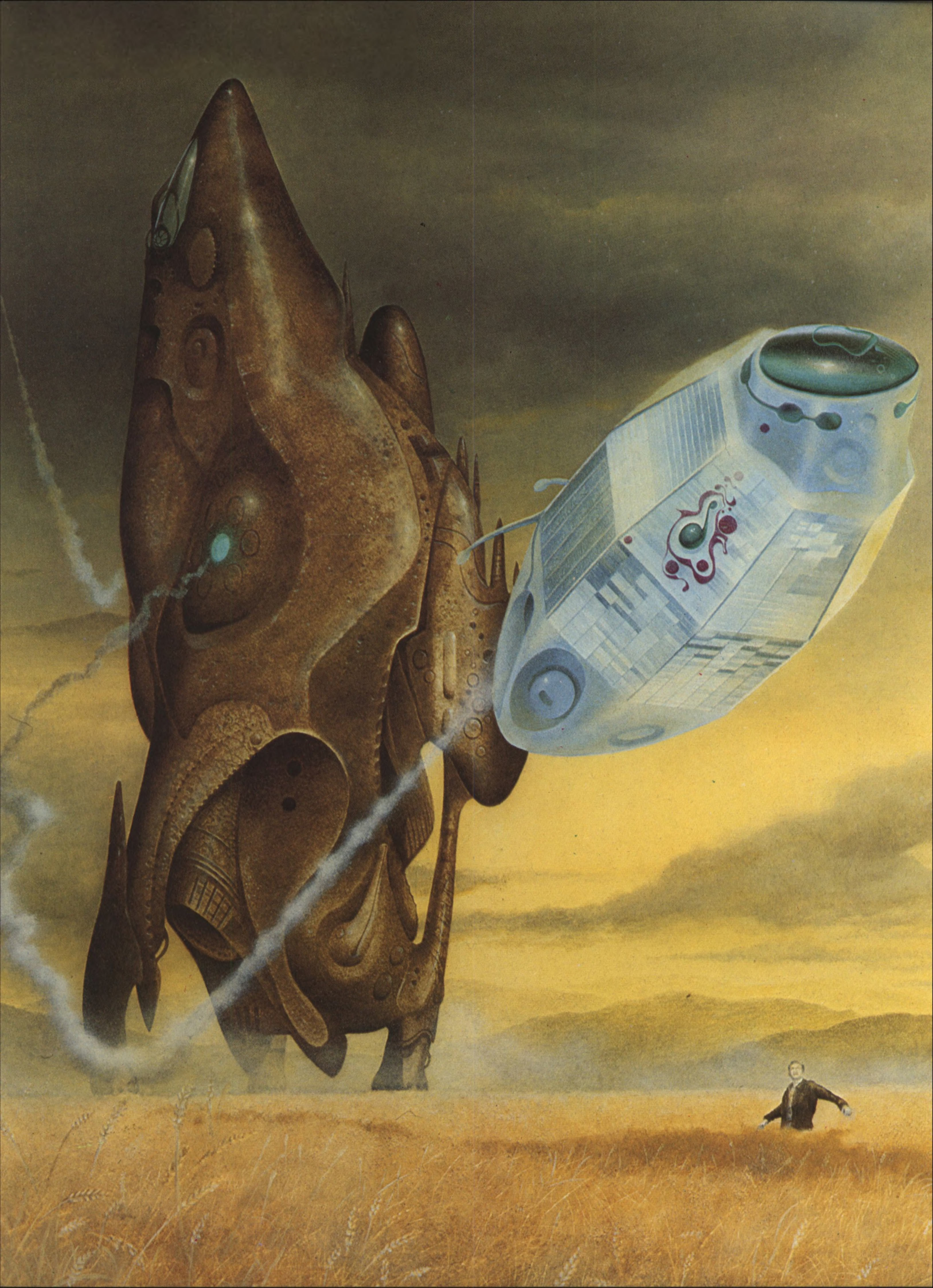
En la penumbra, por debajo de Robin, una oscura silueta estaba inclinada sobre el tenue resplandor de la pantalla de un localizador. Una pistola de rayos descansaba en el borde de la reducida hondonada. Robin escuchó el suave tictac de un aparato termoexplorador mientras preparaba la ballesta. Conteniendo la respiracion, tensó la gruesa cuerda y colocó la pesada flecha en su lugar. Apoyó la ballesta en el tronco y observó a través de la mira la silueta que estaba debajo de él, teniendo la impresión de que los latidos de su corazón eran estruendosos. Mientras la sensación del triunfo llameaba en su interior, Robin apretó el gatillo. El dardo mortal produjo un silbido al partir hacia su blanco y la figura cayó silenciosamente sobre la pantalla del localizador.

Robin dio un grito, se puso en pie de un salto y corrió sin pensarlo más hacia la hondonada, dando traspiés en el poco compacto terreno y sollozando ante el brusco alivio de la tensión. Se deslizó en el círculo de aparatos y miró el lugar donde su dardo yacía clavado en la chaqueta de Hinton. Pero Hinton no estaba allí. Robin quedó absorto, paralizado, con la ballesta colgando de su mano. Escuchó un tenue sonido a su espalda y una voz dijo suavemente:

—Lo siento, Robin.

Robin Maxwell se dio la vuelta, con los ojos desorbitados, antes de que sonara el zumbido del rayo láser que lo partió en dos.

La compuerta se abrió y dos pequeñas naves salieron volando en direcciones opuestas. El primer duelo del Club Nimrodiano estaba a punto de iniciarse, siendo Robin Maxwell uno de los participantes.





EL DUELO DE SISIFO

Una de las fuentes de minerales más ricas que se han descubierto hasta ahora en la galaxia es el planeta intermedio de los tres que circundan Proción, a diez años-luz de la Tierra. La atmósfera apenas es respirable y la masa ejerce una atracción gravitatoria próxima a 1,5 G con una variación de temperaturas apenas tolerable para formas de vida humanoides. Las condiciones en Sísifo estaban muy lejos de ser agradables. Era un planeta seco y desolado, barrido por vientos cálidos y tempestuosos que llenaban todas las grietas con la fina arena que cubría buena parte de la superficie. Los únicos organismos vivientes indígenas eran algunas variedades de líquenes y zonas aisladas de hierbas.

Los hombres que extraían las riquezas de este mundo infernal llegaban allí por diversas razones. El sueldo era una de ellas, pero los mineros que se presentaban atraídos por los desproporcionados salarios pocas veces permanecían en Sísifo, o vivían lo suficiente para marcharse enriquecidos, y los hombres que resistían eran incapaces, en la mayoría de los casos, de regresar a sociedades más gratas. Sísifo estaba fuera de la ley simplemente porque nadie era capaz de hacerla cumplir y el planeta se había convertido en una especie de refugio para los proscritos de mundos más civilizados. Las disputas y desavenencias entre individuos se resolvían por cualquier medio que estuviera al alcance y los duelos eran un hecho común. No obstante, uno de dichos duelos se transformó en leyenda.

Cada uno de los campamentos mineros disponía de su jerarquía extraoficial. Los campamentos 3 y 4 estaban dirigidos por dos hermanos que, llegado el punto en que no eran bien recibidos en casi ningún planeta conocido, se establecieron en Sísifo.

Los dos impresionantes tractores mineros volaron por los aires mientras sus operadores libraban un duelo desesperado.

Los hermanos Gruber firmaron contrato para trabajar en el campamento 3, y no perdieron tiempo para imponer su ruda autoridad sobre los mineros y capataces. Fue inevitable que el campamento resultara pequeño para los dos y el hermano más joven, Hans, se trasladó al campamento 4 para probar suerte a solas. Pese a que el salario base de Sísifo era considerable, las verdaderas ganancias se obtenían mediante las primas de producción. Los Gruber trataron despiadadamente a sus colegas, no conformándose únicamente con sus primas, sino quedándose también con una parte de las ganadas por sus compañeros de equipo.

Un día se descubrió una nueva veta de gran extensión que estaba situada prácticamente entre los dos campamentos y ambos hermanos se precipitaron al lugar, llegando al mismo tiempo. De la discusión se pasó a la riña y de ésta a una batalla campal entre los dos grupos, librada con cualquier cosa que estuviera a mano. Finalmente, el hermano mayor, Joseph, corrió hacia el enorme tractor minero que operaba a cielo abierto y cuya mole sobresalía en el campo de batalla, subió al ascensor y se dirigió directamente a la cabina de mando. La colosal máquina rugió al ser puesta en marcha y Joseph introdujo el programa para iniciar una operación de minería. En el instante en que las palas y separadores empezaron a introducirse en la capa exterior, dura y calcinada del terreno, Hans Gruber ya empuñaba los mandos de un tractor similar, pintado de azul, perteneciente al campamento 4. Un instante después, este último vehículo se lanzó hacia el primero a toda velocidad hasta chocar frontalmente en medio de chirridos de metal aplastado y tubos de presión rotos.

Los dos hombres pusieron los motores a potencia máxima y las gigantescas máquinas empujaron y se agitaron como un par de monstruos de pesadilla. El ambiente se llenó de polvo y gemidos de los sobrecargados servomecanismos, mientras las descomunales ruedas hendían y rasgaban la dura superficie, tratando de afianzarse y apartar al adversario. Los brazos y palas excavadoras se golpearon mutuamente en tanto los dos hermanos pugnaban por tomar la iniciativa. Por fin, el tractor del campamento 3 se apartó y retrocedió. Se produjo una breve pausa y a continuación los dos monstruos rugieron y se acometieron de nuevo. El choque levantó una explosión de polvo y arena. Los dos gigantes oscilaron de un lado a otro, hacia adelante y hacia atrás, durante más de una hora, en medio de nubes polvorientas. El terreno fue llenándose de restos metálicos hasta que, inesperadamente, se produjo una terrible explosión seguida de varias más y la parte delantera del tractor del campamento 3 se desintegró en medio de cegadoras llamaradas y fragmentos que salían despedidos en todas las direcciones.

Desesperado, Joseph Gruber puso marcha atrás, pero las grandes ruedas arañaron el suelo sin poder moverse del lugar. Los dos gigantes estaban entrelazados sin remedio. Las llamas fueron extendiéndose mientras la cubierta protectora se ampollaba y los arcos eléctricos chasqueaban en el destrozado metal. De repente surgió un rugido estremecedor de la parte inferior del tractor de Hans y Joseph fue lanzado contra la pared lateral de la cabina mientras ésta se inclinaba irremediablemente. El reactor se descontroló y, tras una llamarada cegadora, tierra y metal fueron lanzados por los aires.

En caso de que alguien visitara este planeta áspero y desagradable, encontrará fácilmente el escenario de este duelo épico. Sólo se puede ver un amplio círculo de arena transformada en vidrio por el intenso calor y un gran cráter radiactivo que señala el lugar de lo que otrora fue un importante campo minero.

LA GRAN REBELION

A partir de su fundación en 1999 A. D. como organismo auxiliar del Consejo Mundial, la Autoridad Comercial Terrestre se transformó con rapidez en la entidad más poderosa del espacio conocido. Creada en principio para administrar y coordinar el comercio en la Tierra, sus facultades y responsabilidades fueron aumentando con la conquista del espacio, primero dentro del mismo sistema solar y después en los mundos de reciente colonización. A medida que aparecían más y más fuentes de oferta y demanda, más compleja se volvió la tarea de inspeccionarlas y controlarlas.

Las devastadoras guerras de Próxima, de mediados del siglo XXI, impusieron una tremenda presión sobre las reservas industriales y tecnológicas de la Tierra; para hacer frente a las exigencias de una guerra inmensamente costosa librada durante veinte años consecutivos, resultó de suma importancia manejar cuidadosamente los recursos disponibles. La ACT recibió los poderes precisos para la tarea de controlar la explotación de materias primas y su distribución a las industrias primarias, cuya producción quedaba sometida, a su vez, a la aprobación de la ACT. La necesidad de artículos muy especializados para fines militares especiales llevó a la ACT a establecer diversos centros industriales de su propiedad y con ello inició otra fase de su desarrollo.

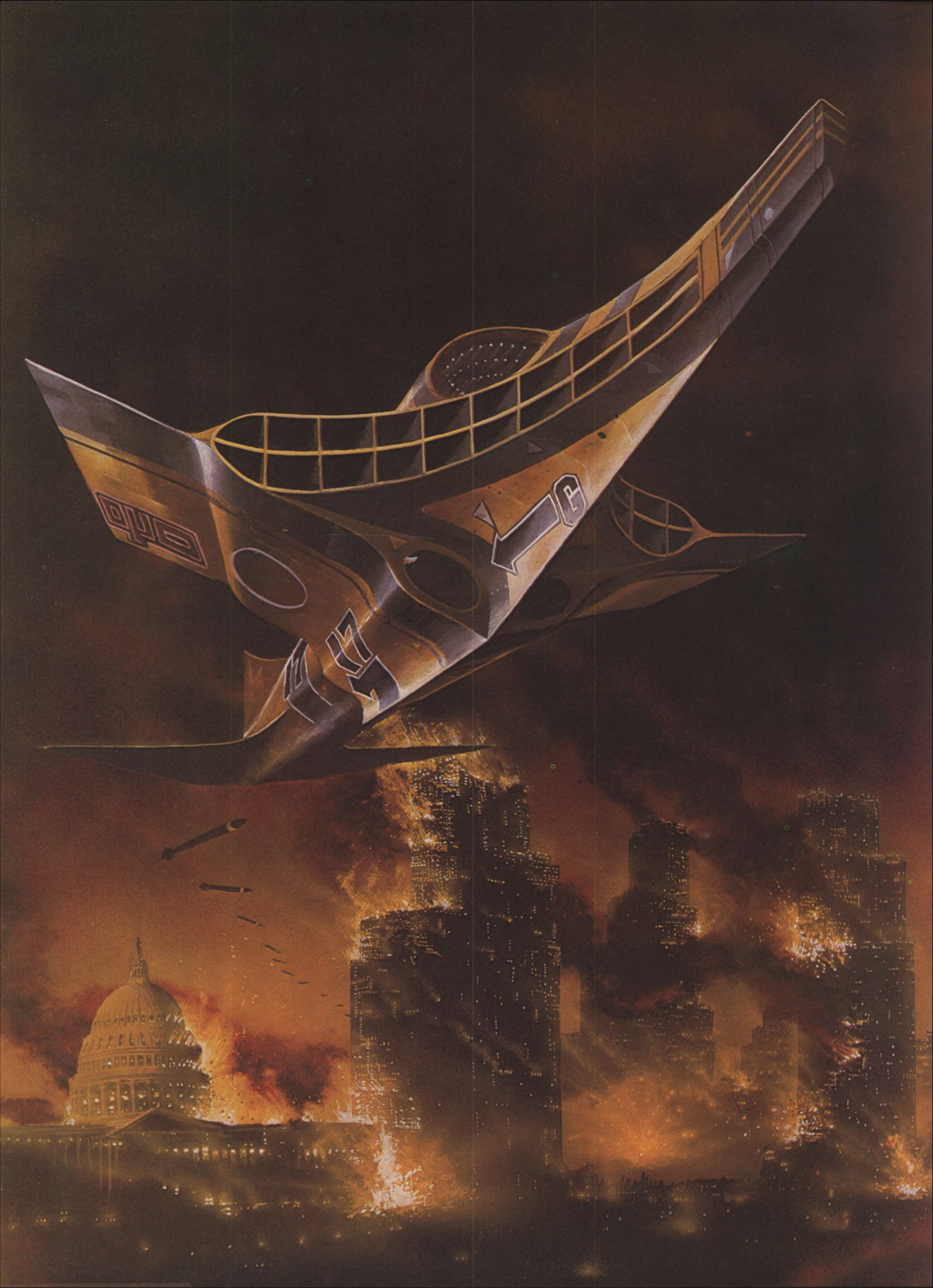
Al final de aquel siglo, la mayoría de las naves militares eran encargadas a los astilleros de la ACT y la capacidad suplementaria de los años de la posguerra fue empleada en la construcción de naves espaciales civiles. Se concedieron licencias a las dos principales constructoras navales independientes, Avery Astronautics y Consolidated Aerospace. Poco después, toda nave producida en la floreciente Federación Terrestre quedó sometida a la aprobación de la ACT.

El gigantesco complejo del centro de la Autoridad Comercial Terrestre se hallaba situado en la antigua ubicación de los astilleros de Africa del Norte y contenía todo su complicado equipamiento vital para la difícil tarea de coordinar la amplia e intrincada red industrial del Imperio y sistemas aliados tales como Alfa y Próxima de Centauro. Desde ese mismo lugar se dirigían las decenas de centros administrativos, los centenares de bases ejecutivas y los millares de subestaciones diseminadas por todo el Imperio. La totalidad de los bancos de datos y la maquinaria del gobierno estaban alojados en una base del tamaño de una gran ciudad rodeada de bosques cultivados.

Naturalmente había muchas personas que se sentían molestas por el grado de control que la ACT tenía sobre sus actividades comerciales y las facultades de que disponía. Respecto a eso la ACT era prácticamente una ley en sí misma y a menudo el equilibrio de la vasta red del comercio interestelar se mantenía a expensas de los intereses minoritarios. Así era en especial en el caso de la industria de construcciones navales que durante muchos años, antes e incluso durante la Guerra de Próxima, había sido una de las fuerzas más poderosas en manos de cualquier grupo privado. El amanecer de la edad de la expansión espacial de la humanidad había canalizado inmensos recursos hacia la industria y sus campos afines. El creciente desgano de la población para contribuir de modo significativo a los programas de origen gubernamental, unido a la innegable necesidad de explotar el espacio, permitió que la iniciativa fuera quedando gradualmente en manos de empresas comerciales.

Algunas naves militares habían sufrido reparaciones menores en los astilleros de Consolidated Aerospace y dos de ellas fueron empleadas en el primer ataque a la administración central. Aquí puede verse a la TTA 355B Striker, atacando con termobombas vesta.

Y así cobraron existencia las gigantescas corporaciones de ingeniería astronáutica, siendo Consolidated Aerospace la mayor de ellas. Esta empresa, que poseía los astilleros privados más grandes del Sistema Solar y tenía bajo su control infinidad de industrias asociadas tales como la electrónica y las plantas de investigación nuclear, se sintió descontenta al ver cómo se reducía su influencia en la expansión espacial y se ponía el control en manos de una agencia exterior. Consolidated resistió enconadamente pero no logró evitar lo inevitable y la organización fue absorbida finalmente por la estructura de la ACT. Después de



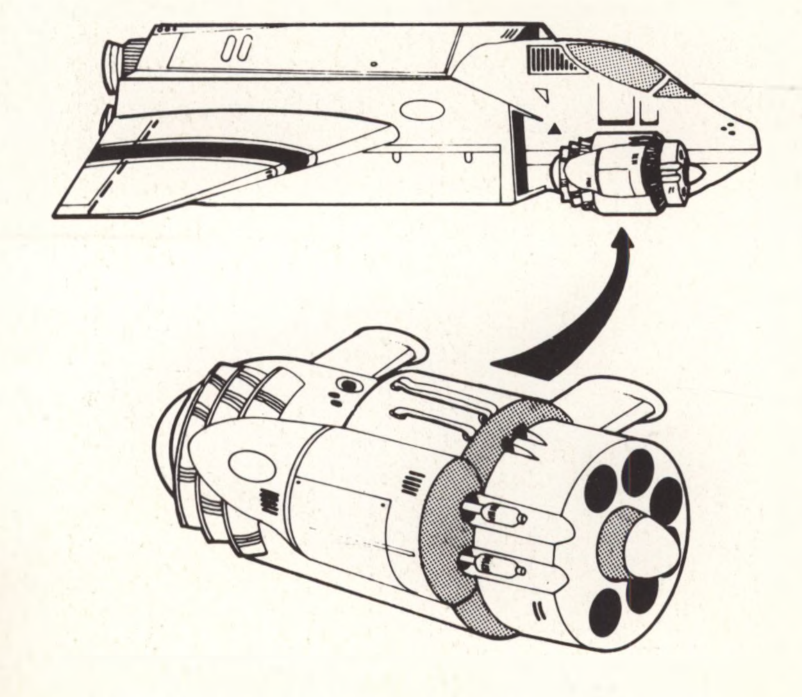
considerables problemas iniciales se consiguió, poco a poco, establecer una relación aceptable, aunque hubo un hombre que jamás aceptó el cambio de dirección.

Harcourt Apseley era un hombre terco e independiente que había entrado en los talleres de Consolidated siendo un muchacho, que estudiaba electrónica en su tiempo libre. Jamás se relacionaba con nadie y pasaba todas sus horas libres tratando de satisfacer su absorbente interés por la astrofísica. Poco a poco fue ascendiendo hasta llegar a ingeniero jefe de los principales astilleros. Después renunció a su empleo, para fundar una empresa dedicada a la fabricación de equipo detector electrónico muy especializado y con un grado de refinamiento muy por encima de las necesidades del momento. Normalmente ésta parecía la fórmula ideal para el desastre, pero cuando el contacto con los habitantes de Alfa de Centauro, demostró que el hombre no estaba solo en el universo, Apseley previó la guerra que iba a acelerar de forma espectacular la evolución de los viajes espaciales.

En consecuencia su empresa floreció y Apseley vendió sus existencias a Consolidated, a cambio de un puesto en la junta directiva. Nadie podía igualar su dedicación, empeño y ambición y poco después el control efectivo de la corporación quedó en sus manos. Parecía un poseído, como lo demuestra el hecho de que interviniera directamente en todos los aspectos de las actividades de Consolidated, desde el diseño del producto hasta su venta y explotación, pasando por las diversas fases de producción. Se anticipó a la tendencia a explorar y colonizar planetas exteriores a nuestro sistema y, mientras otros trataban de aprovechar la creciente demanda de pequeñas naves privadas, se concentró en la construcción de naves espaciales de gran tamaño, capaces de transportar colonizadores a través de la inmensidad del espacio. Su visión hizo que Consolidated Aerospace estuviera representada en todos los nuevos mundos y estableciera en ellos bases de producción para construir las naves que se internarían aún más en la Galaxia.

Aunque Consolidated ya era desde hacía tiempo el mayor centro de construcción naval de la Tierra, bajo la dirección de Apseley la mayor parte de las naves importantes salían de sus astilleros, por lo que no resulta sorprendente que este hombre se resistiera con fiereza al creciente grado de control que la ACT imponía a sus actividades. Sus demandas de materias primas sólo podían ser satisfechas a expensas de otras áreas productivas, por lo que se creyó que existía el riesgo de que la oferta excediera la demanda y se introdujera así un factor de obsolescencia prematura en una época que no podía permitirse el lujo de consumir innecesariamente. Las relaciones entre las dos organizaciones, siempre tormentosas, se hicieron imposibles y la Administración Central Terrestre dio instrucciones a la ACT para que interrumpiera los suministros esenciales hasta que Apseley aceptara cooperar en la puesta en práctica de un programa de crecimiento planificado.

Al recibir este ultimátum, Apseley se retiró a un centro de investigación aislado en Brasil y celebró una reunión a puerta cerrada con diversos amigos y colegas durante varios días. En este período hubo infinidad de idas y venidas de naves privadas que transportaban a ciertos altos cargos de la industria astronáutica y personajes influyentes del gobierno. Al fin, Apseley abandonó su reclusión y regresó a las oficinas principales de Consolidated, en Europa. Su aspecto era el de un hombre cambiado y se comprometió sumisamente, sin apenas un susurro, a aceptar las condiciones de la ACT. Se ofreció a reorganizar en persona la gigantesca corporación, reducir los objetivos de producción y permitir la participación de la ACT en todo tipo de nuevos planes de desarrollo que fueran importantes. Numerosas organizaciones subsidiarias serían reorientadas hacia otros fines comerciales, a discreción de la ACT. Fue una concesión mucho mayor de



Suplemento adaptable usado por los rebeldes para convertir naves civiles en vehículos de guerra.

La flota rebelde estaba formada principalmente por naves civiles modificadas, tal como esta CA 1992 Barquera, adaptada al transporte y lanzamiento de misiles con cabeza química.







la que se había esperado y su oferta fue recibida con gran entusiasmo.

En los meses siguientes, Apseley se concentró en un programa de visitas y conferencias que hubiera destrozado a cualquier otro hombre. Un detalle curioso fue que dos de sus hombres clave no tardaron en desaparecer, seguidos por otros, hasta que un día el mismo Apseley no se presentó en el lugar donde se lo esperaba. El esfuerzo por localizarlo reveló el hecho inquietante de que infinidad de miembros de su personal con cargos a todos los niveles no se encontraban en parte alguna. Aunque algunos de los desaparecidos habían justificado su marcha, la investigación demostró que tales justificaciones eran falsas. Poco a poco fueron afluyendo informes de naves, equipo y diversos materiales desaparecidos. Naves enteras se habían esfumado y enormes cantidades de suministros habían sido desviadas a destinos desconocidos.

Se convocó una reunión de urgencia de la Administración Central, a la que asistieron funcionarios de la mayoría de las agencias gubernamentales con sede en Norteamérica. Buena parte del material desaparecido tenía aplicaciones militares y constituía una amenaza grave a la seguridad. Mientras se desarrollaba la discusión, llegó un mensaje de alta prioridad procedente del cuartel general de la Autoridad de Defensa Terrestre. La comunicación decía así: «Comunicaciones interrumpidas nivel local. Perdido contacto diversas bases ultramar. Algo ocurre. Ordenada alerta general. Favor dispóngase autorizar estado alerta máxima. Fin.» Dos minutos después, termobombas Vesta empezaron a llover sobre la ciudad.

Diversos centros clave de tipo militar y gubernamental diseminados por todo el mundo se encontraron bajo un ataque similar. El Departamento de Información Central fue virtualmente borrado del mapa con termobombas. La Oficina de Inteligencia Militar de Roma

La suerte del levantamiento se definió cuando las Barracudas de la ACT con base en Marte llegaron para reforzar los apurados efectivos del gobierno.

BOB LAYZELL

corrió una suerte parecida y la base de la ACT en Africa del Norte fue destruida en un ataque nuclear sorpresa. Importantes bases militares informaron que eran atacadas por una variadísima gama de aeronaves con armamento que incluía desde armas nucleares hasta láseres de tipo industria, casi inútiles. La impresión era que prácticamente la totalidad de las naves eran modelos comerciales modificados para contener armamento. Incluso se observaron diminutos vehículos de transporte privado dotados con sencillos lanzacohetes químicos que atacaban bases militares. Otros centros militares secundarios habían sido tomados por sorpresa y usados como estaciones suministradoras de combustible y armas. Y lo más peligroso: vehículos militares estaban siendo capturados y puestos en servicio. El «ejército imposible» de Apseley constituía una amenaza para la existencia misma de la Federación Terrestre. Toda nave civil y un número creciente de vehículos aéreos gubernamentales se convirtieron en sospechosos y la Autoridad de Defensa, que jamás había previsto un conflicto civil de este orden, quedó sumida en la confusión.

Apseley estaba utilizando sus considerables conocimientos de electrónica y comunicaciones para interceptar y falsear mensajes e instrucciones. Las fuerzas gubernamentales desconocían la situación de las bases de despegue y suministro de los atacantes y los diversos destacamentos operacionales se sentían como si estuvieran combatiendo contra una ilusión. No estaban preparados para reaccionar ante este tipo de enemigo. Se hicieron desesperados intentos por interceptar las abigarradas bandas de naves y contenerlas, hasta que llegaron refuerzos de otras partes del Sistema. La situación se complicó aún más con la evacuación de la población civil de las zonas estratégicas.

El mismo carácter absurdo de la acción de Apseley constituía su principal ventaja y la explotó tanto como pudo. Sus naves utilizaban las rutas aéreas civiles y efectuaban las maniobras normales; resultaba casi imposible distinguir las del tráfico regular. Viraban bruscamente para atacar su objetivo y desaparecían del mismo modo. Pronto se prohibió el tráfico civil, para evitar el uso continuado de la técnica anterior, aunque ya por entonces Apseley tenía en sus mandos tal número de naves militares, equipadas con dispositivos electrónicos de gran complejidad, que ya no dependía tanto de sus primeras improvisaciones.

La base más próxima de la Fuerza de Defensa se hallaba en la luna, pero los astilleros de producción de Consolidated Aerospace ubicados en el satélite habían sido tomados por los hombres de Apseley, que mantenían atareados a una considerable proporción de los Escuadrones Lunares. Estos últimos sufrieron muchas pérdidas en un principio, pero en la luna las fuerzas rebeldes eran localizables y atacables con más facilidad que en la Tierra y fueron vencidas sin grandes problemas, en cuanto los escuadrones se recuperaron de su asombro inicial. No obstante, habían perdido un tiempo valioso y la situación en la Tierra era muy grave. Apseley había aprovechado la oportunidad para bombardear y destruir el gran centro industrial australiano de su principal competidor, Avery Astronautics, así como el Centro de Control del Hemisferio Sur de la Autoridad de Defensa Terrestre.

Pero el panorama iba a alterarse pronto. Escuadrillas de cazas con base en Marte venían hacia la Tierra y estas naves eran mucho más avanzadas que las unidades con base en la Tierra que, en realidad, desempeñaban únicamente funciones de patrulla. Diez días después de la formidable acometida de Apseley, los primeros destacamentos de las escuadrillas marcianas, relucientes y eficaces, entraron en la atmósfera terrestre. Las fuerzas de seguridad ya se habían reagrupado por entonces y estaban coordinando operaciones muy efectivas. Los movimientos de las fuerzas rebeldes eran vigilados constantemente y los cazas marcianos entraron en acción en las mejores condiciones.

La extraña y variada colección de naves civiles apresuradamente adaptadas, así como las naves capturadas al gobierno, no podían competir con los recién llegados y las pérdidas rebeldes aumentaron dramáticamente, mientras las bajas entre los cazas marcianos eran mínimas. Pero estos últimos eran muy pocos y la batalla distaba mucho de estar ganada. Además, Apseley seguía bombardeando las bases y centros de comunicación gubernamentales, continuaba teniendo acceso a suministros de combustible y armamento pesado y disponía de suficientes medios para que sus naves estuvieran en acción casi continuamente. Pero se estaba quedando escaso de hombres. La falta de tripulaciones de reemplazo empezó a notarse conforme las continuadas operaciones cobraban su tributo en forma de agotamiento y un creciente número de accidentes. Apseley comenzó a perder efectivos por errores de los pilotos y la moral de sus tropas se debilitó con rapidez. Poco a poco, los tripulantes fueron desapareciendo, tratando de huir de lo inevitable lanzándose al espacio. Los cazas marcianos lograron atacar las bases enemigas sin que les dispararan una sola ráfaga y las fuerzas de seguridad fueron recuperando las posiciones perdidas.

La oposición se derrumbó con la llegada de nuevos cazas procedentes de las ya seguras bases lunares. Las naves rebeldes se rindieron gradualmente sin oponer resistencia. Sólo restaba limpiar el territorio de las tropas restantes e iniciar la larga y penosa operación de evaluar las pérdidas.

El mismo Apseley fue descubierto cuando trataba de huir del planeta, pero se libró del castigo sobrecargando el reactor de su nave en el momento que se acercaban varios cazas. Sus intenciones a largo plazo siguen siendo un misterio, pero estuvo más cerca que cualquier hombre de apoderarse del control de la Tierra y, tal vez, de la Federación.

Las improvisadas escuadrillas rebeldes, pese a su éxito inicial, no fueron enemigo de consideración para los cazas que finalmente llegaron de las bases marcianas. En primer término se ve un minicarguero CA 440 modificado que huye de las naves gubernamentales acompañado por una goleta de transporte privado.



COLONIZACION

Incidente 1

La lucha por la supervivencia en ambientes desconocidos y frecuentemente hostiles ha sido siempre el sino de los colonizadores de tierras extrañas. A lo largo de toda la historia humana los colonos han abandonado lugares familiares para forjarse una nueva vida y hacer fortuna en lugares agrestes. Esta es quizá la mayor prueba del espíritu humano: individuos que se enfrentan a lo desconocido basándose en la fe y el ingenio para sobrevivir. Y esto es aún más cierto cuando no se trata de conquistar tierras, sino planetas enteros. Los problemas tradicionales se multiplican por cien y, muy a menudo, el aislamiento de los colonos es total.

Un ejemplo típico fue Locura de Drakon, un planeta del tamaño aproximado de Marte, perteneciente a un compacto grupo de cuatro en torno a la estrella doble 70 Ophiuci. Densidad atmosférica y gravedad son algo inferiores a las de la Tierra, haciendo la vida posible, si no agradable. En 2303 un grupo avanzado de doscientos cuarenta y ocho colonos y científicos aterrizaron al norte del ecuador del planeta y se apresuraron a erigir una base temporal para acomodarse y proteger la enorme cantidad de equipo y suministros que habían desembarcado. El casco de la inmensa nave que les había transportado desde el Sistema Solar fue muy útil para su objetivo y las únicas estructuras levantadas en la superficie planetaria alojaron vehículos y equipo de perforación para disponer de abastecimiento de agua, primer objetivo de los colonizadores.

En los meses siguientes, mientras la mayoría de colonos se ocupaba del establecimiento de la colonia, el personal científico exploró su nuevo hogar e identificó recursos de posible explotación o que podían ser exportados a cambio de productos que los colonizadores fueran incapaces de obtener por sí mismos. Encontraron una aparente abundancia de depósitos minerales valiosos y el terreno demostró su aptitud para el cultivo de las semillas que habían traído consigo. Gran parte de la flora indígena era apropiada para el consumo, como por ejemplo las grandes masas de plantas similares a las algas que poseían un contenido de agua extraordinario y una estructura celular sencilla, muy rica en nutrientes. No obstante, parecía haber escasas formas de vida superior y no se pudo identificar vida animal de tipo alguno, aunque los animales domésticos transportados por los colonos parecían medrar.

Un curioso fenómeno descubierto en el planeta fue la serie de sendas viscosas, ligeramente radioactivas y compuestas de un material mucoso, que corrían por la superficie, a cierta distancia del campamento. Algunas de esas sendas se habían secado y estaban desapareciendo, mientras que otras tenían un aspecto bastante fresco. Aunque los científicos las siguieron varios kilómetros, no descubrieron indicios de su procedencia o modelo organizado en su distribución.

Los meses iniciales fueron muy movidos para los colonos, siendo prioritaria la tarea de asegurar las necesidades básicas. Quedó poco tiempo para la exploración accidental y la colonia empezó a tomar forma con grandes zonas cultivadas a modo de prueba para descubrir cuáles eran los tipos de semillas más adaptables. Incluso había praderas para mantener a los animales que habían cruzado el espacio con los colonos y un incidente en una de estas zonas proporcionó un vislumbre de los horrores que se avecinaban.

Dos de los encargados de cuidar el rebaño se encontraban una mañana haciendo un recorrido de inspección de los animales y se toparon con una de las extrañas pistas mucosas que habían sido descubiertas con anterioridad. Se separaron para seguir la senda en ambas direcciones y el individuo que lo hizo alejándose de los pastos, descubrió que el grasiento camino iba volviéndose cada vez más seco hasta quedar reducido a unas escamas quebradizas, translúcidas, en el polvoriento terreno y desaparecer por completo. El pastor volvió sobre sus pasos y pronto llegó a las colinas que rodeaban los prados. Al llegar a la cresta de una de las colinas contempló una escena macabra. Todo el campo estaba repleto de

Un grupo de colonos despega en un aciago día para seguir el rastro de los monstruosos gusanos azules de Locura de Drakon.





huesos de ganado, esparcidos entre los brotes de fina hierba, húmedos y relucientes bajo los rayos del pálido sol y cubiertos de hilillos de la sustancia mucosa. En el límite del campo yacía un esqueleto humano y entre los huesos asomaba el cayado eléctrico del otro pastor. El recién llegado, muy pálido, contempló el desolado panorama antes de volverse y correr hacia la distante nave.

Un grupo investigó el hecho inmediatamente después del regreso del pastor, pero no descubrió nada que aclarara lo sucedido. La senda mucosa atravesaba una y otra vez la zona, dejando un rastro radioactivo y desaparecía en dirección a la región rocosa del norte. Seis colonos partieron en vehículos aerodeslizadores para seguir la pista antes de que se esfumara por efecto del calor del día. Al llegar a los abruptos riscos de la desierta cordillera del norte vieron un gran número de las sendas viscosas, algunas bastante frescas, entre las melladas rocas, pero nada que explicara su presencia. Aterrizaron en un punto donde la capa mucosa era más visible, dejaron un hombre guardando los aerodeslizadores y se dispusieron a explorar la zona.

La región estaba cubierta de grietas y grutas y una de éstas llamó la atención de los colonos por su tamaño. La cueva se hallaba revestida por capas de fango coagulado que, según los contadores de los colonos, emitían elevados niveles de radiación. Penetraron cautelosamente en la gruta. El suelo estaba desgastado y era pegajoso y las paredes reflejaban destellos espectrales al ser iluminadas por los fluorurorrayos. Aunque la radiación iba aumentando, el nivel era tolerable. La gruta se ensanchó más y más mientras los cinco hombres se adentraban en ella y llegó un momento en que las linternas ya no pudieron iluminar el lustroso techo.

Tras girar en una curva del túnel, las paredes laterales quedaron ocultas en la penumbra y las luces arrancaron destellos de una enorme roca que obstruía el camino y parecía formada por un curioso material azulado. Fuera lo que fuere, aquella sustancia era la fuente aparente de la radiación y uno de los miembros del grupo se acercó a ella, tras comprobar los cierres de su traje aislado. El hombre alargó la mano y tocó la sustancia. Al momento, la superficie tembló y se agitó formando ondas. El peñasco varió de posición, deslizándose de un lado a otro y el colono gritó y retrocedió. Se produjo un sonido terrorífico y el cuerpo monstruoso de la criatura viró en redondo, en medio de una ráfaga de aire.

El pánico se adueñó de los colonos, que se lanzaron hacia la entrada de la gruta dando traspiés y estorbándose unos a otros. Algo se movía rápidamente detrás de ellos y, al llegar al lugar donde la cueva se estrechaba, dos hombres tropezaron y cayeron al viscoso suelo. Los tres restantes salieron a la luz del día y oyeron a su espalda gritos desesperados que fueron ahogados en seguida por un espantoso sonido de succión. Sin perder un instante, corrieron hacia el lugar donde habían dejado los aerodeslizadores al tiempo que hacían señas al vigilante para que se dispusiera a partir. Poco después se lanzaron al aire, con el asombrado guardián volando cerca de ellos en posición rezagada.

Los colonos maniobraron para alcanzar altitud máxima; en ese momento una descomunal figura de color azul surgió bruscamente de la boca de la cueva. Su enorme cabeza bulbosa se movió de un lado a otro en busca de la presa, con la boca abierta, y en cuanto localizó a los colonos se irguió violentamente, alcanzando al último vehículo y provocando su caída. El infortunado ocupante se estrelló contra un saliente rocoso y quedó colgando en una postura grotesca con el traje enganchado en el peñasco. El gran gusano azul se abalanzó contra el cadáver mientras los otros tres vehículos se deslizaban sobre el desierto paisaje en dirección a la colonia.

Aquella misma noche se celebró una reunión para decidir cómo combatir la amenaza latente a la supervivencia del grupo. Al día siguiente partió el primero de los numerosos grupos de observación que debían determinar el número y distribución de las espantosas criaturas. Los gusanos empezaban a aventurarse cada vez más cerca de la base principal en busca de alimento, en una zona claramente falta de vida silvestre como resultado del voraz apetito de las criaturas. Los colonizadores que no formaban parte de las patrullas de exploración se encargaron de construir defensas tales como vallas de alto voltaje e improvisados campos de minas.

Los informes de las patrullas permitieron disponer de una imagen de conjunto más clara. La primera cueva descubierta era una de las tres que las serpientes azules ocupaban en aquella zona y alojaba a lo que de manera patente era un grupo familiar de diez u once gusanos. El «nido» más próximo a éste se encontraba a ochenta kilómetros de distancia y, dado que el radio de acción de los animales parecía ser bastante limitado, no suponía una amenaza inmediata.

Los gusanos actuaban por la noche y no resultaban demasiado afectados por el armamento láser y lanzarrayos de los guardianes de las vallas defensivas, ya que su facultad de regeneración era extraordinaria y reemplazaban los tejidos dañados en cuestión de unos minutos. Finalmente, uno de los módulos de construcción dotado de soportes dobles fue adaptado para sostener un cortador láser de tipo industrial y elevada capacidad y, tras las pruebas iniciales, fue situado en el perímetro defensivo en espera de la llegada del siguiente grupo de gusanos cazadores.

Cuando los monstruos hicieron su aparición, el aparato fue trasladado al sector donde las bestias avanzaban y retrocedían frente a las barreras de alta tensión. Los colonos se colocaron lo más cerca posible de una de las criaturas y dispararon el rayo láser. Una potente lanza de luz hendió profundamente el cuerpo del gusano. La inmensa bestia se agitó alocadamente mientras el rayo recorría su áspero pellejo y horadaba la carne en dirección al corazón. La oscura forma despidió destellos de luz en el momento que su taladrado caparazón entró en contacto con la valla electrificada y se desplomó, mientras un maloliente líquido oscuro rezumaba de las numerosas grietas y cortes del correoso pellejo.

En algunos mundos ya colonizados, los colonos debieron luchar para sobrevivir con los predadores del planeta y con las civilizaciones que lo habitaban con anterioridad.

TONY ROBERTS

BURNS



Aunque el cuerpo siguió agitándose y estremeciéndose en la agonía de los órganos internos, la enorme criatura había muerto.

El cortador láser se desplazó hacia la brecha abierta en las defensas y comenzó a disparar continuados rayos de intensa luz a las oscuras formas que había al otro lado. Las criaturas parecieron excitarse ante la muerte de una de sus compañeras y acometieron la valla con más fuerza. Sus reacciones cada vez menos violentas ante las descargas eléctricas dieron la impresión de que las bestias iban acostumbrándose al castigo. La reserva energética del láser iba disminuyendo con rapidez, por lo que el operador se concentró en el gusano más cercano y apuntó el rayo a una sola zona del cuerpo, para impedir que el tejido se regenerara. Al fin, el monstruo retrocedió y se retorció antes de derrumbarse. Como si aquello fuera una señal, el resto de los animales dio la vuelta y huyó hacia el norte.

Los colonos pasaron los siguientes días adaptando los demás cortadores del mismo modo. Una vez terminada la tarea, enviaron una expedición a los nidos de gusanos más próximos. El grupo de exterminio destruyó a todas las criaturas a las pocas horas de su llegada al lugar perdiendo únicamente dos máquinas y sus operadores. Al cabo de poco tiempo todo quedó como antes, con la excepción de que las colinas que rodeaban las tierras de pasto se poblaron con las siluetas largas y delgadas de los cortadores láser que habían sustituido a los pastores.

Incidente 2

El caso más extraño en torno a la colonización de nuevos planetas tal vez sea el del fracasado asentamiento en Nueva Erewhon, mundo al que ahora se conoce como Manicomio. Este planeta tentador e inaccesible era ideal para la explotación en todos los aspectos. Los primeros reconocimientos efectuados por naves no tripuladas revelaron un mundo pródigo y fértil con un clima muy similar al de la Tierra, pero más agradable. La rica vegetación era tropical en apariencia y cubría la mayor parte de las masas continentales. Un sesenta por ciento del planeta estaba formado por cálidos océanos y gran número de lagos y amplios ríos. Había vestigios de enormes depósitos minerales y las muestras de vegetales y organismos bacterianos sugerían que la introducción de nuevas especies no crearía problemas importantes.

El informe preliminar presentado a la Junta Colonial de la Autoridad Comercial Terrestre lo clasificó como sujeto de colonización A1, siendo el primer caso que alcanzaba la calificación máxima. En consecuencia, recibió tratamiento prioritario en el programa de exploración tripulada y, después de volver a examinar el material original y dar instrucciones a los equipos de reconocimiento, las primeras naves partieron hacia Nueva Erewhon.

El aterrizaje se hizo sin problemas y a continuación se instaló rápidamente un campamento base. Al cabo de dos días se transmitieron los primeros fragmentos de información al Centro de Datos de Vega, pero el informe rutinario del tercer día proporcionó malas noticias. Un equipo biológico de cinco hombres había partido del campamento el día anterior y no había regresado. Todos los equipos que operaban lejos de la base llevaban transmisores que permitían seguir su rastro, de modo que cuando el grupo de biólogos no dio señales de vida, una patrulla rastreó su transmisión y llegó al campamento temporal de los desaparecidos, donde se encontró con un panorama espeluznante. El campamento era un revoltijo. Cajas y material estaban diseminados por todas partes y en el interior de una de las tiendas se hallaban los cuerpos mutilados de cuatro de los científicos. El quinto fue descubierto escondido bajo el vehículo de transporte, totalmente loco. Le administraron una buena dosis de sedantes y lo llevaron de vuelta a la base 1, junto con los cadáveres de sus colegas.

Se hicieron todos los esfuerzos posibles con el sobreviviente para averiguar qué había sucedido, pero no se logró nada. Tres días más tarde se recibió un confuso mensaje de uno de los grupos, que actuaba en una zona muy distante. Se trataba de una patente petición de ayuda y para satisfacerla se envió una nueva patrulla de rescate. Esta se encontró con una escena muy similar a la de la anterior tragedia, aunque en esta ocasión fueron cuatro del total de seis hombres los que estaban vivos y locos.

Dos días después se repitió el caso en uno de los dormitorios del campamento principal. Aquella noche se escucharon gritos histéricos, procedentes de la vivienda. Los ocupantes de un refugio próximo se apresuraron a entrar allí y a continuación aumentaron los gritos de pánico extremo, hasta acallarse finalmente, tras alcanzar su máxima potencia. Cuando otras personas

Uno de los colonos ataca a los enormes gusanos usando un cortador láser montado en un soporte doble.

llegaron al dormitorio, todo estaba silencioso. En el interior vieron un cuadro ya demasiado familiar. Resultó imposible establecer la causa de la muerte o el terror de las víctimas. En el dormitorio no había nada que explicara el motivo de un pánico tan intenso y, en vista de que el hecho se había repetido tres veces, era improbable que en todos los casos uno de los hombres hubiera enloquecido y atacado a sus compañeros.

Ni una sola frase razonable pudo ser extraída a los sobrevivientes. Todos ellos tartamudeaban descripciones de imágenes imposibles y terroríficas. El único paso que podía darse era declarar el estado de emergencia. Sólo quedaban dos grupos de estudio lejos del campamento base y ambos fueron reclamados. Sólo uno regresó. La situación estaba volviéndose desesperada y el Centro de Datos de Vega envió una unidad de evacuación para que orbitara el planeta. Cuando la nave de rescate llegó a Nueva Erewhon ya hacía tiempo que no se recibían informes del planeta y por tanto se temía lo peor.

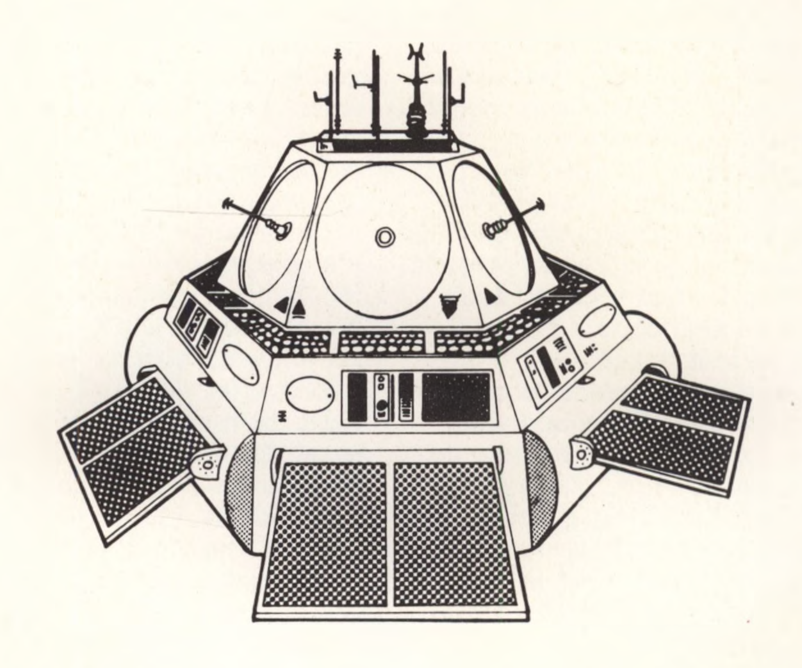
A la espera de recibir instrucciones de Vega, la nave se situó en órbita fija y siguió intentando establecer contacto con la superficie. De repente, uno de los tripulantes que estaba mirando por una ventanilla empezó a dar gritos por el intercomunicador y algunos de sus compañeros corrieron a ver qué ocurría. Allí, cerca de la nave, había una temible aparición: un perro de tres cabezas se volvió hacia la nave y enseñó los dientes. Mientras los incrédulos tripulantes contemplaban al perro, las otras cabezas giraron lentamente, igual que la primera, y el animal se apoyó en las ancas y puso el cuerpo en tensión, como si fuera a saltar.

El comandante de la nave retrocedió de la ventanilla y apretó el botón de alerta. Los tripulantes corrieron intintivamente hacia sus puestos y las unidades propulsoras entraron en funcionamiento, para sacar a la nave de la órbita que ocupaba y volver al espacio exterior. La terrible imagen tembló y fue esfumándose, hasta no quedar más que estrellas en el lugar que había ocupado.

Por último se recurrió al ejército y los militares experimentaron alucinaciones similares y paralizantes sensaciones de terror. Se hicieron varios intentos de acercamiento al planeta, obteniendo reacciones cada vez más violentas, como si la desconocida causa de las imágenes y estímulos emotivos cobrara más vigor al percibir el miedo. Se enviaron varias naves exploradoras no tripuladas y estos vehículos confirmaron el triste destino de la expedición original.

Se ha especulado profusamente en cuanto al motivo de estos fenómenos, pero sin llegarse a conclusiones ciertas. Las muestras de la atmósfera del planeta no revelaron nada de interés y tampoco existen emisiones o radiaciones desde la superficie que expliquen estos extraordinarios hechos. Manicomio ha sido declarado planeta prohibido y está rodeado por módulos sensores, para evitar que las naves se acerquen a este mundo extraño, exuberante y mortal.

Visiones de un planeta fatal: la imagen que recibió a la nave de rescate, llegada demasiado tarde para salvar al grupo de exploración de un mundo que constituía el sueño de un colono.



Sensores de vigilancia orbital estacionados en torno a Cerberus.

JIM BURNS



EL MUNDO PIRATA

En 2048 estalló la guerra más devastadora de la historia de la humanidad; participaron en ella las civilizaciones de tres grandes sistemas estelares. La Guerra de Próxima, tal fue su denominación, duró veinte años de furia y destrucción irrefrenables y en ese período de tiempo los combatientes lucharon por objetivos muy superiores al honor o el logro de una ventaja política. Se comprometieron a una terrible guerra por la supervivencia de sus respectivas especies y, conforme avanzaban las hostilidades, la naturaleza de las armas empleadas fue haciéndose cada vez más compleja y efectiva. En las primeras fases se utilizó mucho un armamento nuclear tosco, pero eficiente, pero cuando las medidas defensivas mejoraron, las armas ofensivas se transformaron en instrumentos más refinados y especializados.

Pese a que las nuevas generaciones de armamentos alcanzaron niveles de ingenio hasta entonces inconcebibles, iban a ser los ingenios termonucleares relativamente primitivos, empleados en los primeros años, los que tendrían consecuencias más graves a largo plazo. Millones de seres de los tres sistemas perecieron en el calor blanco de las explosiones nucleares. Otros millones murieron tras una larga agonía, como consecuencia de los efectos secundarios y la radiación residual siguió cobrando vidas durante muchos años. Todavía más importante a la luz de acontecimientos más recientes fue el inmenso número de infortunados que sufrieron sin morir como resultado de las cabezas nucleares. Muchos apenas advirtieron el daño que habían padecido, continuaron viviendo normalmente y, aunque la mayoría había quedado estéril, los demás eran portadores de la simiente de un nuevo horror.

Tras el cese definitivo de las hostilidades, los participantes iniciaron la abrumadora tarea de reconstruir sus destrozados mundos. La industria, el comercio y toda la estructura social habían sufrido drásticos cambios para hacer frente a las demandas insaciables de un conflicto prolongado; la labor de reconstrucción se vio entorpecida por la escasez de materiales, mano de obra y expertos, todo ello combinado con unas prioridades que no cesaban de variar. En esta primera fase, la mayor parte del esfuerzo se dirigió a revitalizar a la industria y el comercio. El resto de los problemas fue abordado de un modo gradual, como en el caso de la reconstrucción de pueblos y ciudades arrasados por la guerra o el restablecimiento de comunicaciones y comunidades individuales. El cuidado de las personas afectadas por la sombra de las nubes en forma de hongo que brotaron en los primeros años de la guerra, y que parecían haber quedado ilesas, fue considerado como un punto situado muy abajo en la lista de problemas urgentes.

En un principio, la lucha por la reconstrucción ocupó a los individuos enfrentados a la tarea de salvar sus vidas de la devastación y enmarcó las terribles imágenes de la guerra que yacían grabadas en sus mentes. La evidencia física de la prolongada contienda fue eliminada tan rápidamente como fue posible y la mera referencia al conflicto se convirtió en tabú. Los infortunados que lucían las cicatrices de la guerra fueron tratados como parias por la sociedad y forzados a formar sus comunidades lejos de los no afectados. Por más que se lamentara a nivel oficial, la fuerza del sentir popular hizo imposible que las autoridades insistieran en que estos individuos se integraran al resto de la sociedad. Se les despreciaba y los linchamientos y apedreamientos ocurrieron cada vez con más frecuencia. Se los segregó en comunidades especiales, alejadas de los núcleos urbanos existentes y en tales lugares nacieron sus primeros hijos.

Los capacitados para reproducirse transmitieron códigos genéticos distorsionados por los efectos de las dosis de radiación y el resultado fue una mutación. Muchos no sobrevivieron, pero otros sí y éstos asumieron el odio, basado en el miedo del resto de la sociedad. Para impedir matanzas en masa, las autoridades decidieron trasladarlos a un planeta apropiado del sistema binario de Capella. El éxodo se inició

Cientos de pequeños cargueros, disponibles tras el fin de la Guerra de Laguna, transportaron a los mutantes en su éxodo hacia el sistema de Capella.


PE

en 2128 A.D., cuando seis inmensas naves colonizadoras Voyager 6 y cuatro Connestogas que transportaban los materiales y equipo precisos zarparon para que los mutantes construyeran su propia sociedad en la constelación de Auriga.

El problema quedó resuelto, al menos por lo que concernía a las autoridades de todos los planetas implicados. Naves gubernamentales dieron cuenta primero de la feliz llegada de los colonos mutantes y más tarde de su manifiesto bienestar. A partir de ese momento no se tuvo contacto con ellos hasta que las circunstancias decretaron lo contrario.

En 2256 una nave comercial que transportaba minerales y regresaba de los ricos campos de asteroides del sistema de Menkalina, más allá de Capella, desapareció sin dejar rastro. Poco después, un convoy formado por cuatro naves de transporte informó que estaba siendo atacado por navíos desconocidos y posteriormente también se desvaneció. La Agencia Policial Federal envió dos naves para investigar la zona, pero no se descubrió nada que indicara quién o qué había provocado las desapariciones. Un año más tarde, una nave de transporte que llevaba suministros y artículos de lujo a los mineros no llegó a su destino y los exploradores de la ACT tampoco descubrieron pista alguna. Todas las naves desaparecidas habían estado navegando por la concurrida ruta comercial que no sólo conducía a los grandes campos mineros, sino también a los centros industriales en expansión situados en la zona.

Aquel mismo año desparecieron otras dos naves, momento en que se decidió actuar para evitar los problemas en esta ruta vital. Dos naves de la ACT camufladas para parecer cargueros carentes de armamento se unieron a un reducido convoy que se dirigía a los campos de Menkalina. La ruta del grupo atravesaba una zona situada a un año-luz de Capella y, precisamente en las cercanías de la inconfundible estrella amarilla, los detectores de masa captaron las señales de objetos que emergían de un salto espacial. Momentos después hicieron su aparición cuatro naves no identificadas que se aproximaron rápidamente. El denso y brillante rayo de un arma láser atravesó la proa del carguero que iba en cabeza. Los navíos de la ACT lanzaron un contraataque inmediato, mientras el resto del convoy se dispersaba, y lograron destruir una de las naves atacantes e inmovilizar otra, antes de que las dos restantes huyeran y efectuaran un nuevo salto espacial.

Ansioso por descubrir la identidad de los asaltantes, uno de los capitanes de la Agencia Policial Federal maniobró para situar su embarcación junto a la inutilizada. En ese momento se produjo una explosión cegadora y fragmentos de las naves salieron despedidos en el vacío. Los extraños atacantes, fueran quienes fuesen, estaban resueltos a mantener en secreto sus identidades. Y el misterio fue aún mayor cuando numerosos restos rescatados del desastre resultaron ser de dispositivos de diseño terrestre, algunos llevando el número de serie de la Autoridad Comercial Terrestre.

El planeta habitado más próximo era la colonia de mutantes del cercano sistema de Capella, pero se trataba de un mundo autosuficiente que difícilmente habría sentido la necesidad o el deseo de construir complejas naves espaciales. En cualquier caso, los atacantes disponían de la tecnología del salto en el espacio y en consecuencia su lugar de origen podía ser cualquier planeta de aquella zona galáctica. Además, era poco probable que un mundo aislado e independiente de la Federación Terrestre por mutuo acuerdo hubiera encontrado una justificación para diseñar y producir ese tipo de naves. No obstante, habría que tomar todas las medidas posibles para mantener abierta la ruta comercial y se envió una delegación a la colonia, para investigar.

Mientras tanto, otras naves de carga continuaron desvaneciéndose sin dejar rastros en las mismas regiones de la ruta espacial, por lo que naves de la APF recibieron la misión de patrullar constantemente la zona. Pese a su presencia y al hecho de que numerosos cargueros que recorrían la ruta de forma regular fueran dotados de armamento defensivo, los convoyes más pequeños y las naves solitarias continuaron sufriendo, aunque con menos frecuencia, los ataques relámpago.

Un equipo de la Inspección Colonial fue enviado al planeta de los mutantes. Además del acostumbrado personal médico, económico y técnico, se unieron al equipo varios agentes de seguridad. La llegada del grupo no fue bien acogida, tal como era de suponer, y sus componentes fueron recibidos con fría formalidad por los representantes del aislado planeta. Quedó muy claro que ni se necesitaba ni se deseaba colaboración, pero finalmente se acordó que el equipo podría comprobar cómo se habían adaptado a su nuevo mundo para sobrevivir los colonos mutantes y qué tipo de tecnología habían desarrollado, con el fin ostensible de recoger información para futuros colonizadores. Los mutantes no facilitaron voluntariamente un solo dato, pero acompañaron a los visitantes a toda instalación o comunidad que éstos desearan ver. Pese a ello, no se descubrió nada indicativo de que los habitantes del planeta fueran responsables del pillaje de naves o poseyeran un medio de abandonar la superficie de su mundo.

Empero, se tuvo la impresión de que no se estaba mostrando al equipo todo lo que había para ver, y los agentes de seguridad decidieron explorar por su cuenta. Mientras el resto del grupo era conducido a una pequeña fábrica de maquinaria agrícola que usaba energía nuclear, los cuatro agentes, que habían sido presentados como analistas de información, prefirieron quedarse en la nave para iniciar la tarea de sintetizar los conocimientos acumulados. En cuanto los demás partieron en compañía de sus omnipresentes guías, los falsos analistas se proveyeron de unidades

Las pequeñas y eficientes naves piratas, inconfundibles con su camuflaje amarillo y negro, atacaron las rutas espaciales desde sus bases secretas. Pese a todos los esfuerzos de las autoridades federales, continúan representando una amenaza para los viajeros de la transitada ruta de Menkalina.


174

propulsoras individuales y partieron en direcciones distintas para inspeccionar zonas que los mutantes no les habían enseñado.

Uno de los cuatro hombres, el capitán Mas Yelwoc, se dirigió a una distante región boscosa situada a trescientos kilómetros al norte de la nave. Provisto de un traje presurizado ascendió verticalmente en la poco densa atmósfera hasta que el navío desapareció de la vista y el paisaje se convirtió en una masa de tierra indefinida atisbada a través de la flotante capa de nubes. El capitán fijó su rumbo, se lanzó hacia su objetivo y pronto se encontró en la vertical del mismo. Estaba oscureciendo, por lo que Yelwoc hizo su rápido descenso en medio de una penumbra creciente. Aterrizó en una maleza enmarañada a siete kilómetros de un área no tan poblada de vegetación que se extendía al pie de una serie de colinas. Sin quitarse el equipo propulsor, avanzó hacia el claro a través de sombras cada vez más espesas.

Mientras se aproximaba, observó siluetas que se movían tras la desordenada serie de estructuras en torno al claro. Sonidos repentinos, tal vez de maquinaria en funcionamiento, resonaban entre las extrañas plantas que lo rodeaban. De pronto se produjo el agudo ruido de una unidad propulsora al ser puesta en marcha. El sonido alcanzó un crescendo y desapareció, tras un gemido misterioso. Yelwoc se abrió paso para acercarse más al límite de las construcciones y llegó a la gran estructura desde donde había surgido el ruido. Una grieta en la cubierta de plástico vertía luz en el suelo. La misma luz iluminó la placa facial del agente cuando éste apretó su casco contra la abertura.

En el interior vio la forma gruesa e inmensa de un carguero de minerales con el distintivo de una de las empresas mineras que trabajaba en los campos de Menkalina. La nave descansaba en un andamiaje y al parecer estaba siendo desmantelada por las figuras extrañas, nervudas, que bullían en torno al casco. Uno de los cohetes impulsores, colocado en un armazón cercano, era, indudablemente, el origen del ruido que Yelwoc había escuchado antes. Todo indicaba que el agente había descubierto a los criminales, pero una pregunta seguía sin respuesta: ¿cómo habían secuestrado las naves? En las cercanías había otro hangar y Yelwoc decidió echar un vistazo. Pocos instantes después se encontró al abrigo del oscuro edificio. Con unos cuantos tirones logró separar dos tablas lo suficiente para introducirse en la sala. Examinó cuidadosamente el interior y vio la indistinta mole de una nave cuyos rasgos no coincidían con tipo alguno que él conociera. Después de echar una rápida ojeada al desierto cobertizo se aproximó al navío. Se trataba de un modelo desconocido de interceptador con una cabina apta sólo para tres o cuatro tripulantes. Motores ascensionales flanqueaban una cavidad cubierta en la parte superior del casco, lo bastante espaciosa para contener un generador de torsión o hiperpropulsor: la nave entera estaba pintada con franjas irregulares de color amarillo y negro. Bajo el cuerpo de la embarcación había un firme saliente, una especie de aleta, y una serie de aberturas en el borde de ataque revelaban la presencia de una batería de armas láser.

En el momento que el capitán Yelwoc se agachaba para examinar el armamento, se abrieron de repente las puertas del hangar y un haz de luz lo sorprendió junto al extravagante casco. Se oyó un grito y dos figuras altas y delgadas corrieron hacia él, una de ellas asiendo la boquilla de un soldador de rayos al pasar junto a una confusión de aparatos. El blanco dardo de luz alcanzó el costado de la nave junto al hombro del agente de seguridad y el casco del vehículo siseó y se llenó de burbujas mientras riachuelos de metal fundido levantaban la pintura. Movido por el instinto, Yelwoc cogió el desintegrador que llevaba acoplado equipo propulsor y abrió fuego. El mutante que iba delante fue lanzado violentamente contra una pared del hangar. El agente disparó de nuevo y el segundo individuo abrió en cruz los brazos antes de caer sobre una pila de cajas.



La existencia de los piratas fue descubierta por el capitán Mas Yelwoc, que estuvo a punto de no lograr huir con la vital información.

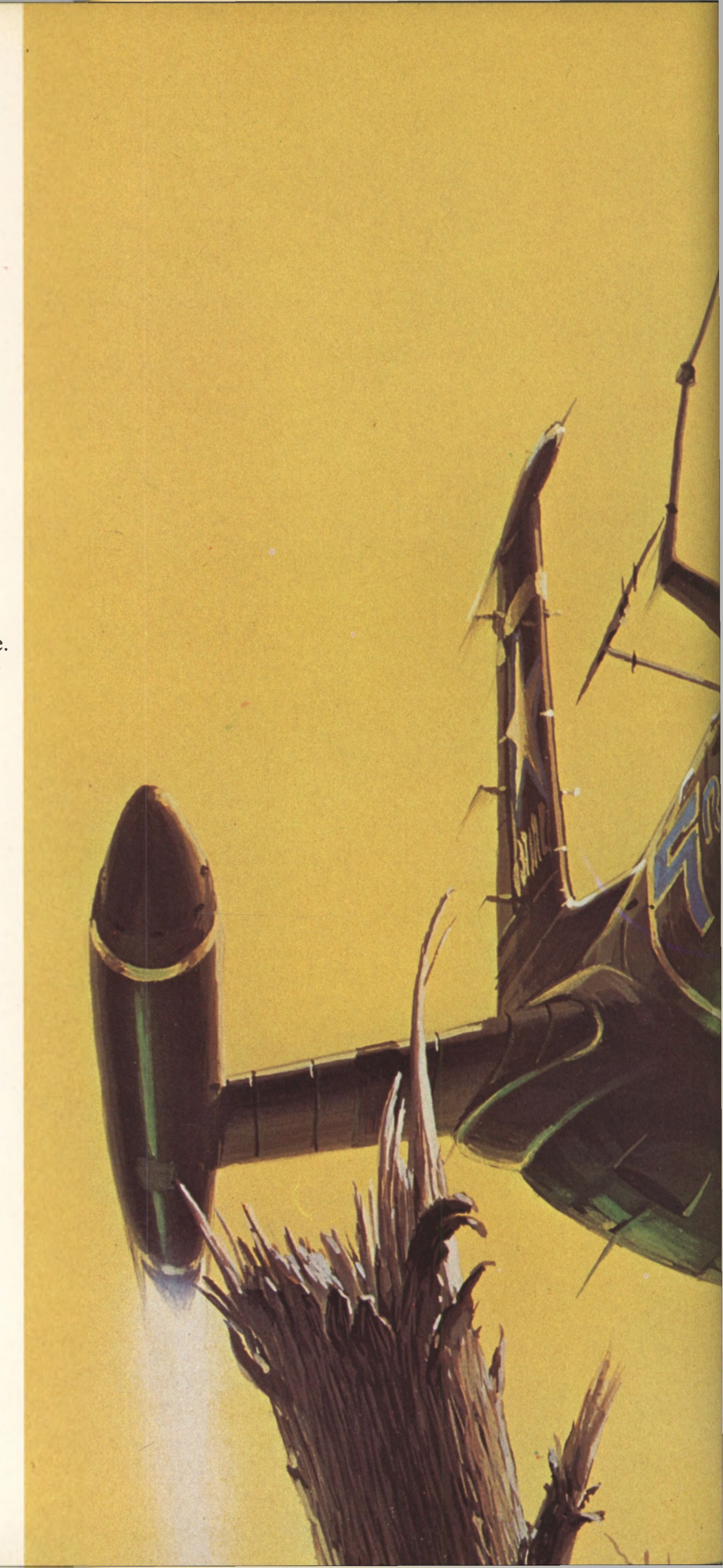
PETER ELSON



Torpe con su voluminoso traje, Yelwoc corrió hacia la brecha abierta en la pared mientras otros mutantes cruzaban la puerta a la carrera y se lanzó a través de la abertura, cayendo pesadamente al otro lado, en medio de una lluvia de astillas de plástico. Rayos disparados desde dentro del edificio horadaron las tablas por encima de la cabeza del agente y crepitaron en la oscuridad del bosque. Yelwoc se levantó de inmediato y advirtió que su camino de huida estaba cortado por las grotescas figuras que atestaban el borde del claro entre los elevados matorrales. Se lanzó hacia el hangar donde estaba la nave parcialmente desmantelada al tiempo que una horda de mutantes surgía del resto de los edificios.

Una vez dentro del hangar, Yelwoc se agazapó en un rincón e inició la maniobra de reactivación de su unidad propulsora mientras los mutantes se arremolinaban ruidosamente y trataban de localizarle. Hubo un grito y la horda se precipitó al instante hacia la figura con traje espacial. Con movimientos frenéticos, Yelwoc accionó los últimos interruptores y los cohetes entraron en acción, vertiendo sobre el suelo un torbellino de humo y vapor. El agente asió los controles con una mano en cuanto los cohetes lo alzaron en el aire y con la otra disparó sin cesar contra la selva de manos que agarraban y arañaban sus piernas. Finalmente hizo un brusco viraje, tras ganar velocidad, para evitar los abrasadores rayos láser que empezaban a dispararle desde tierra.

En unos segundos estuvo a salvo y ascendió velozmente por la capa nubosa, al tiempo que reajustaba los controles para el trayecto de regreso a la nave. Una vez alimentado el aparato de dirección con las coordenadas pertinentes, Yelwoc envió una señal a los otros, pero no obtuvo respuesta. Temeroso de que el resto de los agentes hubiera sufrido ataques similares, transmitió en frecuencia de emergencia la señal que accionaba los zumbadores de todos los miembros del grupo. Poco



Los terribles cazas de la Autoridad Policial Federal atacaron duramente las dispersas bases. El problema no fue destruirlas, sino localizarlas.

PETER ELSON



después obtuvo las correspondientes confirmaciones y, tras un suspiro de alivio, se dirigió a la nave.

Cuando volvió Yelwoc, los demás ya estaban allí o a punto de llegar. A la espera del regreso de los dos últimos agentes de seguridad, el capitán les informó de lo sucedido y, en cuanto el grupo estuvo completo, los motores entraron en acción para llevar la nave a la atmósfera del planeta. Algunos minutos después, llegaron al claro y al círculo de construcciones que lo circundaban. No había rastros de los mutantes. La nave aterrizó cautelosamente en medio de una polvorienta explanada y la mitad de la tripulación salió a efectuar una inspección más minuciosa. El lugar estaba completamente desierto y en los hangares no había más que restos y fragmentos de materiales inservibles y metal. Ciertas partes de la explanada de aterrizaje habían sido chamuscadas no hacía mucho. No había duda de que los mutantes habían efectuado una apresurada retirada.

Se tomó la decisión de explicar a los dirigentes del planeta todo lo ocurrido, mas una vez concluida la exposición, los mutantes se limitaron a encogerse de hombros. El intenso interrogatorio que siguió, demostró claramente que no tenían conocimiento, ni responsabilidad, ni interés por la existencia de piratas espaciales. Su obligación, argumentaron, era meramente ocuparse de los problemas de gobierno más generales. Los asuntos de las comunidades de mutantes no les concernían en absoluto y problemas así debían ser resueltos por la misma Autoridad Comercial Terrestre y los piratas.

La delegación no tuvo más remedio que regresar, pero al menos había determinado la fuente de los graves ataques y no pasó mucho tiempo antes de que se formara un grupo especial de la Autoridad Policial Federal, para atacar las bases piratas. Satélites de vigilancia fueron situados en órbita en torno al planeta y, en cuanto se localizó la zona de lanzamiento, naves de choque se desplazaron al lugar para bombardearlo. Al principio la resistencia fue feroz y las naves de caza piratas libraron enconadas batallas. Pero las naves eran anticuadas frente al equipo policial y sufrieron enormes pérdidas.

Por fin, agentes federales transportados a la superficie del planeta lograron descubrir un área fortificada que constituía la base principal de los piratas y se pidió a la Autoridad de Defensa Terrestre que enviara tropas. Cubiertas por el fuego de los cazas policiales, las naves militares desembarcaron hombres y equipo suficientes para tomar la base y destrozar la red pirata. En el interior de la fortaleza se encontraron instalaciones industriales capaces de montar naves enteras, aunque muchos de los componentes habían sido obtenidos de naves capturadas y desarmadas para aprovechar los aparatos más complejos. También se descubrieron plantas para la producción y almacenamiento de combustibles nucleares y evidencia de tentativas de construcción de diversas armas de fusión.

Pese a que la amenaza más importante fue conjurada así, fue imposible erradicar por completo a los piratas, sin la cooperación voluntaria del resto de la comunidad de mutantes y todavía se producen casos aislados de naves capturadas. Ocasionales patrullas de la APF actúan como factor disuasivo, pero la mayoría de los buques que navegan en las proximidades de la zona confían únicamente en la protección que ofrece el sistema de convoy, ya que sólo los cargamentos muy valiosos gozan del lujo de una escolta armada.

La fuerza y número de los piratas hizo necesario el uso de tropas de la Autoridad de Defensa Terrestre en el ataque a su plaza fuerte ferozmente defendida.



Navío pirata de cuatro plazas con su típico camuflaje.



LOS CAZADORES DE ASTERION

En la constelación menor de Canes Venatici hay una estrella enana de clase espectral GO. Llamada Asterion, se encuentra a treinta años-luz de la Tierra y a su alrededor giran dos cuerpos planetarios, siendo el más próximo de ellos poco más que un rescoldo que brilla mientras recorre su cerrada órbita. El otro está perfectamente adaptado a la ocupación humana con una atmósfera rica en nitrógeno y oxígeno y zonas oceánicas lo bastante amplias para limitar la variación de temperaturas a niveles tolerables. En consecuencia, este planeta fue colonizado en los comienzos de la expansión de la humanidad en la galaxia y pronto hubo en él importantes colonias.

Con el transcurso del tiempo, empero, se convirtió en una especie de remanso en la evolución de la Federación Terrestre, dado que su ecología proporcionó recursos adecuados para satisfacer las necesidades de los colonizadores, pero escasos excedentes para propósitos comerciales. Al principio el tráfico turístico mantuvo a los pobladores en contacto con los planetas nativos, pero cuando las nuevas rutas espaciales ofrecieron acceso a mundos más exóticos, sus características, muy parecidas a las de la Tierra, atrajeron cada vez menos visitantes y llegó un momento en que los únicos «turistas» fueron grupos de la Inspección Colonial en misiones de rutina u ocasionales prospectores escasos de suministros.

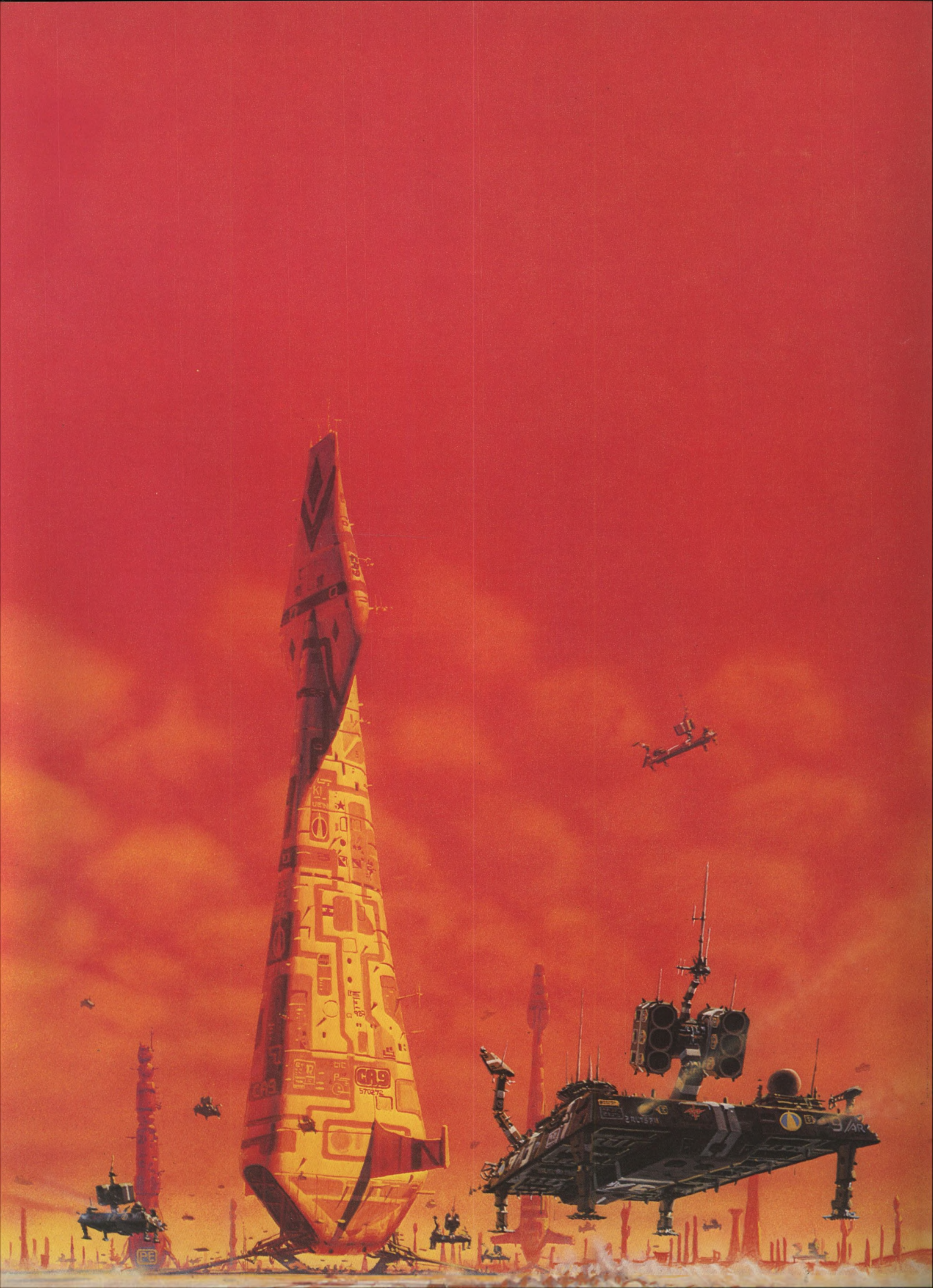
La fertilidad natural del planeta y el decreciente contacto de sus pobladores con el resto de la humanidad llevó a una significativa regresión en la cultura de los habitantes. Su sociedad, básicamente agraria, no precisaba de un elevado grado tecnológico dada la moderación del clima y la riqueza de la tierra. Pero a pesar de tales cualidades, la supervivencia no era asunto fácil, ya que los habitantes debían competir con gran número de otras formas de vida para obtener los frutos de su pródigo entorno. Las densas selvas y junglas estaban habitadas por algunas de las bestias más espantosas hasta entonces conocidas. Los hombres, cuya tarea consistía en cazar para obtener alimentos y defender las colonias de los animales merodeadores, fueron evolucionando gradualmente hasta formar una élite.

Sólo los hijos de los cazadores podían aprender a seguir el rastro y enfrentarse al gran dentado de melena blanca en la guarida de la fiera o exponerse al espolón segador del wooswoo para herir al animal en el punto desprovisto de coraza situado bajo su barba. Los niños, desde el momento en que empezaban a andar, aprendían a ser independientes y sentirse a gusto en la oscuridad de las enmarañadas selvas que rodeaban a los pueblos.

A los seis años de edad sus padres los conducían a las entrañas de la selva, indicaban todo detalle que pudiera servirles de orientación para volver al hogar y los abandonaban allí. Muchos no regresaban, pero quienes lo conseguían, lograban que su existencia fuera reconocida por primera vez por adultos distintos a sus padres. A partir de entonces se les permitía acompañar a grupos de caza, primero como observadores y luego como participantes, hasta que llegaba el día en que se los consideraba aptos para salir solos y volver con el pellejo del dentado o el espolón de un metro de largo del gigantesco wooswoo.

Los cazadores eran terriblemente orgullosos y las diferencias sociales entre ellos y los agricultores y segadores llevó gradualmente a la separación de los dos grupos. Los cazadores alquilaron sus habilidades a los granjeros, a cambio de una parte de la cosecha y les facilitaban carne y caza frescas. Sus agresivos temperamentos solían provocar duelos y luchas encarnizadas con grupos de cazadores rivales que invadían sus territorios o ponían en entredicho su honor. Las diferencias se resolvían mediante combates entre campeones elegidos. Estos hombres eran tratados casi como dioses y sus historias llegaron a otros mundos del Imperio. Su pericia con el rayo aguja y el látigo láser y su destreza en el combate atrajeron finalmente la

Una terminal de la ACT en el corazón de los florecientes campos mineros de Menkalina. El mantenimiento del orden en estos distantes puestos avanzados de la Federación Terrestre era difícil y además solían ser blanco de los sindicatos criminales.



atención de las empresas de espectáculos. Equipos de holovisión llegaron al planeta para grabar la habilidad de los cazadores, para entretener a los habitantes de mundos más avanzados.

Los documentales sirvieron para estimular el interés por esta feroz raza de hombres y no transcurrió mucho tiempo antes de que un empresario emprendedor lograra tentar a dos de los más destacados cazadores a desplazarse en un navío fletado con rumbo a la Tierra, Consciente de que sus intenciones no recibirían la aprobación de las autoridades federales, el sujeto en cuestión se preocupó de que la operación se desarrollara en total secreto. Las localidades para la planeada contienda fueron facilitadas exclusivamente por invitación. ¡Fue el mayor fracaso del año! Los dos hombres, Rahzell Kalee y Jeef Kindswoog, que no habían sido informados del motivo real de su viaje, se negaron a luchar, alegando que ninguno de ellos había desairado al otro. Después de numerosas tentativas de engañarlos para que se retaran, el apurado empresario desistió y los abandonó en la Tierra.

Incapaces de regresar a su planeta, los cazadores erraron tristemente por las calles de Rio de Janeiro, escenario de la proyectada pelea, hasta que decidieron separarse; cada cual se las arreglaría solo para volver a Asterion. Un roce accidental con la ley hizo que el caso de Rahzell Kalee llegara a conocimiento de las autoridades y el cazador fue entregado al Departamento de Bienestar Social, siendo sometido a una prueba de orientación profesional, como parte de un procedimiento rutinario. El análisis de sus características indicó una aptitud para la defensa de la ley que superó todas las puntuaciones obtenidas desde que el sistema había sido adoptado. Con su consentimiento, Rahzell, fue inscrito en un colegio de la Autoridad Policial Federal, donde no sólo siguió el curso de entrenamiento normal, sino que cursó estudios secundarios intensivos, para familiarizarse con el Imperio que había creado su mundo. Se graduó con honores y fue destinado a los turbulentos e ingobernables campos mineros de Menkalina, donde las sobrecargadas fuerzas federales trataban desesperadamente de mantener el orden en las poblaciones que nacían de la noche a la mañana y morían con idéntica rapidez.

Jeef Kindswoog no fue tan afortunado y se encontró cada vez más sumergido en la zona más oscura de la vida ciudadana. Al principio aprovechó sus facultades para ganarse el sustento, pero no pasó mucho tiempo antes de que llegara a la conclusión de que sólo regresaría al hogar si robaba dinero suficiente para comprar un pasaje; sus temerarias proezas no tardaron en ser conocidas por los grandes sindicatos del crimen. Diversos grupos trataron de obtener sus servicios y Jeef los alquiló indiscriminadamente. Finalmente su nombre empezó a aparecer en las listas de la policía, con lo que su vida se volvió muy difícil y su libertad de movimientos cada vez más restringida.

Un día, un misterioso mensaje lo llevó a un sucio bar de las afueras de Nueva York, y ahí comenzó su relación con la famosa Capello Nero, una organización siniestra cuya presencia se extendía por todo el espacio conocido. La astucia, valor y facultades físicas de Jeef le permitieron ascender incesantemente en la «Compañía» y su objetivo original fue sustituido por una creciente sed de poder. Tres años después recibió su propio territorio en los ricos y licenciosos campos mineros de Menkalina, ya por entonces terreno acotado de numerosos grupos rivales. En cuestión de unos meses absorbió o eliminó a las principales facciones y pasó a dirigir sus operaciones desde una base fuertemente armada del planeta sin nombre PB34428; en los distantes confines de los campos de Menkalina.

Jeef Kindswoog desarrolló en poco tiempo una de las redes criminales más amplias de la historia, controlando las estafas de la protección, el juego y la corrupción de la región entera. Cobró comisiones ilícitas a la mayoría de las firmas mineras de poca importancia y les facilitó a bajo precio equipo robado en ataques a las rutas de navegación, a menudo con la ayuda de piratas de la colonia de mutantes de Capella. Una de sus proezas más fantásticas consistió en tender una emboscada a una guarnición militar, aniquilándola y esfumándose con todas sus armas y equipo. En el botín figuraban un crucero de combate totalmente pertrechado y varias torres lanzamisiles que utilizaban proyectiles tácticos de despliegue automático. Las autoridades federales se quedaron perplejas. Si desarticulaban una camarilla, otra ocupaba su lugar y el temor a las represalias por parte de Capello Nero les impedía adquirir la información necesaria para atacar el corazón de la organización.

Era inevitable que Rahzell Kalee se viera envuelto en las operaciones contra Capello Nero en aquel distrito y se sintió frustrado ante el fracaso. Al fin logró convencer a sus superiores de que le permitieran usar sus métodos personales. Tras equiparse y obtener una pequeña nave exploradora, el policía desapareció entre los asteroides. Durante cerca de dos años no se supo nada de él y los intentos de localizarlo no rindieron frutos. Hasta que un día, durante una inspección de rutina, se encontró el destruido casco de su nave. Su nombre fue borrado de la «lista de miembros activos» con gran pesar y su expediente fue archivado en el apartado «Desaparecidos: Posiblemente muertos».

Pero no era sí. Rahzell estaba muy bien, pero vivía fuera de la ley, relacionándose con infinidad de ladrones y estafadores menores, para acercarse al corazón de la red de Capello Nero. Un día fue reclutado para participar en un gran asalto a una estación terminal de la ACT y se desempeñó tan bien que fue elegido para dirigir uno de los negocios de contrabando de la zona. Su conocimiento confidencial de los métodos y planes policiales le permitió triplicar la escala de las actividades del grupo en tan sólo cuatro meses.

Un día, mientras Rahzell estaba en su base, en uno de los millones de asteroides no registrados, una

Las cargas colocadas en el crucero de combate detonaron con una espectacular llamarada de luz, eliminando así toda posible huida del planeta.



llamada le informó que una nave estelar se acercaba al lugar para conducirlo a PB34428, planeta donde se le asignaría un nuevo cargo. Cuando se presentó el elegante crucero, Rahzell supo que la búsqueda estaba llegando a su fin, pero no podía arriesgarse a transmitir su destino a los cuarteles federales. Al cabo de un rato, la pequeña nave de servicio amarró en la compuerta principal y en ese momento Rahzell experimentó una excitación, una tensión controlada que no había sentido desde los viejos tiempos, en Asterion. Sin darse cuenta, cruzó los dedos en el gesto ritual del cazador antes de enfrentarse al enemigo.

Una semana después, los mares verdosos y poco profundos, los arenales del aislado planetoide pasaron del punto minúsculo visible por la ventanilla a una imagen que llenaba la pantalla mientras la nave descendía hacia las estructuras dispersas que rodeaban la pista de aterrizaje. La atmósfera era demasiado tenue para ser respirable y los tripulantes se pusieron trajes para recorrer la corta distancia que los separaba de la mayor de las cúpulas que bordeaban la zona. Rahzell fue acompañado a su habitación y le dijeron que vería al *formaggio grande* que lo había citado en cuanto el acorazado capturado que le servía de base móvil aterrizara allí. Mientras tanto, era libre de moverse a voluntad en los límites de las instalaciones. Guardó su equipaje y se volvió a poner el traje para explorar la zona.

Cerca de un conjunto de grandes depósitos distinguió las elevadas y angulosas siluetas de varios lanzamisiles tácticos, pero le interesaron mucho más las naves espaciales dispersas en la explanada. Se dirigió hacia ellas con aire casual y, con idéntico disimulo, fue colocando en todas una pequeña carga provista de disparador por microondas. Después regresó a la bóveda central, a esperar la llegada del acorazado.

Aquella misma noche el cielo se llenó de luz y Rhazell vio al acorazado, suspendido a quinientos metros de altitud. Poco después de que fueran desconectados los motores secundarios, la brillante llamarada de una nave de servicio se apartó del acorazado y se movió con rapidez hacia la explanada. Media hora más tarde zumbó el intercomunicador de la habitación de Rahzell y una voz le informó que se requería su presencia al día siguiente, inmediatamente después del desayuno. Dio su conformidad y, en previsión de que hubieran situado sensores de peso en la cama, simuló el suyo colocando encima el suficiente equipaje. Se puso el traje, salió de la habitación y cruzó la compuerta del extremo del pasillo.

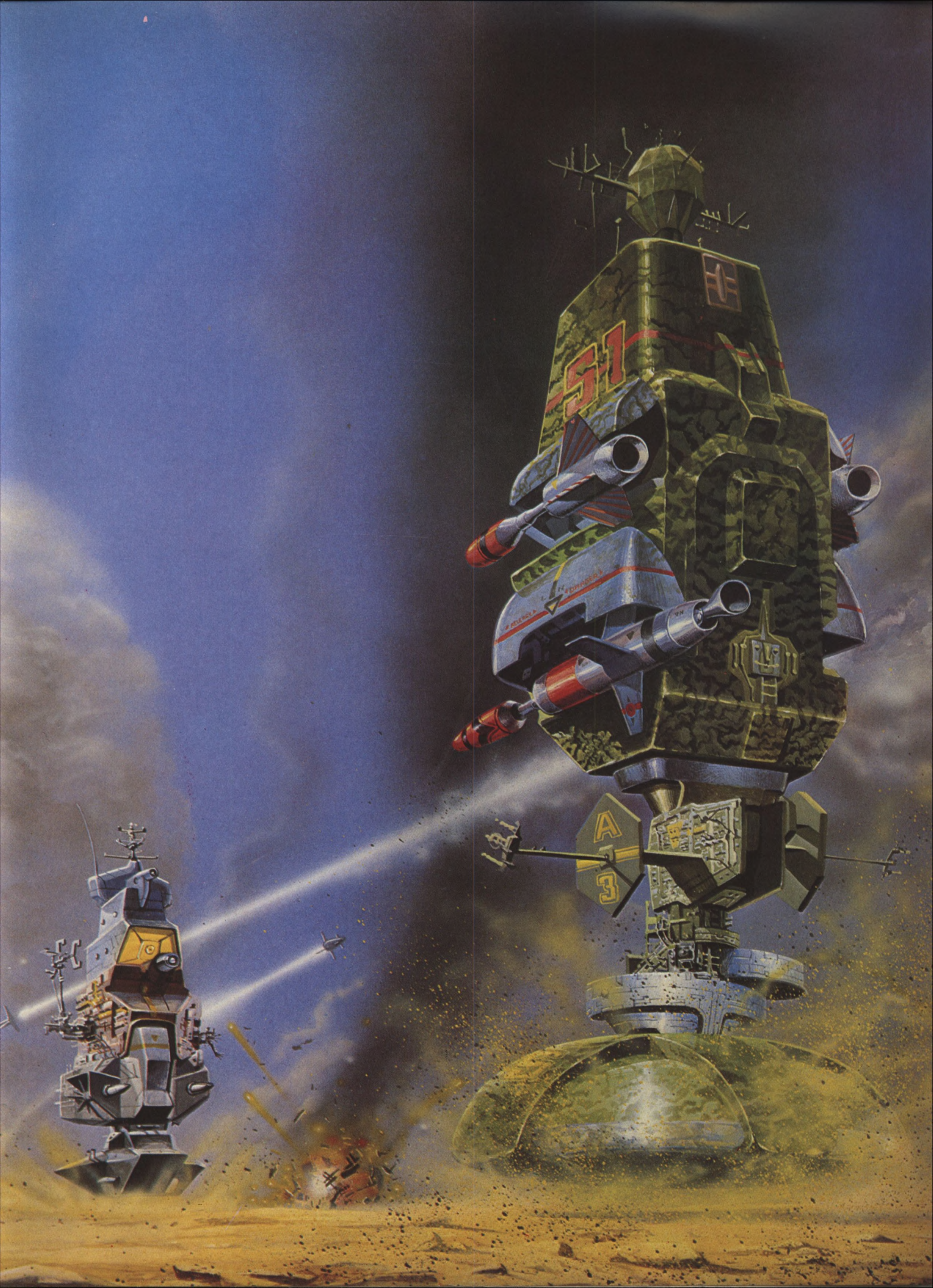
Avanzó de sombra en sombra hasta llegar a uno de los cobertizos que bordeaban el campo y se apresuró a entrar. Con el corazón latiendo fuertemente se desvistió y se puso una de las unidades propulsoras individuales que colgaban de las perchas. Salió al exterior de nuevo y se apartó un poco de la explanada antes de disparar los cohetes y dirigirse al acorazado que flotaba en el cielo. Desconectó la propulsión en cuanto llegó junto al casco negro y amarillo de la nave, quedando fijado a ésta por grapas magnéticas. Recorrió la popa tan silenciosamente como pudo hasta situarse al lado de la sección bulbosa que albergaba los motores principales y encontró uno de los conductos de hidrógeno que rodeaban a la inmensa nave justo delante de la sala del reactor principal. Metió la mano y dejó caer el fardo de explosivo de alta potencia en el largo embudo que acababa en el centro de la nave. Finalmente comprobó la disposición de su transmisor de microondas para asegurarse que el disparador estaba listo.

Rahzell descendió a la superficie a potencia mínima y aterrizó cerca del cobertizo donde había cogido la unidad propulsora. Los sensores del crucero debían haber captado la presencia de un objeto extraño, ya que las alarmas aullaron de repente en la noche y muchos hombres salieron de la bóveda principal asegurando los últimos cierres de sus trajes. Las luces iluminaron bruscamente la nave en toda su longitud. Rahzell no tenía otra alternativa y con un firme movimiento apretó el botón del transmisor. Hubo una deslumbrante explosión de luz que no sólo surgió del cielo, sino también del lado de los hangares opuestos al que se encontraba: las cargas habían estallado. Corrió tan deprisa como le permitió su vestimenta mientras la enorme nave, herida de muerte, se precipitaba hacia el suelo y destruía la mayor parte de las estructuras en una erupción de fuego y un estallido que hizo caer a Rhazell sobre la arena. Al ponerse en pie se produjo una lluvia de fragmentos. Poco después llegó al cobertizo donde había dejado su traje presurizado.

Tras despojarse de la unidad propulsora y ponerse su equipo, Rhazell se apresuró a unirse al gentío que se arremolinaba al borde de la explanada. En ese momento una voz serena, una voz muy familiar para Rahzell, pero que no lograba identificar, empezó a dar órdenes, interrumpiendo la confusión de voces que surgían del altavoz del casco. La multitud se dispersó y todos los hombres se apresuraron a ocupar sus puestos. Rahzell apretó su mentón contra la placa transmisora, dio su nombre supuesto y solicitó instrucciones. Hubo una larga pausa y la misma voz calma le ordenó que regresara a su habitación. Algo extraño en el tono de la voz le intranquilizó y, en lugar de volver a la bóveda, se dirigió a uno de los enormes lanzamisiles y subió a la cabina. Examinó el motor aerodeslizador, haciendo que la imponente máquina girara para cubrir la bóveda principal.

La corta noche de PB34428 concluyó y el cielo se iluminó con rapidez mientras los registradores de blancos se concentraban en las construcciones de mayor tamaño del conjunto. Rahzell abrió el transmisor y anunció su ultimátum, exigiendo que todo el personal se congregara frente a la bóveda principal y el equipo de señales fuera dispuesto para transmitir un mensaje en código policial mediante hiperondas. Si no era obedecido, la base sería destruida de inmediato. Se produjo un profundo silencio hasta que la misma

Como dos extraños monstruos, los inmensos lanzamisiles se arremetieron en el primer y último duelo de los cazadores.


S-1
A
3

voz tranquila murmuró por el altavoz del lanzamisiles:
—Sólo podías haber sido tú, Rahzell.
El aludido reconoció de repente la voz de Jeef Kindswoog. Dispuso la pantalla de visión en posición de rastreo total y vio la descomunal masa de otro lanzamisiles que avanzaba hacia él. Desesperadamente, hizo que su máquina girara en redondo y hacia un lado para eludir un misil. Disparó, esquivó otro proyectil y volvió a disparar al tiempo que se lanzaba a toda velocidad hacia Jeef. Los respectivos misiles pasaron rozando las cabinas y a continuación las gigantescas máquinas chocaron en medio de un estruendo. Rahzell luchó para controlar la brusca oscilación de la cabina hasta que logró enderezarla. En los primeros instantes su pantalla quedó cegada por el polvo. Luego, a medida que la imagen fue aclarándose, vio al otro lanzamisiles destrozado y despidiendo jirones de humo por sus desgarradas planchas. Pistola en mano, Rahzell descendió del aparato y corrió hasta los restos de la cabina. Jeef estaba muerto. Transcurrieron unos instantes y después, Rahzell caminó lentamente hacia su lanzamisiles y repitió sus órdenes. Su monitor comprobó la señal mientras el mensaje en código era transmitido al cuartel general de la Autoridad Policial.




GRANDES BATALLAS ESPACIALES

